



Sophie Saint Rose

Serie Montana

Una segunda

oportunidad

a tu lado

Una segunda oportunidad a tu lado

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

La fiesta estaba en pleno apogeo y sus amigas se lo estaban pasando estupendamente bailando en la pista que estaba llena de gogós con poca ropa cubiertas de brillantina. Raquel se echó a reír con una copa de champán en la mano cuando su amiga Gloria meneó el trasero de un lado a otro sacándolo hacia fuera mientras una de las gogós se lo palmeaba.

Puso los ojos en blanco cuando la oyó gritar —¡Chupito para la novia!

Todas se acercaron a ella que estaba sentada en un trono dorado con un gran pene en la cabeza y como por arte de magia, apareció una bandeja ante ellas llena de chupitos de tequila. Al día siguiente iba a tener un buen dolor de cabeza, pero sólo iba a tener una despedida de soltera, así que cogió uno brindando con sus amigas antes de bebérselo de golpe haciendo que el pene de plástico cayera hacia atrás, resbalando sobre su cabello rubio platino. Sus amigas se echaron a reír y ella divertida las miró con sus ojos grises. —¿Os divertís, chicas?

—¡Sí! —gritaron todas levantando los brazos y poniéndose a bailar.

—¡Pues esto os va a encantar! —gritó justo antes de que diez tíos en

taparrabos salieran sobre las plataformas de la discoteca, provocando que salieran disparadas cada una en una dirección.

Gloria se sentó sobre el brazo de su trono. —¿Te lo pasas bien?

—No está mal.

Su amiga la miró con sus ojos negros entrecerrados. —Vamos, es tu despedida. Ya que la has organizado tú, tienes que divertirte.

—Me divierto. Sólo es que estoy algo preocupada.

Su amiga cogió el sombrerito de copa que llevaba sobre sus rizos rojos colocándoselo bien y susurró —Si no te fías de Carter, no deberías casarte con él.

—No es que no me fie. Pero últimamente hace cosas que no comprendo, como lo del barco.

—Sí, gastarse diez millones en un yate es una locura. Mi Luke está escandalizado.

Sonrió al oír hablar de su agente, en quien tenía plena confianza. —¿Sabes lo que me ha dicho tu Luke?

—Sí, me lo ha comentado. Que ese novio tuyo está inseguro e intimidado con la boda y que por eso hace esas chorradas. —Vieron como una de sus amigas subía a una plataforma y el gogó tuvo que cogerla del brazo antes de que se la pegara. Divertidas se miraron. —No te preocupes. Luke

dice que es por los nervios de la boda. Es como si quisiera cometer todas las locuras antes de dar el sí quiero.

—Espero que no se pase de la raya. —Se miraron a los ojos comprendiendo. —No sé por qué se pone así, cuando ha sido él quien me ha pedido matrimonio.

—Quizás deberías hablar con él. Muy seriamente.

Preocupada miró a la pista. —He hablado con Carter esta tarde y dice que todo va bien. Que me quiere y que dentro de una semana será el marido perfecto.

—¿El marido perfecto de Rachel Mitchell? —Su amiga hizo una mueca. —Sabes lo que pienso.

Suspiró porque su amiga se lo había dicho mil veces antes del compromiso. De hecho, se lo había dicho desde que había empezado a salir con él. Carter Wells era el típico niño rico que estaba acostumbrado a salirse con la suya y quería a la actriz, no a la persona. Rachel le quería. A veces la volvía loca con sus tonterías, pero siempre terminaban riendo y la hacía sentir bien. Lo que ocurría es que Rachel empezaba a tener dudas de que quisiera eso toda la vida, porque sus niñerías parecía que iban a más, en lugar de a menos y no maduraba nunca. Le asustaba que en el futuro ella quisiera tener un hijo, porque sabía que sería un padre desastroso.

Gloria al ver que no decía nada se levantó del trono. —Joder, tienes dudas.

—Shusss. —Miró a su alrededor apartándose un mechón rubio de la mejilla y mostrando el enorme anillo de compromiso que tenía en su mano izquierda. —No hables tan alto, por favor.

—Si tienes dudas, no puedes... —Su amiga se interrumpió llevando su mano a la parte trasera de sus pantalones vaqueros de diseño y sacando el móvil.

—Gloria, los móviles están prohibidos en mi fiesta.

—Denúnciame.

Puso los ojos en blanco y bebió de su copa de champán. Su amiga movió el dedo por la pantalla y palideció. —¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

—Espera. —Se puso el teléfono en el oído tapándose el otro con el dedo para escuchar. Cuando lo bajó después de no decir nada, ella se tensó levantándose. —Rachel...

—¿Qué ha hecho?

—Tenemos que irnos. —Miró a su alrededor nerviosa. —Luke viene hacia aquí, pero me ha dejado un mensaje. Que si lo oigo, debemos irnos de inmediato sin esperarle. Tengo que llevarte a casa.

—¡Joder, Gloria! ¿Qué pasa?

Su amiga le tendió el teléfono y ella le dio la copa de champán antes de cogerlo. Al darle al botón para quitar la pantalla en negro, apareció su novio abrazando por la cintura y el torso a una chica de la que no se veía la cara. Pero lo realmente duro de ver era como él tiraba del pezón de la chica con los dientes, mientras miraba a la cámara sonriendo.

—Dios mío. —Sintió que se tambaleaba porque la camisa que llevaba se la había regalado ella esa mañana. —Dios mío.

—Vamos. La foto ha sido colgada en Internet. Tenemos que irnos.

Atónita miró a su alrededor dejando caer el móvil y varias de sus amigas la miraron perdiendo la sonrisa. Se acercaron lentamente. —¿Qué ocurre? —preguntó Melissa.

—Tengo que irme —farfulló avergonzada.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga Vicky.

—Chicas, me la tengo que llevar. Os enteraréis enseguida. —Gloria la cogió del brazo y tiró de ella hacia la puerta, quitándole el pene de plástico y tirándolo al suelo rabiosa. Salieron al pasillo de la discoteca que habían alquilado para su despedida y miró a su alrededor sin poder creerse lo que había pasado.

—Dios mío.

—Espabila, Rachel. ¡Fuera está lleno de prensa! —Eso fue como si le

tiraran un jarro de agua fría a la cara y la despejó de golpe. —¡Saben que estás aquí y ya están ahí buscando verte destrozada!

—Llama al chófer —susurró mirándola a los ojos.

—Está fuera. Lo ha llamado Luke. —La cogió por los hombros. —
¿Estás bien?

—Sí.

—Ya llorarás en casa. Ahora endereza la espalda y demuestra quien es la mejor actriz del momento.

Asintió tomando aire y empezó a caminar hacia la puerta con Gloria detrás. Al salir, entrecerró los ojos cuando los flashes la cegaron.

—Rachel, ¿has visto las fotos?

—He visto una y tengo bastante —dijo muy seria yendo hacia el coche a toda prisa.

—¿Vas a suspender la boda?

Ella sentada ya en su asiento miró al cámara cogiendo el asa de la puerta. —¿Tú qué crees? —Cerró de un portazo y Gloria se sentó a su lado por el otro lado mientras los periodistas se tiraban sobre el coche haciendo preguntas. —¡Sácame de aquí, Mario! —le gritó al chófer perdiendo los nervios.

—Enseguida, Rachel —dijo mirándola preocupado por el espejo

retrovisor.

—Perdona —susurró tapándose los ojos con la mano.

Lo que más la sorprendía no era ver la foto de Carter en esas circunstancias. Lo que realmente la sorprendía, es que no sentía un dolor punzante en la boca del estómago, sino que simplemente estaba atónita por su descaro. Sabía que lo había hecho a propósito para que ella anulara el compromiso, en lugar de tener el valor de hacerlo él. Estaba claro que esa relación se había muerto y enterrado para siempre.

Cuando llegaron a su casa de Beverly Hills, la entrada de hierro forjado estaba llena de prensa y les impedían el paso. Seguramente para que saliera desquiciada a dar el espectáculo.

—Mario, llama a la policía —dijo fríamente mientras su amiga la miraba de reojo como si fuera a explotar en cualquier momento.

Su chófer llamó a la policía que no tardaron en llegar ni dos minutos y despejaron la verja a toda prisa para que pudiera entrar en su mansión. En la puerta la esperaba su madre retorciéndose las manos. —Dios mío, ¿te has enterado?

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—¿Es que se ha vuelto loco? —gritó su madre histérica en cuanto entró en el hall.

Se volvió para mirarla. Estaba impecable con un vestido de seda azul claro. Aparentaba treinta cuando tenía cincuenta y hasta su melena rubia, aunque estaba teñida parecía la que tenía hacía años, gracias a las fortunas que se dejaba en el estilista. Entonces al verla sintió que su mundo se venía abajo. No quería acabar como ella. Con cuatro matrimonios fracasados y cuatro películas de éxito a sus espaldas, viviendo de sus divorcios y de las viejas glorias.

—Por favor... —susurró—. No montes un drama de esto. Alégrate porque me he librado de una buena.

Loretta Mitchell parpadeó sorprendida y miró a Gloria que asintió dándole la razón. —¿Es que estáis locas? ¿Cómo me voy a alegrar de una situación así? —Señaló a Gloria. —¡Esto es culpa vuestra porque le metéis ideas ridículas en la cabeza!

—¡Mamá! ¡Déjalo ya! —Fue hasta el salón y cogió una soda en el mueble bar. Intentó abrir la botella y frustrada porque no podía, la tiró contra la pared. La botella cayó al suelo dando vueltas mientras ponía todo perdido de soda, pero nadie dijo ni pío. Gimió llevándose las manos a las sienes, sintiéndose humillada. Era un maldito cobarde que prefería dejarla en ridículo antes de dar la cara. Menudo escándalo. La prensa tendría carnaza con ese cotilleo durante meses. La decepción, porque ni siquiera la apreciaba lo suficiente para evitarle todo aquello, era mayúscula.

Al bajar las manos vio el brillo de su anillo y se lo quitó rabiosa. —
Gloria, vende esto y dona el dinero a la beneficencia.

—¿No deberías devolvérselo?

—Que se joda.

Gloria cogió el anillo. Cruzándose de brazos fue hasta las puertas que daban a la piscina y salió al exterior, sentándose en una de las tumbonas. Su madre y Gloria la miraron desde dentro y Loretta susurró —Mataría a ese cabrón. ¿Cómo puede humillarla así?

—Pero querías que se casase con él.

—Quiero que mi hija lo tenga todo y Carter se lo podía proporcionar.

—Todo menos el amor.

Ambas se miraron y Loretta bajó la vista. —Para lo que sirve.

—Dime una cosa, Loretta. ¿Has amado profundamente alguna vez?

—¡Sí, y es cuando más he sufrido! ¡Por eso no se lo deseo a mi hija!

—Se dio la vuelta saliendo del salón a toda prisa.

Gloria observó a su amiga sentada en la tumbona mirando la piscina. Parecía ensimismada en sus pensamientos y le dio mucha pena. Era la mejor persona que conocía y no se merecía aquello. Su marido se puso a su lado y la abrazó por los hombros besándola en la frente. —¿Cómo va?

Gloria miró sus ojos azules preocupada. —Sácala de aquí, Luke.

—¿Y a dónde va a ir? Su cara la conoce todo el mundo. ¡Sus ojos son como un anuncio luminoso! ¿Quién no conoce a Rachel Mitchell?

Los ojos de Gloria brillaron y Luke frunció el entrecejo. —No.

—Él no la conocerá y estará aislada.

—¿Estás loca?

—¡No tiene ni televisión! ¡Es perfecto! Además, allí no la localizará nadie y necesita un respiro. ¡Ha trabajado muchísimo este año y no tiene la próxima película hasta después de la luna de miel en dos meses y medio!

—¡Tu primo no está bien de la cabeza! —le gritó a la cara.

—¡Sabes lo que le pasó y por qué lo hizo! —le gritó ella.

—¿Qué os pasa?

Sobresaltados miraron a Rachel que parecía muy serena. —¿Estás bien? —preguntó Luke acercándose y cogiéndola de la mano.

Ella le miró y vio que su pelo castaño lleno de rizos estaba despeinado como si se hubiera pasado la mano por él mil veces. —Estás despeinado —dijo asombrada porque Luke tenía nervios de acero.

—Ven, siéntate —dijo como si fuera una bomba de relojería.

Gloria se cruzó de brazos. —Está bien, Luke. Algo dolida, pero bien.

—Claro que estoy bien.

—Eso es porque no has visto todas las fotos —dijo su amigo haciéndola gemir dejándose caer en el sofá.

—¿Tan horribles son?

—El muy cabrón se ha pasado tres pueblos.

—Vale. Organiza una rueda de prensa y di que se ha suspendido la boda.

—Esto no se arregla con una rueda de prensa —dijo Gloria muy seria—. Como tus representantes te aconsejamos que salgas de aquí echando leches, porque esto se va a poner muy feo.

—¿Tú crees? —Miró a su amiga a los ojos. —Sí, puedo irme. ¿Pero a dónde voy? —Se quedó pensando frunciendo su precioso ceño. —¿A la Riviera?

—Me parece que en la Riviera la prensa también se cebaría contigo.

Suspiró sintiéndose muy cansada. —¿Entonces?

Luke apretó los labios y miró a su mujer que le animó con la cabeza. —Verás... tenemos un conocido que vive en Montana.

—¿Montana? No conozco Montana.

—Tiene una casa aislada en un valle rodeado de montañas y allí no te encontrará nadie.

—Oh, genial. Aire fresco y soledad. Me vendrá bien. —Se levantó sin

cuestionarlo dando el asunto por terminado. —Arreglarlo, ¿queréis?

La vieron desaparecer seguramente yendo hacia su habitación y ambos se miraron. —No le has explicado mucho —dijo Gloria mirándolo como si fuera idiota.

—Prefiero que lo vea por sí misma.

—Deberíamos decirle...

—Cuando vea donde vive tu primo, se va a tirar de los pelos. Pero al menos pensará en otra cosa.

—Y tanto.

Se miraron y sin darse ni cuenta se echaron a reír. —Nos va a matar —dijo ella divertida.

—Estará demasiado lejos. Cuando vuelva después de... ¿Mes y medio? Sí, creo que con ese tiempo se habrá pasado la tormenta y también se le habrá pasado el cabreo. —Se acercó y le dio un beso en los labios. — Llama a tu primo.

—¿Y qué le digo?

—Sorpréndeme.

—Sí, ahora déjame el marrón a mí.

—Mejor no le digas quien es ella, por si la echa a patadas. Dile que es alguien que necesita reposo y que es muy amiga tuya.

—Sí. —Le abrazó por la cintura. —Eso es buena idea. Rob no podrá resistirse.

Luke arqueó una ceja. —¿Crees que hay algún hombre en este mundo que se resista a los ojos grises de Rachel Mitchell?

—No. —Jadeó apartándose. —¿Crees que Rob...?

—Nena, lleva allí cuatro años y dudo que haya muchas mujeres por los alrededores. Al pobre se le va a caer la baba en cuanto la vea.

Gloria gimió tapándose la cara. —Menudo lío.

—Me parece que el lío acaba de empezar. —Luke sonrió. —¿Sabes? Me intriga qué puede salir de todo esto. Me encantaría verlos por un agujerito.

—Tú arregla este desastre para que nuestra chica pueda volver a casa.

Capítulo 2

Cuando el coche se detuvo, Rachel miró al exterior viendo un enorme campo verde. Frunciendo el ceño apoyó la mano en el asiento para mirar por la otra ventanilla y dejó caer la barbilla al ver un pequeño porche en una cabañita de madera que no debía tener ni una habitación. Miró al chófer. — ¿Está seguro de que es aquí?

—Esta es la dirección, señorita. La dirección exacta que me ha dado el señor Luke. Al menos eso dice el GPS.

El chófer bajó del coche y ella se bajó cuando le abrió la puerta mirando asombrada aquella cabañita. ¡Por el amor de Dios! ¡Allí no tendría privacidad ni nada, porque tendría que vivir en una caja de cerillas! Sacó el móvil del Birkin y gimió al ver que no tenía cobertura. —Estupendo. —Señaló al chófer con el móvil. —No saque mi equipaje porque me largo de aquí.

—Lo siento señorita, pero se tiene que quedar.

Atónita gritó —¿Qué?

—Sólo me han pagado para que la traiga. No para que la devuelva.

—Pues ya le pagaré yo.

—También me han pagado por eso.

Confundida vio como dejaba sus dos maletas de Louis Vuitton en el porche y cerraba el portaequipajes.

—Disculpe, pero creo que no me ha entendido. Le pagaré para que me lleve de vuelta.

—No. —Entró en el coche arrancando a toda leche. No se podía creer que la dejara allí.

—¡Eh! ¡Qué le pagaré!

El tío dio la vuelta al coche rodeando la casita y salió de allí como si temiera que se tirara sobre el vehículo en cualquier momento. Con el móvil en una mano y el bolso en la otra, miraba la parte de atrás del coche con la boca abierta. Aquello no le podía estar pasando.

Todavía atónita miró la casita y chilló cuando escucho valar una oveja tras ella. Se volvió de golpe y al ver a la oveja justo detrás, chilló corriendo hacia la casa subiendo los tres escalones de un salto, casi tropezando con las maletas. La oveja volvió a valar y se puso a pastar como si nada.

—Oh Dios. Luke, ¿dónde me has traído? —Miró la puerta de madera y preguntó insegura —¿Hola? —Empujó la puerta que no se movió del sitio. —¿Hola? —preguntó más alto volviendo a empujar—. ¡La puerta no tenía ni pomo! ¿Cómo se habría esa cosa?

Entonces la idea de que la habían dejado en una dirección equivocada empezó a agobiarla. Estaba en medio de la nada, en una cabaña cerrada y sin nadie por allí. Miró su móvil y lo movió de un lado a otro levantando el brazo todo lo que podía. —Vamos. ¡Vamos!

Media hora después sentada sobre una de sus maletas, estaba a punto de echarse a llorar pensando que tendría que ponerse a caminar, cuando escuchó —¡Me cago en la puta!

Frunció el ceño pensando que había sido su subconsciente cuando volvió a escuchar —¡Joder con la vaca de los huevos! ¡Filetes voy a hacer para quitarla del medio! —gritó un hombre muy furioso por la parte de atrás de la casa—. ¡La muy cabrona! ¡Me ha destrozado el dedo!

Rachel se quedó con la boca abierta al ver que por la derecha del porche un tío moreno se acercaba soltando multitud de tacos por la boca, mientras miraba hacia sus manos acercándose rápidamente a la casa. Cuando llegó hasta ella se detuvo en seco con uno de los tacos a la mitad, mientras que Rachel se quedaba con la boca abierta al ver al tío más macizo que había visto en su vida. Era muy moreno de pelo y piel. Lo de la piel lo sabía porque no llevaba camisa, sino unos vaqueros que caían desde sus caderas mostrando unos oblicuos que quitaban el aliento. Rachel sin poder articular palabra levantó la vista lentamente sin perder detalle de sus abdominales ni del vellito negro que salía de entre sus pectorales, para subir hasta una barbilla cuadrada,

una nariz recta y unos ojos azules que ya quisiera Paul Newman. Suspiró sin darse cuenta.

Al parecer él también se había quedado sin habla porque la miraba como si le hubieran salido cuernos. Parecía horrorizado y Rachel se sonrojó. —Hola.

—Dime que tú no eres Rachel.

Se sonrojó todavía más. —Pues sí —dijo a regañadientes.

—¡Joder! —Entonces se miró la mano y ella vio que llevaba lo que parecía una camiseta rodeándola.

—¿Estás herido?

—Me ha pisado la vaca.

—¿Perdona? ¿Has dicho que te ha pisado una vaca?

—Es largo de contar.

Él pasó saltando por encima de su maleta y colocando la mano sana en una ranura, empujó el tablón que tenía la puerta hacia la izquierda.

Al ver como se abría la puerta gruñó. Es que parecía tonta. Él la miró con sus ojos azules como si desconfiara de ella. —Espera aquí.

—Sí, claro —susurró tímidamente.

Al verle entrar ella se quedó en el porche. ¿Por qué le pediría que se

quedara allí? Con curiosidad miró por la rendija de la puerta y vio lo que parecía un salón con un sofá de cuero. Los muebles eran de calidad y se preguntó si todas las cabañas se decorarían así por la zona. Qué raro. Eran muebles carísimos comparados con lo que veía desde el exterior.

Le oyó gruñir y ella empujó la puerta. —¿Estás bien?

—Pasa.

Vio que se había puesto una camiseta y se preguntó si temía que se tirara sobre él o algo así. Estaba en una cocina muy cuqui que hasta tenía la encimera de granito. Asombrada vio que la casa parecía decorada por un profesional. —Vaya, ¿la has decorado tú?

—La compré así. ¿Puedes ponerme esto? Yo no puedo.

Ella se acercó al fregadero y al ver su dedo jadeó apartando la venda que le daba. —Tienes que ir al médico. —Le cogió de la muñeca para acercarlo al grifo y lo abrió para ponerle el pulgar debajo. Parecía a punto de reventar y tenía un color morado feísimo.

—¡Joder! ¡No puedo dejarte aquí!

Ella le miró el dedo con asco. —Se te va a caer hasta la uña. Iuuu.

—Eres muy expresiva. —Apartó la mano de mala manera.

—Gracias. —Le sonrió y él se la quedó mirando. —¿Qué?

—¿Te conozco?

Entonces ella se dio cuenta de que no la conocía. O si la conocía no sabía de qué y decidió aprovecharlo. —No. No nos hemos visto nunca.

—¿De qué conoces a mi prima?

—¿A quién?

—¿A Gloria! ¿De qué la conoces?

La miraba con desconfianza y ella parpadeó. —Somos amigas.

Eso pareció aliviarle y ella sonrió volviendo a su dedo que seguía debajo del agua fría, pero cada vez parecía más morado. —Hay que reventarlo.

—¿Perdona?

—¿Tienes que sacar esa sangre! ¿Hay un cuchillo afilado por ahí?

Gruñó abriendo un cajón y levantó la mano mostrando uno pequeñito y bien afilado que cogió rápidamente. Él puso el dedo encima del impecable fregadero y ella acercó la punta al lado de la uña porque en esa zona estaba peor. —¿Listo?

—Dale.

Acercó el cuchillo lentamente y temió traspasarle. Gimió por dentro porque no solo temía eso. También temía hacerle daño y que se le gangrenara el dedo. Le miró sintiendo pena por él. —No puedo.

—¿Joder! —Le arrebató el cuchillo y puso el dedo sobre la encimera

agarrando el cuchillo como si se lo fuera a traspasar entero.

—¡Espera! —gritó asustada.

—Perdona, pero me duele, ¿sabes?

—Déjame a mí. ¡Parece que te lo vas a amputar!

Él le tendió el cuchillo y ella gimió cogiéndolo por el mango. Se lo clavó sin pensar y Rob gruñó. La sangre salió disparada manchando la chaqueta de cachemir de Rachel, que sin darle importancia apretó su dedo para que saliera bien la sangre. Ella sonrió. —Ya tiene mejor color, ¿verdad? —Como no le respondía miró hacia arriba y vio que Rob parecía concentrado en su cuello. Reprimió una sonrisa. —Es flor de primavera.

—¿El qué?

—Mi perfume. —Apretó su dedo de nuevo.

—¡Joder!

—Ya está —susurró ella antes de volver a abrir el grifo. Tiró de su mano y pasó el dedo por debajo del agua con cuidado—. ¿Tienes antiséptico?

—En la alacena.

Ella le miró interrogante y él fue hasta la alacena acorralándola en la encimera sin dejar de mirarla. Abrió un armario sacando un bote que colocó a su lado. A Rachel se le cortó el aliento por como la miraba. Estaba claro que ese hombre sabía lo que quería y se la quería comer. Alargó la mano y cogió

el bote de antiséptico dando un paso hacia Rob para volver al fregadero. C cogió su mano y echó el antiséptico haciéndolo gemir de dolor. —Uy, perdona. ¿Duele?

—Joder.

Ella echó un poco más y cogió la venda empezando a cubrir la herida rápidamente sin apretar demasiado para que la sangre pudiera circular. Cuando terminó, le puso un pedazo de cinta para sujetarla y sonrió al ver su vendaje. Una vez había hecho de enfermera en una película y no le había quedado demasiado mal. —Ya está. —Miró hacia él y Rob gruñó antes de reclamar su boca como si estuviera sediento.

Rachel gimió indignada con los ojos como platos, pero cuando entró en su boca acariciándola, gimió de placer cerrando los ojos. Cómo besaba de bien el de pueblo. Cuando la cogió por la cintura pegándola a él, se dejó llevar disfrutando de aquello que no sabía muy bien lo que era, pero le venía de perlas. Le abrazó por el cuello y Rob gruñó llevando las manos a su trasero y apretádoselo por encima de sus vaqueros. Ella gimió perdiendo el norte totalmente y llevó sus manos hacia su camiseta levantádosela hacia arriba para tocarle y pareció que eso a él le gustó, porque llevó sus manos a su cintura tirando hacia arriba de su chaqueta y su camiseta provocando que ella tuviera que levantar los brazos para que se los quitara, quedándose en sujetador negro ante él. Rob llevó las manos hasta la cinturilla de su pantalón

y se lo desabrochó antes de que se diera cuenta mientras se la comía con la mirada. Y parecía hambriento. Le bajó los pantalones a toda prisa quitándole las bailarinas y sacando los pantalones por sus pies, dejándola en ropa interior. Acuclillado ante ella la miró de arriba abajo y volvió a gruñir. Rachel inexplicablemente se sintió preciosa bajo su mirada y eso que no había abierto la boca. Era tan primitivo que le encantaba. —Quítate el sujetador —le dijo con voz ronca.

Ella llevó las manos hacia atrás y lo hizo dejando caer el sujetador al suelo al lado de su ropa. Nerviosa y muy excitada se pasó la lengua por el labio inferior. Las manos de Rob fueron hasta sus caderas y bajaron sus braguitas lentamente mientras acariciaba sus muslos hasta sacárselas por los pies. Se acercó sorprendiéndola y la besó cerca del ombligo provocando que le diera un estremecimiento que la hizo abrir los ojos como platos. Sus labios subieron por su vientre hasta llegar al valle de sus pechos y antes de que se diera cuenta se metió un pezón en la boca. Fue como si la traspasara un rayo y se tuvo que sujetar en sus hombros para sostenerse antes de que con su otra mano le acariciara su otro pecho como si estuviera desesperado. Con un brazo la cogió por la cintura levantándola y sentándola en la encimera. Rachel gritó de la impresión porque estaba fría y él la miró a los ojos abriéndole las piernas. Hipnotizada por sus ojos ni vio como se bajaba los pantalones y cuando se pegó a ella la besó suavemente cogiéndola por las caderas. La miró

a los ojos entrando en su ser lentamente y Rachel abrió la boca jadeando suavemente abrazando su cuello. Rob soltó el aire que estaba conteniendo cuando llegó al final apretando su cadera contra ella mientras la abrazaba con fuerza como si quisiera fundirse con su cuerpo. Era lo más erótico que había hecho en su vida y se sintió genial. Sin darse cuenta Rachel apretó su interior y Rob gruñó moviéndose con fuerza provocando que el deseo la consumiera. Él perdió el control e inició un ritmo contundente que no la dejaba ni respirar sintiendo que su interior quería estallar y desesperada clavó sus uñas en su cuello provocando que acelerara el ritmo de manera salvaje. Rachel enterró su frente en su cuello gritando de placer mientras se estremecía abrazada a él.

Un fuerte golpe en la nalga derecha la despertó de repente y sorprendida miró a su alrededor aún aferrada a la almohada.

Rob estaba ante ella mirándola con los brazos cruzados. —¡Levántate!

—¿Perdón? —Se arrodilló en la cama parpadeando y al sentir que su nalga le picaba preguntó indignada —¿Me has pegado?

—¡Te he llamado tres veces! Tienes que levantarte. ¡Hay que trabajar!

—¿Trabajar? Estoy de vacaciones. —¿Qué diablos le había dicho Gloria a ese tío?

—Si estás aquí, trabajas. Hay mucho que hacer, así que arriba. ¡No mantengo vagas y si crees que por cuatro polvos me doy por satisfecho, estás muy equivocada porque anoche lo hice yo todo!

Atónita le vio salir de la habitación dando un portazo. ¿Le había dicho que era una seta en la cama? Pues para ser una seta, no la había dejado respirar ni un segundo.

Indignada salió de la cama y al mirarse en el espejo de cuerpo entero que estaba colgado al lado del baño, jadeó asombrada. Nunca había tenido la piel tan bien y su cabello brillaba.

—Leche. Lo que hace un buen polvo. Es mejor que la cirugía — susurró moviendo la cara de un lado a otro—. Tendrían que envasar a este tío.

—¡Date prisa! —gritó furioso al otro lado de la casa.

Gruñó entrando en el baño e hizo una mueca al ver la pequeña ducha. Cuando entró para asearse gritó porque el agua estaba helada, lo que hizo que se diera mucha, muchísima prisa.

Al salir con una toalla alrededor del cuerpo le castañeaban los dientes, pero sus maletas no estaban allí. Salió descalza hasta el salón y puso los ojos en blanco al imaginarse dónde estaban. Rob la observaba tomándose una taza de café apoyado en la encimera, vestido en vaqueros y con una camiseta gris. La vio abrir la puerta para salir de la casita y coger una de las maletas para

arrastrarla a través del salón sin que él moviera un solo dedo. Volvió a hacer lo mismo con la otra y cuando llegó a la habitación suspiró de alivio.

—No necesitas un hombre —siseó—. ¿Y qué si has pasado una noche loca? Después de lo que ha sucedido no es para tanto. Necesitabas un buen orgasmo después de orgasmos penosos toda la vida. —Abrió la maleta y cogió unos vaqueros limpios. Al ver que él llevaba una camiseta ella cogió otra rosa de tirantes. Se puso unas braguitas de seda beige, pero no se puso sujetador. Cuando se vistió, se calzó unas botas y lista sonrió cogiendo el cepillo para desenredarse el cabello rápidamente antes de recogerlo en una cola de caballo.

Llegó a la cocina y dijo sonriendo —Buenos días.

—Buenos días. Tienes café en la cafetera. —Cogió un plato y lo puso en la encimera. —Come, que nos vamos.

—¿A dónde? —Buscó alrededor una taza, pero como no encontró ninguna, cogió la de él, que ya había terminado. Rob levantó una ceja al verla servirse el café y cuando se sentó en el taburete sonrió mirando el plato. —Esto es mucho y no como...

—Comerás lo que haya.

Hizo una mueca cogiendo el tenedor. —Es que estoy a dieta. Tengo que adelgazar tres kilos.

Él apretó los labios. —¿No me digas? Eres actriz o modelo.

—Lo dices como si tuviéramos la peste. —Pinchó unos huevos y se los metió en la boca. Estaban fríos y parecían de goma, pero ella sonrió masticando como si estuvieran buenísimos.

—Es que para mí como si la tuvierais.

—Vaya, gracias.

—De nada. Date prisa. Has tardado una hora en levantarte.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

Abrió los ojos como platos. —¿Las siete de la mañana?

—Nos levantamos a las cinco y media.

—¿Quiénes?

—Yo, y ahora tú.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—Ah.

Siguió comiendo mientras le miraba. Él tampoco le quitaba ojo. Como si desconfiara de ella. —Por cierto, me llamo Rob.

—Lo sé. Me lo dijo Gloria. —Se sonrojó por lo que había pasado el

día anterior. Nunca se había acostado con un desconocido. —Sobre lo de ayer...

—Somos mayorcitos. Un polvo no es nada.

En realidad habían sido cuatro. Ese hombre era insaciable. Ella sonrió.
—Perfecto. Podemos ser amigos.

—Espera. No somos amigos. No seremos amigos. Puede que follemos de vez en cuando y ya está. Somos compañeros de casa. Tú tienes una crisis de no sé qué, porque Gloria no ha especificado. Seguro que tiene que ver con las drogas o con un tío. Me importa una mierda. No me interesa y en un mes y medio te piras. Asunto cerrado.

Rachel con la boca abierta y con el tenedor en alto, no supo qué decir.

—Come de una puñetera vez o nos vamos ya.

Le daba la sensación de que tardarían en comer, así que se metió los huevos en la boca casi tragando a toda prisa para comer cuanto antes. —¿Por qué me has dejado venir si no quieres...?

—Porque mi prima es muy convincente y me ha amenazado. Así de simple.

—¿Con qué? —preguntó intrigada.

—No te interesa.

Ella siguió comiendo y miró el plato suspirando al ver esas lonchas de

beicon casi quemadas, gordas como sus dedos. Estaba claro que cocinar no era lo suyo. Ya se encargaría ella si quería comer decentemente.

—No puedo más —dijo levantando la vista casi con miedo.

—Modelos... —le soltó con desprecio—. Lava los platos mientras yo hago la cama.

Salió de la cocina y Rachel se levantó a toda prisa para lavar los platos y la sartén del fregadero. Lo hizo a toda máquina antes de que él saliera porque recibiría una pullita de las suyas. Como vio que le daba tiempo, limpió la encimera con la bayeta.

Cuando terminó sonrió secándose las manos y fue hasta el cuarto donde él miraba las maletas abiertas como si fueran el anticristo.

—Uy, perdón —dijo acercándose a toda prisa y cerrándolas para después apilarlas en una esquina. Forzó una sonrisa—. Es que no me ha dado tiempo a colgarlo en el armario.

—Es que no tienes armario. Para lo que te vas a quedar.

Confusa miró su espalda mientras salía. ¿Qué había querido decir? ¿Qué podía echarla en cualquier momento? Salió detrás de él y sonrió cuando llegaron al porche. Respiró hondo y tosió. Él la miró levantando una ceja.

—Demasiado aire puro.

Rob chasqueó la lengua antes de bajar los escalones. —Cierra la

puerta. No vaya a ser que nos entre un zorro para buscar comida.

Rachel se volvió tirando de la puerta hacia fuera y movió el tablón hacia la derecha. —¿No tiene cerradura?

—¿Crees que alguien vendrá hasta aquí para robar?

La verdad es que habría que estar mal de la cabeza para ir hasta allí. Iba a matar a Luke y a Gloria.

Le siguió rodeando la cabaña y sus ojos fueron sin darse cuenta hasta su trasero. La verdad es que estaba para comérselo. ¿Qué coño haría en aquel sitio? Miró a su alrededor y sólo había campo, pero cuando miró ante ella jadeó al ver lo que parecía un pajar a unos cien metros. —¡Hala, no lo había visto!

—¿Y dónde creías que tenía la vaca?

Se encogió de hombros. —La verdad es que no había pensado mucho en eso. Sólo pensaba que tu dedo se estaba poniendo como una berenjena. — Le miró de reojo. —¿Te duele?

—¿Tú qué crees?

La verdad es que la pregunta era algo idiota, pero siempre se preguntaba eso. Si alguien echaba las tripas por la boca todo el mundo soltaba lo mismo: ¿Te duele?

Entraron en lo que no era un pajar, sino un establo en toda regla.

Parecía el establo del arca de Noe porque allí había de todo. Un caballo, una vaca, gallinas, patos, ovejas, cabras... Hizo una mueca apartando una telaraña y añadió arañas a la lista.

—Coge esa pala de uñas y empieza a quitar la paja sucia del suelo. — Señaló lo que parecía un tridente de cuatro puntas algo curvado.

—¿Y dónde la apilo?

—En la carretilla.

Decidida vio la carretilla al final del establo. Fue hasta allí cogiéndola por las agarraderas y la detuvo en el primer cercado donde estaban las ovejas.

—¿Las dejo salir?

—Sí. —Él la miró de reajo observándola abrir la puerta mientras echaba agua dentro de un cubo negro para darle de beber a la vaca.

Las ovejas salieron corriendo todo lo que podían y ella decidida cogió la pala de uñas empezando a pinchar la paja como había visto en las películas. Joder lo que pesaba aquello mojado. Y olía fatal. Con cara de asco caminó con ello hasta la carretilla dejándolo caer. Volvió la pala de uñas para quitar la paja y regresó por donde había venido. Tardó una eternidad en sacarla toda hasta dejar el suelo libre. Se llevó las manos a los riñones inclinándose hacia atrás y al ver que él la observaba con el ceño fruncido sonrió. —Vaya con el trabajito.

—¿Ya te estás quejando?

Le vio llevar un cubo con algo que parecía pienso para caballo y Rachel cogió otra vez el mango de su herramienta. Hizo una mueca mirándose la palma de la mano que se había puesto sonrojada antes de volverla y mirarse las uñas. A la mierda la manicura de cien pavos.

Lo difícil fue entrar en el cercado de la vaca para hacer el trabajo porque la pesada no se movía del sitio. Rob de vez en cuando cogía la carretilla y la sacaba del establo devolviéndola vacía. Después de tres horas, sudorosa y dolorida se detuvo ante la puerta del establo mirando hacia adentro, dando gracias a Dios porque había terminado y pensó que no cambiaría su trabajo por nada del mundo. Levantó el brazo oliéndose el sobaco. Aquello era horrible. Necesitaba un baño urgentemente. Entonces Rob apareció con la carretilla llena con dos fardos de paja.

—Ahora ya puedes echar la paja de nuevo.

Rachel entrecerró los ojos viéndole salir y ella salió tras él para ver lo que estaba haciendo, no fuera a ser que le estuviera tomando el pelo de manera descarada. Cuando le vio coger una azada e ir hacia lo que parecía un huerto, regresó intentando que no la viera.

Lo de tirar la paja era más fácil y hasta se lo pasó bien. Al terminar palmeó las manos para quitarse el polvillo y salió del establo acercándose a

él. —Ya he terminado.

—No lo creo. —Señaló lo que parecía boñiga de vaca y ella puso cara de asco. —Hay que abonar el huerto.

Oh, Dios. Aquel montón de mierda estaba rodeado de moscas. De hecho, todas las moscas de Montana estaban allí. Qué asco. —¿No puedo hacer otra cosa?

—No —respondió sin mirarla agachándose al lado de una tomatera.

Gruñó cogiendo la pala de uñas otra vez del establo y volvió pensando en clavarle aquel chisme en el trasero mientras se acordaba de toda su familia. ¿Quién se creía que era? La habían invitado a ir allí y ahora la hacía trabajar como si fuera su empleada. ¡Ella, que era una de las actrices más cotizadas del momento, revolviendo mierda en un valle perdido de la mano de Dios! ¡Ella, que tenía tíos a mansalva detrás esperando su oportunidad y que podía bañarse en champán si le daba la gana, tenía que aguantar el carácter de ese tío que era insoportable!

Capítulo 3

Pinchó en la boñiga y casi tiene una arcada al levantarla porque el olor se hizo más fuerte. En ese momento hasta se casaría con Carter con mucho gusto. Iba a matar a Luke. Tenía que buscar una manera de largarse de allí. Se pasaría el tiempo hasta la próxima película encerrada en su casa, no pasaba nada. Había cosas peores como acababa de comprobar.

Se metió en el huerto con la pala bien estirada para que el olor no la afectara y cuando se colocó a su lado preguntó —¿Cómo lo hago?

Él puso los ojos en blanco y cogió la pala acercándose a una de las esquinas. Empezó a mover el mango de arriba abajo y los trozos de boñiga reseca se rompieron en trocitos cayendo sobre las plantas. No era difícil. Él se acercó a Rachel mirándola a los ojos y clavó los dientes de la herramienta en la tierra ante ella. —¿Crees que podrás hacerlo?

Rachel gruñó cogiendo la pala de uñas, pero la había clavado mucho y tuvo que tirar otra vez casi cayendo hacia atrás del esfuerzo. Sería capullo. —¿Crees que podrás hacerlo? —siseó clavando su herramienta en la mierda.

Cuando llegó al lado de la esquina donde ya habían abonado, empezó a

mover el mango de la misma manera, pero casi no se movía, así que lo hizo con más fuerza y uno de los trocitos se le cayó sobre el pelo. Rachel gritó del asco y pegó un salto dejando caer la pala pasando las manos por el pelo una y otra vez. Él apoyó el codo en su azada mirándola dar saltos y cuando pisó una de las plantas le gritó —¡Rachel!

Se detuvo en seco y vio lo que estaba mirando. —Mierda. —Se agachó e intentó arreglar la planta, pero la pobre ya estaba machacada.

—¡La has matado!

Eso era lo que le faltaba y furiosa se levantó mirándole. —Mira guapo, puede que folles de miedo, pero estoy hasta los mismísimos de ese tonito. — Le señaló con el dedo. —¡Yo estoy aquí de vacaciones!

—¿Quieres comer?

—¿Con la mierda de comida que pones? ¡No, gracias! —Furiosa pasó a su lado empujándolo por el pecho y salió del huerto.

—¡Vuelve aquí!

—¡Qué te den!

Fue hasta la casita de muñecas y deslizó el tablón para abrir la puerta golpeándola contra la pared. Caminó hasta la habitación como si fuera a la guerra y cerró de un portazo cogiendo las maletas para empezar a cerrarlas. — ¿Qué hago? No me las puedo llevar.

Cogió su bolso y abrió la puerta para ver allí a Rob que la miraba furioso. —¿A dónde vas?

—¡Me largo de aquí!

—¿Piensas caminar veinte kilómetros?

—¡Caminaré mil con tal de perderte de vista! —Pasó a su lado y atravesó el salón saliendo por la puerta e iniciando el camino furiosa. Afortunadamente la rústica carretera se notaba por las rodadas de los coches que habían circulado por allí en el pasado y solo tuvo que caminar. Era un alivio porque ella no tenía ningún sentido de la orientación. Además, con el chófer ni se fijó por dónde iba.

Estuvo más de dos horas caminando y tenía la camiseta empapada. El bolso que era una monada, pesaba como un muerto y le dolían las palmas de las manos en las que ya tenía ampollas por el trabajo de la mañana. Además, tenía hambre y sed. En ese momento entró en un bosque y empezó a ponerse nerviosa. ¿No había caminado bastante? Sólo le faltaba perderse.

El sonido de un motor llegó hasta ella y suspiró de alivio. Haría dedo. Se volvió para ver un cuatro por cuatro gris último modelo. Menudo cochazo. Esperaba que no fuera un psicópata.

Cuando el coche se detuvo a su lado y vio a Rob, pensó que sí que era un psicópata, así que apretó los labios antes de volverse y seguir caminando.

—¡Sube al coche!

—No, gracias.

—¡Déjate de tonterías! Todavía te quedan quince kilómetros y estás cansada.

—Como si te importara. —Aceleró el paso mientras el coche se ponía a su altura.

—Te estás comportando como una idiota. ¡Fuiste tú la que viniste a mi casa! ¡Lo menos que puedes hacer es colaborar!

Eso la indignó y le miró a los ojos. —¡No me importa colaborar, pero no voy a dejar que nadie me trate como si fuera una mierda!

Él apretó los labios. —Yo no te he tratado así.

—¡Eres un déspota y un imbécil! Me has tratado con desprecio, pero eso sí, de paso te has llevado cuatro polvos. ¡Pues que te aprovechen! ¡Tíos como tú los tengo a patadas! —Siguió caminando furiosa tropezando con una piedra y dobló el tobillo haciéndose daño, pero no hizo un gesto.

El coche se detuvo a su lado y Rob se bajó del vehículo cogiéndola por la cintura y levantándola. Rachel gritó de la sorpresa y le arreó con el bolso en la cabeza. —¡Suéltame!

—¡Sube al coche! ¡Rachel, deja el bolso! —gritó cuando le golpeó de nuevo.

Logró sentarla sobre el capó del coche y ella se apartó para gritarle cuatro cosas, pero cuando se miraron a los ojos respirando agitadamente, lo olvidó todo antes de atrapar cada uno la boca del otro para besarse como posesos. Rachel tiró el bolso al suelo acariciando su cuello con ambas manos, mientras él metía las manos por debajo de su camiseta para acunar sus pechos provocando que se estremeciera al no llevar sujetador. Él apartó su boca de golpe y susurró —¿Aquí?

—Sí. —Reclamó sus labios como si estuviera sedienta mientras él le abría sus vaqueros. La cogió por la cintura bajándola del coche sin dejar de besarla y sorprendiéndola la volvió pegándola de cara al capó. Rachel apoyó las manos sobre el coche y gritó al sentir como bajaba sus vaqueros. La acarició con su miembro íntimamente haciéndola gemir y entró en ella de un solo empujón, provocando que se le cortara el aliento por el placer que la recorrió. Rob rodeó su cuello con su brazo arqueando su espalda mientras entraba en ella con fuerza. Sus fuertes embestidas le provocaban un placer indescriptible y gritó agarrando su antebrazo clavando sus uñas en él. Todo su cuerpo se tensó y cuando Rob con la mano libre la acarició entre sus suaves pliegues, Rachel estalló en un intenso orgasmo que la hizo gritar de la sorpresa.

Sujeta a su antebrazo abrió los ojos respirando agitadamente y gimió por lo que había hecho. Estaba claro que necesitaba un psiquiatra.

—¿Estás bien?

Rachel se puso colorada mirando hacia atrás. —Sí, claro. —Carraspeó soltando su brazo y cerró los ojos al ver las marcas que le había hecho con sus uñas. Y eso que las llevaba más cortas de lo normal.

Rob se apartó lentamente y ella se agachó para subirse los pantalones. Se apartó un mechón de la mejilla y puso su mejor sonrisa antes de volverse. —Bueno, adiós.

Asombrado vio que cogía el bolso del suelo y se ponía a caminar de nuevo.

—¿Rachel, sube al coche! —Ella no contestó. —Te llevaré a la ciudad.

Ella entrecerró los ojos deteniéndose y se volvió lentamente. —¿De verdad?

—Sí. —Fue hasta la puerta del conductor y la abrió metiéndose dentro.

La verdad es que estaba agotada y no le apetecía nada caminar los quince kilómetros que le quedaban. Volvió a regañadientes y rodeó el coche para abrir la puerta. —¿Me llevas a la ciudad?

—Sube, ¿quieres? —Molesto arrancó el vehículo y ella se subió.

Al verle dar la vuelta le miró asombrada. —¿Qué haces?

—¿No quieres tus maletas?

—Ah. Sí, claro.

Se mantuvieron en silencio todo el rato hasta llegar a la casita que la verdad estaba muy cerca. Se asombró de lo poco que había caminado y cuando el coche se detuvo ante la casa, ella se bajó para ir a buscar las maletas. Al ver que el coche se iba se quedó atónita mirando cómo rodeaba la casita. Se cruzó de brazos esperando, pero cuando el coche no volvió jadeó furiosa. Dejando el bolso en el porche rodeó la casita para ver que Rob salía de una pequeña construcción al lado del establo y cerraba la puerta con un candado. Increíble. ¡Le había tomado el pelo!

—¡Rob!

Él se volvió sin expresión en el rostro. —¿Si?

—¿Qué haces?

—Voy a seguir con mi trabajo. —Y dejándola de piedra fue hacia el huerto cogiendo la pala de uñas para coger la boñiga. Sin darse prisa empezó a repartir el abono mientras ella le observaba con las manos en las caderas.

—¡No te has disculpado!

—Ni lo voy a hacer.

Hala, a volver a la carretera. Se dio la vuelta y cuando llegó al porche se sentó en los escalones. Suspiró pasándose la mano por la frente. Quizás debería tomarse las cosas con calma. Acababa de pillar a su prometido con la teta de una tía en la boca y había anulado una boda que llevaba un año

preparando. Eso por no hablar de las tres películas que había hecho ese año. Estaba agotada. Física y emocionalmente. Liarse con un tío del que no sabía ni su apellido no era buena idea. Dios, si no hacía ni veinticuatro horas que había llegado.

Entró en la casa y fue hasta la nevera. Al abrirla gimió porque estaba casi vacía. De hecho no había nada que beber. Cogió un vaso y abrió el grifo para llenarlo de agua y cuando terminó de beber, decidió darse una ducha.

Cogió de su maleta el neceser porque el champú de Rob no tenía ni olor y se metió en el baño. Abrió el agua esperando a que saliera caliente, pero sólo salía templada, así que tenía que conformarse. Se enjabonó con su esponja impregnada de gel de lavanda pasándosela por todo el cuerpo. Tenía las manos muy sensibles y al volver a mirarlas vio una ampolla considerable. Se lavó el cabello sin darse prisa y hasta se echó una mascarilla. Estaba esperando los cinco minutos de rigor para que la mascarilla hiciera efecto cuando se cortó el agua. Sorprendida miró hacia arriba. ¿Había agotado el agua?

—¿Cómo vas a agotar el agua? —se respondió ella misma—. ¡Esto es Montana!

Salió de la ducha al darse cuenta de que no volvía y se cubrió con una toalla. Salió a la cocina y abrió el grifo, pero nada. —Esto es genial.

Volvió a la habitación y se puso unas zapatillas de deporte. Con la toalla cubriendo apenas su pecho y sus muslos, salió al exterior rodeando la casita. Rob estaba regando.

—¡Rob! —Él levantó la mirada y reprimió una sonrisa. —¡Me estaba duchando!

—Eso ya lo veo.

—¿Te queda mucho? —Sintió que la mascarilla recorría su frente y se pasó la mano por la ceja para evitar que le cayera en el ojo, pero algo debió caer porque cerró el ojo sintiendo un resquemor horrible. —¡Rob!

—¡Espera! —Corrió hacia ella con la manguera y Rachel gritó cuando el agua helada le cayó encima. Pero aun así levantó la cara gimiendo de dolor. —Ya está —dijo él dejando que el agua corriera por su cara. Rob empezó a aclarar su cabello y pasó su mano por su sedoso pelo. —¿Estás bien?

Ella abrió los ojos casi con miedo y él hizo una mueca al ver que los tenía muy enrojecidos. —¡Vaya!

—¡Vaya! —dijo ella empapada. Furiosa le arrancó la manguera de la mano y se inclinó con un golpe seco empezando a aclararse la nuca mirando el suelo—. Eres el tío más... Ni encuentro las palabras para describirte.

Él le acarició la cabeza y a Rachel se le cortó el aliento cuando le cogió la manguera para aclararla tan suavemente que se volvió a excitar. —

Parece seda. —Pasando la manguera acarició su melena que casi llegaba al suelo.

Cuando ya no salía espuma, Rachel carraspeó antes de decir —Ya está.

Rob se apartó y ella se incorporó retorciendo el cabello. Le miró a los ojos y susurró —Gracias.

Él asintió algo tenso antes de darse la vuelta para seguir regando. Confusa por lo que sentía, empezó a caminar hacia la casa, pero antes de torcer la esquina le miró. Rob la estaba observando y cuando sus miradas se encontraron ambos miraron al frente a toda prisa. Rachel entró en la casa y sonrió como una tonta. Iba a ponerse mona esa noche.

Se decidió por un vestido blanco con florecillas violetas que le llegaba a mitad del muslo. Era de tirantes muy finos y no se puso sujetador. Tampoco braguitas porque de todas maneras no las necesitaba. Descalza fue hasta la cocina con el cabello húmedo y empezó a hacer la cena con lo poco que había. Pero había patatas y huevos. ¿Habría aceite? Miró por las alacenas y no. No había aceite. Así que improvisó. En lugar de freír la patata la coció y después batió los huevos. Cuando la patata estuvo cocida la escurrió y la tiró sobre el huevo batido. En una sartén bien caliente echó la mantequilla y cuando se derritió, echó los ingredientes para la tortilla española. No sabría exactamente igual, pero algo era algo. Había todo lo necesario para hacer una ensalada, así que la preparó por si a Rob le apetecía. Chasqueó la lengua al

ver que el aliño que había en la nevera no era de los que le gustaban, pero a falta de algo mejor...

Como no había mesa de comedor sino simplemente aquella barra de desayuno, puso los platos allí con todo lo demás, incluida una jarra de agua del grifo.

Rob entró en la cabaña y ella se detuvo con la ensalada en la mano. Forzó una sonrisa. —He hecho la cena.

—¿Por qué?

—¿No tienes hambre?

—Yo he comido.

Alucinó cuando le vio ir hacia la habitación. Claro, había comido mientras ella se pateaba media Montana. ¡Tendría cara!

Pues ella tenía hambre. Se sentó en el taburete y partió la tortilla sirviéndose un buen pedazo. Al probarla sonrió satisfecha porque no le había quedado nada mal. Le faltaba algo que su cocinera ponía, pero no recordaba lo que era. ¡Cebolla! Le faltaba la cebolla. Ya lo haría para la próxima.

Comió con apetito y cuando Rob llegó a la cocina vio que se había duchado y cambiado de ropa. Se había puesto unos vaqueros limpios y una camiseta blanca. Rachel estaba masticando el último trozo de tortilla y él se sentó a su lado. —Tienes la nevera vacía.

—Recolecto según necesito.

—¿Y la carne y el pescado?

—En el río y en el monte.

—¿Es una broma?

Rob levantó una ceja y ella se horrorizó. —Ni se te ocurra pensar que voy a cocinar un oso o algo así.

Él se echó a reír a carcajadas y la verdad hasta su manera de reírse la ponía a tono. —Eres muy graciosa.

—Pues hasta ahora no te has reído.

—Es que hasta ahora no tenías gracia.

Rachel se levantó cogiendo su plato. —Yo he cocinado. Tú friegas.

Él empezó a cenar como si no la hubiera escuchado y ella fue hasta el pequeño salón. Se sentó en el sofá dando un respingo porque igual sí que tenía que haberse puesto bragas. Coño, qué fría estaba la piel. Miró a su alrededor y vio un par de libros. Ávida se tiró sobre ellos y al ver las sinopsis casi chilló de alegría porque eran de misterio. Abrió el que mejor pinta tenía y miró la espalda de Rob que seguía cenando. Se acomodó en el sofá levantando las piernas y empezó a leer. Escuchaba a Rob moviéndose por la cocina, pero la trama la había atrapado y ni siquiera miró lo que estaba haciendo. Estaba ya por el tercer capítulo cuando Rob se sentó a su lado levantando sus piernas

para hacerse sitio y colocándolas sobre él. Ella le miró brevemente antes de seguir leyendo y pasar otra página.

—¿Está bien ese libro?

—Está genial. ¿No lo has leído? —murmuró sin dejar de leer. Rob le acarició las pantorrillas y ella frunció el ceño—. Ahora no.

—¿Ah, no?

—Venga, déjame que quiero leer. —La mano de Rob subió entre sus piernas hasta llegar a sus rodillas. Exasperada levantó los ojos del libro y cuando vio su mirada se sonrojó. —¿No puedes esperar?

—¿Y tú? —La mano siguió subiendo.

—Tienes razón, el libro seguirá ahí por la mañana. —Se acercó a él sentándose sobre sus rodillas y dejando caer el libro al suelo. Rob le apartó un mechón de pelo colocandoselo tras la oreja. —¿Eres de Montana?

—No, soy de Los Ángeles.

—¿Anda, como yo!

—Eso se nota.

—¿En serio? ¿En qué se nota? —preguntó poniéndose tensa.

—En todo. Seguro que eres de esa multitud de camareras que quieren ser famosas y que se ha metido en un lío por conseguir su sueño.

Le miró asombrada por su conclusión y susurró —¿Por qué piensas eso?

—Gloria es agente y si eres amiga suya, seguro que estás relacionada con el mundo del cine. Y que estés aquí, demuestra que te has metido en un lío y has tenido que salir de la ciudad a toda prisa.

No estaba demasiado desacertado porque sí que se había metido en un lío y sí que era actriz. Él sonrió con desprecio y ella se tensó intentando levantarse. —Me voy a la cama.

La cogió por la cintura impidiéndoselo. —¿Por qué no me cuentas ese lío en el que te has metido?

—No me apetece. —Se apartó para levantarse y él se tensó. —Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella fue hasta la habitación y cerró la puerta lentamente. Le había quitado las ganas totalmente con su manera de burlarse. Sintió un hueco en el estómago y fue hasta su maleta sacando un camisón de seda verde. Se desvistió a toda prisa porque sólo tenía que quitarse el vestido. Cuando se puso el camisón miró la cama y no sabía cuál era su lado, así que eligió ella. Se echó en el lado izquierdo dando la espalda a la puerta. Se mordió el labio inferior tapándose con las sábanas. Le daban ganas de gritarle a la cara que

ese año había ganado un Oscar a la mejor actriz y que tenía mucho más dinero que él. ¿Quién se creía que era? De repente se sintió muy sola. Estaba en medio de la nada con un tío que no la tragaba y su madre en Los Ángeles con sus amigos intentando capear el temporal. ¿Qué rayos estaba haciendo allí en lugar de dar la cara? Una lágrima cayó por su mejilla y se abrió la puerta de la habitación. Rachel se pasó la mano por la cara a toda prisa y cerró los ojos simulando dormir. Le escuchó moverse por la habitación y cuando se tumbó a su lado ella susurró —¿Dónde hubiera dormido sino me hubiera acostado contigo?

—El sofá se hace cama —respondió como si estuviera agotado.

Rachel cerró los ojos apretando las sábanas entre sus manos pensando que se fuera él al sofá. No sabía si era que hacía dos días que casi no dormía o el trabajo del día con la caminata, pero poco a poco se fue quedando dormida.

Estaba dormida cuando sintió un peso sobre su cintura y a su novio apretándose a su espalda. Protestó. —Carter, no quiero. Déjame dormir — susurró cogiendo la almohada mientras su novio se tensaba tras ella. Sonrió cuando su prometido se apartó y siguió durmiendo, volviendo a soñar que estaba en la playa haciendo el amor con un moreno muy guapo de ojos azules.

—¡Rachel, levántate!

Se sentó sorprendida y miró a Rob como si no le conociera. Aliviada

dejó caer los hombros provocando que un tirante de su camisa cayera, mostrando parte de su pezón. —¿Ya es la hora?

Rob la miró. Somnolienta, despeinada y de esa guisa estaba de lo más seductora. —¿Quién es Carter?

Parpadeó sorprendida. —¿Conoces a Carter?

—Yo no, pero al parecer tú lo conoces muy bien.

—Es mi prometido. —La cara de cabreo de Rob la hizo rectificar. —

Exprometido

—Exprometido, ¿eh? ¿Y sabe que no es tu prometido? —Se sonrojó intensamente porque ella no le había dicho nada. Ni ganas que tenía. — ¡Estupendo! ¡Esto es estupendo! —Salió de la habitación dando un portazo.

No entendía por qué se ponía así cuando a él todo le daba igual. ¿O no?

Salió de la cama a toda prisa y fue hasta la cocina donde Rob estaba haciendo el desayuno. —¿Qué te pasa?

—Nada. Vístete que tenemos mucho que hacer.

—¿Estás enfadado?

—No.

Que no la mirara era muy significativo. —¿Seguro? Mira, Carter...

—¡No necesito explicaciones! —le gritó volviéndose—. ¡Cómo te dije esto han sido unos polvos ocasionales y después cada uno a su vida!

—No entiendo por qué te pones así.

—Entonces eres más estúpida de lo que pensaba.

Que hubiera pensado que era estúpida increíblemente le dolió y dio un paso atrás sintiendo un nudo en la garganta.

Él vio que le había dolido y suspiró. —Perdona, no quería decir eso.

—Sí que querías —susurró yendo hacia el baño. Se encerró y reprimió las lágrimas sin entender lo que había pasado. Pero al parecer nunca entendería a Rob porque no se molestaba en explicarle nada.

Después de asearse, se vistió con unos vaqueros y una camiseta. Hizo la cama y cuando fue hasta la cocina, su desayuno estaba sobre la encimera, pero él había desaparecido. Dejó el desayuno sin tocar y salió de la casa imaginándose que estaba en el establo. Se detuvo al ver la puerta abierta del garaje y se acercó lentamente. Abrió los ojos como platos al ver a Rob hablando por teléfono y estaba furioso. —¡Lo siento, pero tienes que llevártela! —Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas porque era obvio que hablaba de ella. —¡Sólo lleva aquí un día y ya ha afectado a mi vida! —gritó al teléfono—. ¡No tengo intimidad y es insoportable tenerla al lado!

Rachel se mordió el labio inferior. —¡Si tiene problemas no son asunto

mío! ¡O vienes a buscarla o la llevo yo mismo a Los Ángeles! ¡Haz lo que quieras! —Vio como él escuchaba a Gloria, que seguramente era con quien estaba hablando, y vio como se ponía furioso dándole una patada a la rueda del coche. —¡Ni se te ocurra! ¡Te juro que como hables con la prensa te vas a acordar de mí!

¿Con la prensa? Gloria nunca hablaría con la prensa para delatarla. Entonces le miró a él y abrió los ojos como platos. ¡No estaba hablando de ella! Era a él a quien delataría a la prensa. Se acercó más a la puerta para enterarse de algo. Rob suspiró pasándose la mano por el cabello. —Sólo se quedará un día más. ¡No! ¡Nada de un mes! ¡Mañana me la llevo a la ciudad y la dejo en la parada del autobús!

Gloria debió poner el grito en el cielo. La que se organizaría en la ciudad al verla en la parada esperando el autobús. Se colapsaría el tráfico. No era la primera vez que pasaba y tenía que escoltarla la policía. Rob frunció el ceño. —¿Qué me estás ocultando?

Rachel se alejó lentamente y fue hasta la casa. Se sentó ante su grasiento desayuno y empezó a comer. Cuando terminó, lavó los platos y fue hasta el establo donde él ya estaba trabajando. Cogió la pala de uñas y empezó su trabajo sin que él le dijera nada.

—Me iré si me dejas el teléfono.

Él la miró sorprendido. —¿Cómo sabes que tengo un teléfono?

—Me tenía que haber imaginado que nadie viviría tan aislado. Además, Gloria se puso en contacto contigo para decirte que venía de un día para otro. ¿Es vía satélite? —Él apretó los labios. —Si me lo dejas, saldré de aquí en una hora. Da igual lo que diga Gloria. Soy dueña de mi vida y hago lo que quiero.

—Ella quiere que te quedes —dijo rabioso—. Al parecer tu vida está pendiente de un hilo.

Le miró sorprendida. —¿Qué quieres decir?

—¡Yo que sé! ¡No me ha explicado nada!

—Déjame el teléfono. —Se acercó a él rogándole con la mirada.

—No creo que...

—¡Déjame el teléfono! —gritó muy nerviosa. ¿Qué estaba ocurriendo allí? No iba a dejar que Carter le jodiera la vida. Empezaba a tener un mal presentimiento.

Rob entrecerró los ojos. —Ven conmigo.

Salieron del establo y fueron hasta el garaje. Él abrió el coche y sacó el teléfono de la guantera tendiéndoselo después. Ella marcó el teléfono de Luke y se lo puso al oído apartándose.

—¿Diga?

—¿Qué está pasando?

—¿Rachel?

—¡Sí, soy Rachel! ¡Ahora dime qué ocurre y dime la verdad!

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. —Te ha echado a ti la culpa de todo. De hecho, ha aprovechado que has huido para decir que esa misma tarde te encontró con un hombre en un hotel de la ciudad. Incluso ha salido un botones dándole la razón. Se ha justificado diciendo que las fotos simplemente fueron una venganza y la prensa le ha creído. Se ha suspendido el rodaje de la película porque quieren sustituirte, pero Robertson se niega. — Suspiró de alivio porque el director la apoyara en eso.

Se pasó la mano por la melena apartándola de la cara. —Voy a volver. Prepara una rueda de prensa para mañana. —Rob frunció el ceño y se cruzó de brazos mientras no se perdía detalle. —No tenía que haberos hecho caso. Tenía que haberme enfrentado a ellos.

—¡Pensábamos que era lo mejor!

—¡En cuanto Carter abrió la boca, deberíais haberme avisado! —gritó fuera de sí—. ¡Es mi vida y mi profesión la que está en juego!

—Lo siento.

—Ya hablaremos cuando llegue —siseó porque ambos sabían que mantendrían una conversación muy seria. Una cosa es que fueran amigos y otra

muy distinta que tomaran decisiones tan importantes por ella—. Envíame un helicóptero. ¡Encuétralo y envíamelo cuanto antes!

—Sí, Rachel.

Colgó el teléfono y se lo tendió. —Gracias.

—¿Quién coño eres? —Parecía furioso.

—No soy una camarera que se ha metido en un lío para obtener un papel. —Iba a salir del garaje cuando él la cogió por el brazo para volverla.

—¿Qué haces?

—Creo que merezco una explicación.

—¿Ahora quieres una explicación? ¿Y tú no tienes nada que contarme?

—Rob apretó los labios y ella sonrió irónica. —Entonces suéltame el brazo.

Lo hizo lentamente y Rachel se volvió para ir hacia la casa con él detrás. —No sé por qué te pones así cuando hace veinte minutos gritabas que querías que me largara.

—Me da la sensación de que se me escapan muchas cosas.

Ella entró en la casa yendo hacia la habitación. —Se te llevan escapando desde que llegué.

—Muy graciosa.

—¿Crees que este es el bolso de una camarera? —Le mostró su Birkin.

—¿O esas las maletas de alguien que gana mil dólares al mes? —Él apretó las

mandíbulas. —Has visto lo que querías ver y todo lo demás te daba igual. Me has humillado y me has insultado para mostrar que eres muy fuerte y que no necesitas a nadie, ¿pero sabes qué? Estás deseando que alguien se quede contigo y eso te aterra.

—¿Pero qué idioteces dices? —le gritó muy tenso.

—¿Por qué no dejaste que me fuera ayer? Hiciste esa llamada porque te aterraba lo que sentiste por lo de Carter y sólo querías huir. Y como no podías irte, me echabas a mí.

—Estás mal de la cabeza. ¡Sólo quiero que te vayas porque eres un estorbo!

—Pues ya me voy —dijo fríamente intentando no demostrar lo que le dolían esas palabras—. En nada de tiempo tendrás la casa para ti solito otra vez.

Se volvió para recoger su cepillo de encima de la mesilla y entró en el baño donde metió todas sus cosas en el neceser. —Tranquilo que no pienso dejar nada que te recuerde mi molesta presencia.

—Rachel...

Ella salió del baño esquivándolo y volvió a la habitación. —¿Dónde está mi ropa de ayer?

—En el cesto de la ropa sucia del baño.

Volvió al baño y abrió el cesto sacando su ropa de los dos días anteriores. Apretó los labios al ver su ropa interior negra. Hizo un ovillo con ella y volvió a salir. Ni se molestó en buscar una bolsa, tirándola con la ropa limpia en la maleta. Al ver la sangre en su chaqueta, apretó los labios sabiendo que no se quitaría. Como la sensación de pérdida que tenía en ese momento. No se explicaba lo que le estaba pasando, pero en ese momento no podía detenerse para pensar en ello.

—Rachel, creo que...

—¿No tienes tareas? Ayer había muchísima prisa por hacerlo todo y...

Él se agachó y la cogió por los brazos impidiendo que cerrara la maleta. Rob la miró a los ojos y al ver que una lágrima caía por su mejilla hasta llegar a la comisura de su boca se quedó sin aliento. Como hipnotizado observó como rodaba hasta su barbilla y la miró a los ojos de nuevo. —No voy a volver a Los Ángeles.

—Pues yo sí —susurró sintiendo que le daba un vuelco al corazón—. Voy a volver a mi vida. —Le acarició la mejilla. —Ahora dime adiós y vete hasta que vengan a buscarme.

Rob le apretó los brazos y la besó como si quisiera fundirse con ella. Rachel suspiró respondiendo a su beso desesperada, sabiendo que nunca más volvería a sentir aquella sensación. Él se apartó lentamente y la besó en la

frente como si le costara desprenderse de ella antes de incorporarse saliendo de allí a toda prisa. Rachel miró el hueco vacío de la puerta durante varios minutos sintiendo un nudo en la garganta y lentamente se volvió para cerrar las maletas.

Cuando el helicóptero llegó, aterrizó ante la casa y ella se levantó de los escalones del porche para ver como el piloto se bajaba con las aspas aún girando. —¿Señorita Mitchell?

—Sí, soy yo —respondió sabiendo que el hombre la había reconocido.

—Acompañeme, por favor —dijo cogiendo las maletas—. Manténgase agachada.

Ella miró a su alrededor aunque sabía que Rob estaría en el establo y no se acercaría. Siguió al piloto sentándose a su lado en la cabina. El hombre le puso las correas de seguridad y cerró su puerta antes de rodear el aparato y sentarse a su lado. —¡Enseguida estará en casa! ¡Su vuelo de conexión la espera en pista! —le gritó indicándole que se pusiera unos cascos que tenía en frente.

Cuando se los puso forzó una sonrisa y miró a su alrededor mordiéndose el labio inferior pues deseaba verle por última vez. Tragó saliva

mientras se elevaban y al mirar hacia el establo le vio allí observándoles. Ella forzó una sonrisa y se despidió con la mano mientras se alejaban. Cuando lo perdió de vista, cerró los ojos impresionada por sus pensamientos porque esperaba que fuera feliz. Parecía increíble que sintiera separarse de una persona a la que apenas conocía desde hacía unas horas. Pero es que en esas horas a su lado había sentido más emociones que en toda su vida.

Capítulo 4

—Rachel, tienes que firmar estos contratos. —Luke se acercó a ella, que sentada en la tumbona de la piscina miraba al vacío.

—Oh sí, claro —susurró cogiendo los papeles.

—Léelos bien y si algo no te gusta, dímelo.

—¿Para qué son?

—Dos películas el año que viene y tres portadas para la promoción de la de esta Navidad.

—Muy bien —susurró dejándolos sobre el regazo—. Los leeré luego, ¿vale?

Su amigo se sentó en la tumbona a su lado. —Rachel, ¿qué te pasa? Desde hace un mes estás muy rara. Sé que todo lo que ha pasado con Carter ha sido muy duro, pero después de tus declaraciones nadie le ha creído y todo va bien.

—Sí —susurró mirando al frente—. Todo va bien.

—Dentro de mes y medio empiezas la película y si no estás en condiciones, Robertson te va a matar después de todo lo que ha peleado por ti.

—Estoy bien.

—Es por Rob —dijo Gloria sorprendiéndoles.

Se sonrojó volviendo la mirada hacia su amiga. —¿Y tú qué sabes?

—¿Crees que no te conozco? Supe qué pasaba en cuanto volviste a casa. La verdad es que me sorprendió que hubiera ocurrido algo entre vosotros, pues estuviste allí muy poco tiempo. —Se sentó al lado de su marido.

—El suficiente —susurró pensando qué estaría haciendo.

—No va a volver —dijo Gloria con pena.

—Lo sé. Me lo dijo.

—¿Te lo dijo? —Gloria sorprendida la agarró del brazo mirándola a los ojos. —¿Te contó lo de Lissi?

—¿Lissi?

Gloria apretó los labios. —No te lo ha contado.

—Es lógico, se quedó muy poco tiempo —dijo Luke levantándose.

—¿Qué es lo de Lissi? —preguntó ansiosa—. ¿Quién es Lissi?

Su amiga se levantó. —No me corresponde a mi contarlo y...

—Vamos, Gloria... —dijo su marido—. Lo sabe todo Los Ángeles. Que ella no lo haya reconocido, es porque Rachel estaba en Suiza en esa

época.

Rachel perdió el aliento porque eso había sido hacía cuatro años. Cuando había ido a hacer un curso de interpretación muy prestigioso, donde profesionales muy afamados de todo el mundo, impartían cursos a unos precios exorbitantes.

—Contádmelo. Quiero entenderle.

Gloria apretó los labios volviendo a sentarse. —Rob es en realidad Robert Samuel Adkins.

Rachel se quedó en shock. —¿Tu primo es Robert Adkins? ¿Por qué no me lo dijiste nunca?

—Porque cuando empecé a trabajar para ti como ayudante de Luke hace cinco años, no quise decir mi parentesco con él para que no me contratarais por favoritismo. Y cuando ocurrió lo que ocurrió, él quiso alejarse de todo. No quería contestar preguntas incómodas sobre ese tema, así que nunca te dije nada por respetar su intimidad. ¡Por Dios, si tuve que amenazarle con decirle a la prensa dónde estaba para que te acogiera! Aunque nunca lo hubiera hecho, pero tenía que presionarle un poco.

Se levantó atónita intentando recordar todos los detalles sobre aquella historia. Rob era uno de los guionistas más importantes de la industria. Todas las compañías se lo disputaban para transformar los best sellers en una

historia coherente en las pantallas y era muy bueno en su trabajo. —Lissi era su hija —susurró sintiendo un dolor indescriptible en la boca del estómago.

Los ojos de Gloria se llenaron de lágrimas. —Sí. Una niñita preciosa de grandes ojos azules y ricitos negros.

—Su esposa y su hija murieron en un accidente de coche cuando ella le iba a dejar huyendo con su amante y la prensa se cebó con el asunto cuando su amante hizo unas declaraciones sobre la vida privada de Rob que lo dejaban en muy mal lugar. Insinuaron que maltrataba a su esposa y que por eso le abandonaba. Insinuaron mil cosas más que ni quiero recordar...

Gloria asintió y Rachel dejó caer los papeles llevándose la mano al estómago. —Creo que voy a vomitar —susurró totalmente pálida.

Gloria se levantó a toda prisa y le acercó la jarra de zumo de naranja que había sobre la mesa. Rachel vomitó sintiéndose fatal mientras Luke la sujetaba por la cintura. —Voy a llamar al médico —dijo su agente preocupado.

—Estoy bien —susurró mientras Luke la sentaba en la tumbona de nuevo—. Oh, Dios. No me extraña que no quiera volver.

—No puede enfrentarse a todo esto de nuevo. La muerte de Lissi le destrozó. Fue un mazazo terrible que nadie debería sufrir. Estaba tan roto de dolor que las declaraciones de Arthur Collings no le importaban. Cuando se

dio cuenta su vida estaba totalmente destrozada y su reputación por los suelos. La semilla estaba sembrada y nadie quería contratarle.

—De todas maneras, él no estaba para trabajar —dijo Luke acariciando su espalda—. Estaba algo trastornado por lo de Lissi. Vendió su casa y compró el terreno en Montana. La casita donde vive la compró por Internet. Nadie sabe que vive allí excepto nosotros. A veces creo que realmente ha perdido la cabeza. Tiene un talento abrumador, pero lleva cuatro años sin hacer absolutamente nada.

Rachel cerró los ojos frotándose la frente muy nerviosa, sintiendo que tenía que hacer algo. Ella se había defendido y había ganado a Carter en sus mentiras, pero Rob no había podido por el estado en el que se encontraba. Una rabia indescriptible se le colocó en el pecho y miró a Luke fijamente.

—Oh, Dios... —Su amigo se levantó negando con la cabeza. —No te metas en esto. Sabrán que has estado con él en Montana y puedes salir perjudicada. ¡Habrà otro escàndalo que puede que no podamos detener! ¡Serás la comidilla de toda la industria! ¡Si te mezclas en muchos escàndalos tu carrera se perjudicará! ¡Dejarán de llamarte como a él!

—Me da igual.

Gloria jadeó. —¿Pero qué dices, loca? ¡Estás en lo más alto y es lo que están deseando esos buitres para hundirte!

—Yo quiero que recupere su vida.

—¡Su vida nunca volverá a ser la misma porque Lissi no está! —le gritó Gloria con lágrimas en los ojos—. ¡La niña se ha ido por culpa de la zorra de su madre! ¡Eso no lo puede recuperar! ¡Y te odiará a ti por meterte donde no te llama nadie!

Rachel se levantó lentamente. —Puede que Lissi ya no esté, pero yo voy a tener un hijo y quiero a su padre aquí conmigo.

Sus amigos se quedaron de piedra viéndola entrar en casa.

Gloria miró a Luke. —¡Esto es culpa tuya!

—¿Pero qué dices? ¡Fue idea tuya!

—¡Y para qué me haces caso! ¡Tú eres el jefe!

Se volvieron y entraron en la casa a toda prisa siguiendo a Rachel que iba hacia la cocina. —Luke, localízame a Arthur Collings. Quiero saber que está haciendo ese cabrón ahora.

—¡Por favor Rachel, entra en razón! —dijo Luke indicándole a la cocinera con la cabeza que saliera de allí.

Rachel se sirvió zumo de manzana y después de beber les miró. —Y llama a Claude, quiero hablar con él.

—¿A Claude? —gritó Gloria —¡Decidido, te has vuelto loca!

Rachel dejó el vaso vacío con un golpe seco sobre la encimera y les

miró fijamente. —¡Ahora escuchadme bien porque no lo voy a repetir!
¡Vosotros me habéis metido en esto y vosotros me vais a ayudar a que Rob
vuelva a Los Ángeles! —Sus amigos asintieron. —¿Me habéis entendido? —
Volvieron a asentir. —¡Y no quiero una protesta más! ¡Ahora moved el culo!

Sus amigos salieron de la cocina rápidamente y Rachel suspiró
pensando bien en el problema. Ahora lo importante, lo único importante, era
hacerle volver sin dañar su orgullo. Pero como si lo tenía que arrastrar de los
pelos, que ella no iba a parir sola.

Su madre entró en la cocina y la miró confusa. —Cariño, ¿qué les
ocurre a tus amigos? Se están pegando unos gritos terribles y no me he
enterado de nada.

Miró a su madre fijamente y se le ocurrió una idea. —Mamá, ¿tú me
quieres?

Jadeó ofendida. —Menuda pregunta. ¡Claro que sí!

—¿Harías lo que fuera por mi felicidad?

—Eso ni se cuestiona.

—Necesito que llames a papá.

Los gritos de su madre se oyeron en todo Beverly Hills.

Sentada en el despacho de su padre con un vestido de tubo blanco, esperó a que se dignara a aparecer. Su madre estaba a su lado muy inquieta. Era increíble que después de veinticinco años divorciados se siguiera alterando cada vez que se mencionaba el nombre de George Mitchell.

La puerta se abrió sobresaltando a su madre, que entrecerró los ojos furiosa viendo entrar a su exmarido. —Media hora, George. Has hecho esperar a tu hija media hora.

—Lo siento. La reunión se ha alargado. —Su padre miró a su madre de arriba abajo antes de acercarse a Rachel y darle un beso en la mejilla. —Cada día estás más guapa.

—Teniendo en cuenta que la última vez que la viste tenía cinco años...

—Loretta, no empieces.

—Le he visto hace poco, mamá.

George la miró sorprendido. —¿Ah, sí?

—Sí, en un restaurante. Ibas con una morena y un niño rubio. ¿Tu nueva familia?

Su padre tuvo la decencia de sonrojarse. —Sí. Tienes dos hermanastros.

Rachel tragó saliva intentando no molestarse, así que miró sus ojos grises que era lo único que había heredado de él y dijo —Pues tú vas a ser

abuelo y como nunca en la vida me has dado nada, vengo a cobrar.

—Bien dicho, hija —dijo su madre al ver que George palidecía.

—No entiendo muy bien de qué hablas.

Rachel estaba harta de ese tipo que nunca se había preocupado por su bienestar. Si no hubiera sido por su madre, le hubiera dado igual que acabara bajo un puente. Ni loca se hubiera acercado a él, pero por Rob lo haría. — Eres uno de los editores más importantes del país y necesito un best seller. Quiero un auténtico bombazo que todavía no se haya publicado. —Se cruzó de brazos. —Y me lo vas a proporcionar.

—¿Estás loca? Sabes que no puedo hacer eso. Existen contratos...

Rachel puso las manos sobre el escritorio. —Lo vas a arreglar. Me darás una historia tan buena que sepas que va a acabar en el cine y me la darás en una semana. Quiero que compres los derechos de autor y los pongas a mi nombre.

Su padre abrió los ojos como platos. —No.

—Claro que lo harás porque como no lo hagas, iré por los platós contando mi lacrimógena historia sobre mi padre. Ese que todos piensan que lleva muerto desde que nací porque tu matrimonio con mamá no salió a la luz. —Entrecerró los ojos y siseó —Te juro por Dios que lo haré.

Su padre se enderezó en su asiento. —Tendrás esa novela, pero no

quiero volver a verte.

Su madre sonrió con desprecio y Rachel disimuló el daño que le hicieron sus palabras.

—Será un placer perderte de vista. Vamos, hija.

—Y papá... —George la miró furioso. —Mamá es mil veces más hermosa que esa petarda con la que te has casado.

George miró de reojo a Loretta. —Su belleza nunca fue el problema. Era su lengua lo que no soportaba.

Loretta se echó a reír. —Cabrón infiel. —Se volvió como una reina y salió de allí con la cabeza muy alta. Sabía que había estado enamorada de él toda la vida, pero nunca había dado su brazo a torcer y la respetaba por ello. Pero al verla salir del despacho se sintió tan orgullosa que sonrió radiante.

Levantó una ceja observando a su padre que miraba a Loretta con los labios apretados. —¿Puedo preguntarte algo?

Su padre la miró sorprendido. —¿Acaso puedo negarme?

—¿La amaste alguna vez? —Se miraron a los ojos y vio la verdad en ellos. Se llevó la mano al pecho. —¿Entonces por qué?

—Inseguridad, supongo. Ella era una estrella y yo un editor de medio pelo. —Sonrió sin ganas. —Metí la pata y lo he pagado.

—¿Y yo?

—Las discusiones eran insoportables —dijo como si eso lo explicara todo.

Rachel enderezó la espalda mirando a su progenitor. —Maldito cobarde.

Su padre palideció viéndola salir con el mismo porte que su madre. Se la encontró esperando el ascensor y sonrió. —Gracias por acompañarme. No podía venir sola.

Su madre la miró con cariño. —Nunca me he sentido más orgullosa de ti que en este momento.

Rachel se echó a reír. —Lo mismo digo.

Se abrazaron eufóricas. —¡Esto se merece un helado y de los de verdad! —exclamó su madre entrando en el ascensor y pulsando el botón de la planta baja—. Ahora vamos a por los demás que quiero conocer al padre de mi nieta.

—Claude será difícil de pelar.

—A Claude déjame a mí. —Su madre le guiñó el ojo.

—¡Mamá! ¡Te acabas de divorciar de tu cuarto marido!

—¡No hay que salir del circuito! ¡No seas pesada, niña!

Puso los ojos en blanco y después la miró de reojo. —¿Estás segura?
Es calvo.

—No es calvo. Bueno, sólo un poquito.

—¡Mamá, se le ve el cartón!

—Bah, qué sabrás tú.

—¿Forrado número cuatro?

—Si me lo dijera otra persona, me ofendería —dijo levantando la barbilla—. Pero sí. Ya tuve bastante con el gilipollas de tu padre que no tenía un céntimo.

—Pues míralo ahora.

Loretta gruñó saliendo del ascensor y ella se echó a reír. —Vamos mamá, acéptalo.

Su madre caminó a toda prisa hacia la salida y entonces Rachel se dio cuenta de algo echando a correr lo que le permitía aquel vestido mientras todo el mundo se volvía a mirarlas. —Dios mío, ¿fuiste tú, verdad?

—No sé de qué me hablas. —Entró en la limusina y ella lo hizo detrás.

—¡Tú le has colocado ahí! ¡Si hubieras querido destrozarle nadie le hubiera contratado jamás, pero ha llegado a ser el editor jefe de su propia compañía!

Su madre desvió la mirada. —Tenía talento. Sabía reconocer un buen libro. Su olfato le ha llevado hasta donde está.

—¡Con tu ayuda! —La miró atónita. —¿Por qué? ¡Te destrozó!

Su madre apretó los labios y la miró a los ojos. —No sé. Supongo que porque eres su hija y porque hasta hace unos años le amaba más que a mi propia vida. —Se encogió de hombros. —Ni yo lo entiendo.

—Dios mío, mamá... Lo siento muchísimo.

Loretta sonrió con tristeza mirándola a los ojos. —Espero que si llegas a amar a Rob como yo a George, tengas más suerte. A veces el amor es demasiado complicado.

—De momento sólo quiero que vuelva a la ciudad. Y eso ya es mucho.

Claude se presentó en su casa llevando dos ramos de rosas, unas blancas y otras rojas. Ella sonrió cogiendo las blancas. —Siempre tan detallista, Claude.

—Lo que sea para mis damas favoritas.

Loretta se echó a reír encantada y Rachel vio claramente que a su madre le gustaba. Increíble. Era bajito y algo barrigón. Además era calvo, por mucho que dijera su madre. Pero siempre había sido muy agradable con ellas.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Me tenéis muy intrigado con esta reunión.

—Es que tenemos algo de prisa —dijo su madre con segundas

sentándose a su lado en el sofá.

—Ja, ja. —Rachel fue hasta el mueble bar y se sirvió una soda. —
Verás, necesitamos un favor. —Se volvió con el vaso en la mano para mirarle.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que sueles dar cada tres meses más o menos.

—Queréis que produzca algo. ¿Y cuál es el proyecto? —Miró a
Loretta intrigado y ella sonrió tontamente confundiéndolo.

—Claude, no tenemos proyecto, ni película. No tenemos ni guión
todavía.

Él no entendía nada y ella se sentó ante él. —Necesito que te pongas en
contacto con Rob Adkins y le ofrezcas un libro que recibiré en esta semana.

—¿Para hacer qué?

—Que lo convierta en un guión para la próxima superproducción que
vas a hacer.

Claude las miró atónito. —Vamos a ver si lo he entendido. No hay
libro por lo tanto no hay guión, ni proyecto, pero tengo que llamar a Adkins
para decir que tengo uno.

—Exacto. Un best seller inédito que será un bombazo de taquilla.

Claude entrecerró los ojos. —¿Y es cierto? ¿Existe esa historia?

Dios, esperaba que sí porque sino se iba a meter en un lío. Esperaba que su padre no la fallara. —Existe.

—¿Y tiene que ser Adkins?

—Tiene que ser él.

—¿Por qué?

—Necesito que vuelva a Los Ángeles para ciertos proyectos que realizaremos, pero solo lo hará si vuelve por la puerta grande. ¿Entiendes?

—Pues no mucho, la verdad. —Se pasó la mano por el cuello y Loretta sonrió.

—Es un buen chico al que la vida ha tratado injustamente —dijo Loretta echándole un cable—. Necesita una oportunidad y tú se la vas a dar.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque quiero pasar una noche contigo, pero no lo haré si estoy disgustada. —Su madre puso morritos. Era realmente una desvergonzada, pero a Claude le brillaron los ojos picando el anzuelo. —¿Sabes que estoy buscando mi quinto y definitivo marido?

Claude miró a Rachel que observaba a su madre con los ojos como platos viéndola ligar. ¿No le extrañaba que se hubiera casado cuatro veces? ¡Lo que le extrañaba es que no se hubiera casado veinte!

—Contar conmigo. —El pobrecito hasta estaba sudando. —Pero, ¿y si

se niega?

—Cariño, eso es cosa tuya —dijo Loretta dándole un beso en la mejilla—. Confiamos en tu poder de persuasión.

—En ese sobre tienes su dirección —dijo Rachel antes de que su madre se tirara sobre él en el sofá. Parecía que Claude le gustaba mucho. Nunca se había comportado así con un hombre, al menos ante ella.

Claude sonrió tontamente a su madre. —Está hecho.

—Él no puede saber nada de nuestra intervención —dijo muy seria—. Nada en absoluto. Tú tienes el libro y tú le quieres en el proyecto.

—¿Y si me pregunta algo más?

—Todavía lo estás barajando... Depende de cómo quede el guión... Pero dile que tiene que trabajar aquí para tenerle a mano.

—Hecho. —Se levantó como si tuviera veinte años y miró a su madre. —¿Te recojo esta noche?

—A las siete. No te retrases. —Su madre le guiñó un ojo y él se sonrojó de gusto. Casi tropezó al salir del salón.

—Madre mía, ¿cómo lo haces?

—Claude es especial. Le conocí hace veinte años y siempre supe que estaba loco por mí. —Soltó una risita. —No sé por qué nunca le he dado una oportunidad.

—¿Te gusta?

—Mucho. Es amable, tierno y un caballero. Puede que el amor de mi vida fuera tu padre, pero me parece que Claude es el definitivo.

—Eso espero, mamá. Quiero que seas feliz.

La miró sonriendo como una niña. —No te preocupes. Lo seré. Claude me hará feliz. Ahora tenemos que traerte a tu hombre.

—Antes tengo que encargarme de alguien —dijo perdiendo la sonrisa.

—Cuando miras así, pareces una loca. Das miedo.

—Ya se puede esconder, el muy cerdo. Le voy a destrozar.

Capítulo 5

Estaban en un restaurante cerca de Rodeo Drive y su madre dejó el bolso sobre la silla que estaba a su lado mientras que Rachel cogía la carta. —
¿Qué tal tu quinta cita?

—Oh, es tan tierno... Me va a llevar a París la semana que viene.

—¿Y cómo va nuestro proyecto? —preguntó leyendo la carta.

—¿No te ha llamado Claude?

Levantó la vista de la carta para mirarla a los ojos. —¿Debería llamarme?

—Rob está en Los Ángeles. Tuvieron una reunión esta mañana en su despacho.

Rachel perdió el aliento. —¿Es broma? ¿Ha venido desde Montana?

—Sí. Claude le ha dado el libro esta mañana.

—Bien —susurró volviendo a mirar la carta sintiendo que su corazón casi se le salía del pecho—. ¿Dónde se queda?

—Claude le ha hospedado en el California Plaza. ¿Crees que te

buscará?

—Más le vale, sino me voy a cabrear.

—Y no queremos verte cabreada —dijo su madre divertida—. ¿Sabes que a ese Arthur no le admiten en ningún sitio? Hasta le han prohibido la entrada en el club de campo.

—Que se joda.

—¿No crees que te has pasado un poco al sacar a la luz su lado oscuro?

—Repito, que se joda. Que no se hubiera metido con Rob. —Dejó la carta a un lado mirando a su madre. —Y debería haber mantenido los pantalones subidos con esa menor. Es una suerte que hubiera fotos, ¿verdad?

—Tiene diecisiete años, casi dieciocho. Hay chicas de quince que son auténticos zorrones —dijo su madre sin darle importancia.

—¿Qué culpa tengo yo de que el padre de la chica le haya denunciado?
—preguntó sin sentir ningún remordimiento.

Su madre la miró atentamente. —¿Estás segura de lo que haces? Nunca has tenido dudas de que lo que dijo ese hombre...

—¡No! —Se miraron a los ojos. —Puede que a veces sea un déspota y un bruto, pero nunca pegaría a una mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Dios mío, estás enamorada de ese hombre. ¡Sólo le conoces de dos días!

—No estoy enamorada —dijo incrédula.

—Claro que sí. Le proteges como si le amaras.

Se sonrojó y bebió algo de agua. Cuando dejó su copa susurró —Me gusta.

—Te echó de allí.

—No quería que me fuera. Lo vi en sus ojos. Se asustó.

—Pues espero que no se siga asustando, porque Los Ángeles no es una casita en Montana. Aquí sí que puede huir.

—Vendrá él a mí —dijo con más convicción de la que sentía—. Lo sé. En cuanto pueda vendrá.

¿Por qué coño no había ido a verla? Furiosa caminó por la piscina de un lado a otro y así la encontró su madre cuando llegó de su cita con Claude. Estaba de los nervios.

Su madre tiró su bolso sobre una de las tumbonas y se cruzó de brazos.

—No ha venido.

—¡No! ¡No ha venido! Tienes razón y yo no, ¿contenta?

—No estoy contenta.

—¿Por qué no ha venido a verme?

—Puede que no se atreva.

Miró a su madre a los ojos. —¿Tú crees?

—O puede que no le importe. —Gimió sentándose en la tumbona abrazándose las piernas. —Vendrá, no te preocupes. Eres Rachel Mitchell. No hay hombre que se te resista.

—Este es especial.

—Sino no te habrías enamorado de él.

—Debería ir a verle.

—¡No! —Le dio una colleja. —¡Tú no eres hija mía!

—¡Ah! —Se acarició la cabeza. —¿Y qué tengo que hacer ahora?

Su madre sonrió maliciosa. —Tú déjame a mí.

Al día siguiente estaban en un restaurante y Rachel de los nervios no podía ni comer moviendo la ensalada de un lado a otro distraída.

—Por Dios, ¿quieres disimular un poco? ¡Y deja de mirar la puerta! Se supone que eres una actriz de prestigio. Deberías saber disimular.

—¿A qué hora te dijo Claude? ¿Estoy guapa con este vestido rosa? ¿No lo habrán cancelado?

—Me pones de los nervios. —Su madre bebió un buen trago de su vino blanco.

—Vaya, gracias. —Sin querer miró hacia la puerta y se quedó sin aliento al ver a Rob entrando en ese momento. Claude iba con él y le palmeaba la espalda riendo. —Dios, está guapísimo —susurró comiéndoselo con los ojos. Llevaba un traje gris a medida con una camisa blanca sin corbata. Estaba realmente guapo.

Su madre la cogió de la mano para llamar su atención. —No le mires. Estás en medio del comedor y se te puede ver desde cualquier parte del restaurante. Él te verá y si se acerca es que le interesas. Si no se acerca, game over. ¿Entendido?

—Sí.

Forzó una sonrisa y cogió el tenedor de nuevo mirando de reojo hacia donde iban. ¡Iban a pasar por allí!

Sonrió a su madre esforzándose al máximo y ésta preguntó —¿Vienen hacia aquí?

—Eres maléfica.

—Gracias.

Ella levantó la vista sin darse cuenta y sus ojos se encontraron con los de Rob, que se detuvo en seco. Se miraron fijamente y Claude se detuvo. — ¡Loretta! Me alegro de verte.

—Claude... —Su madre se levantó y se dieron dos besos en las mejillas como si no se conocieran ya íntimamente. —Cuanto tiempo. ¿Cómo te va? —Su madre miró detrás de su novio y vio a Rob. Miró a su hija con los ojos como platos y ella reaccionó levantándose.

—Hola, Rob.

—Hola, Rachel. Te veo bien.

Ella forzó una sonrisa. —Me siento muy bien.

—Hija, ¿quién es este hombre tan guapo?

—Oh, perdona... —dijo Claude—. Robert Adkins, ella es Loretta Mitchell. Me parece que a Rachel ya la conoces.

Rob miró a Loretta. —Es un honor. He visto todas sus películas.

—¿Y las de mi hija?

Él se tensó. —No, las de su hija no las he visto.

—Pues debe ver “El sueño perdido” —dijo su madre orgullosa—. Le

dieron el Oscar, ¿sabe?

Rob la miró asombrado. —Pues lo siento, pero no lo sabía.

—No pasa nada —dijo ella algo avergonzada—. Has venido a Los Ángeles —añadió muy nerviosa—. Pensaba que...

—Rob es mi nuevo fichaje para un proyecto que tengo entre manos.

—Oh. —Le miró a los ojos. —No sabía que volvías a trabajar.

—Ya te has enterado.

—No esperarías que no interrogara a Gloria.

Él apretó los labios asintiendo. —Lo mismo digo.

Rachel forzó una sonrisa. —Me lo imaginaba.

—Pero se guardó algunas cosas. Me dijo que eras actriz, no una estrella de cine.

—Parece que te molesta —dijo insegura.

—Me molesta quedar como un idiota.

Claude y su madre miraban a uno y al otro sin perder detalle.

—Te dije que sacabas las conclusiones que a ti te interesaban.

—Cierto. —Se acercó dando un paso hacia ella y la cogió por la cintura pegándola a él. A Rachel se le cortó el aliento mientras su madre jadeaba. —No volviste —dijo mirándola a los ojos.

—Mi vida está aquí y la tuya también. Tenías que venir tú.

Él sonrió. —Pues ya estoy aquí. ¿Y ahora qué?

—¿No me vas a besar?

—Claro, nena. Lo estoy deseando —dijo antes de besarla con pasión haciendo silbar a varios del restaurante mientras otros aplaudían.

Claude guiñó un ojo a Loretta que lo besó en los labios rápidamente mientras Rob estaba de espaldas.

Rob se separó lentamente. —Es increíble lo que te he echado de menos, nena.

Los ojos de Rachel brillaron. —Y yo a ti.

—Vámonos de aquí. —La cogió de la mano y tiró de ella fuera del restaurante.

Salieron de allí a toda prisa mientras varias personas los grababan con los móviles, pero a ella le dio igual porque lo único que le importaba estaba a su lado. Había sido verle y darse cuenta de que su madre tenía razón. Estaba locamente enamorada de Rob y haría lo que fuera para estar con él.

Rob llamó a un taxi y en cuanto se detuvo entraron a toda prisa. —Al California Plaza.

—¿Vamos a tu hotel?

Se la comió con los ojos. —¿Tú qué crees?

—¿No deberíamos hablar?

Él la besó cogiéndola por la cintura y pegándola a su cuerpo. Todos los pensamientos de Rachel salieron por la ventana deseando tocarle. Se separaron lentamente y él apoyó su frente en la suya. —Nena, eres como una droga —susurró antes de besar suavemente sus labios—. No he podido dejar de pensar en ti en estas semanas.

—No fuiste a verme. —Le acarició el cuello y le miró a los ojos. — No pensabas verme, ¿verdad?

Rob se tensó. —¿Para qué?

Esa frase fue un jarro de agua fría y se apartó lentamente. —¿Cómo que para qué?

El taxi se detuvo sin que él contestara y salió del vehículo dejando la puerta abierta para que ella saliera, mientras pagaba al taxista a través de la ventanilla de delante. Rachel que se había quedado fría, bajó del coche y esperó en la acera. Rob se giró cogiéndola por el codo y metiéndola en el hotel. Atravesando el enorme hall con suelo de mármol llegaron a los ascensores donde varias personas la miraban cuchicheando. Estaba acostumbrada, pero Rob se tensó metiéndola a toda prisa en el ascensor en cuanto se abrieron las puertas.

—Rob, ¿qué has querido decir con...?

Él se pasó la mano por su pelo negro. —¿Qué quieres que te diga, Rachel? ¿Quieres que te mienta?

—No, quiero que me digas la verdad.

Rob la miró a los ojos. —Pues la verdad es que no. No pensaba llamarte ni ir a verte, porque lo nuestro no tiene ningún futuro.

Rachel se quedó de piedra. Después de besarla de esa manera y de decirle que la había echado de menos, le soltaba que no tenían futuro. ¿Pero qué coño le pasaba a ese tío? Se abrieron las puertas y él la cogió de la mano sacándola al pasillo donde la limpiadora abrió los ojos como platos al verla. —Señorita Mitchell... Oh, me encanta su trabajo —dijo acercándose y cortándoles el paso—. ¿Puedo sacarme una foto con usted? Mi hija se va a morir cuando la vea.

Rob gruñó intentando apartarla de ella, pero Rachel tiró de su mano soltándose y forzando una sonrisa miró a la mujer. —Por supuesto.

La mujer sacó su móvil del bolsillo del mandil y nerviosa tocó los iconos hasta encontrar la cámara. Se colocó a su lado y la mujer sonrió mostrando todos los dientes de manera exagerada mientras Rob bufaba. Rachel sonrió a la cámara y la mujer sacó el selfi. —Oh, muchas gracias —dijo la mujer emocionada—. Es mi actriz favorita. Este momento no lo olvidaré nunca.

—Gracias a usted. —Sonrió alejándose hasta donde estaba Rob esperándola delante de la puerta. —No hace falta que pongas esa cara —dijo empezando a enfadarse por su actitud.

Rob abrió la puerta y ella pasó dejando su bolso sobre el sofá. Se volvió poniendo las manos en las caderas. —¿Se puede saber qué te pasa? ¡Primero me dices que me has echado de menos, besándome delante de doscientas personas y ahora me dices que esto no tiene futuro! ¡Podías habérmelo dicho antes de que nuestra foto fuera a aparecer en toda la prensa!

Él se quitó la chaqueta tirándola en el respaldo del sofá. —No pensaba en eso.

—¿Y en qué pensabas?

—¡No esperaba verte y me tomó por sorpresa! ¡Todo me está tomando por sorpresa!

—¡Pues espabila Rob, porque esto no se va a detener! —le gritó—. ¡En menos de una hora toda tu vida y la mía van a salir en todos los medios!

Vio como palidecía y Rachel se angustió. ¿Y si todavía no estaba preparado? Se acercó a él cogiéndolo del brazo. —Cielo, sé que puede ser duro, pero...

—¿Tú qué vas a saber? —Se alejó de ella y fue hasta la ventana mirando al exterior. —No sabes lo que es que te llamen por teléfono para

decirte que tu mujer y tu hija han muerto. —Rachel se estremeció al sentir el dolor que reflejaba su voz. —No tienes ni puta idea de lo que es enterrar a tu hija y enterarte que el amante de tu mujer revela todos los detalles de una relación de la que tú no tienes conocimiento. —Se volvió furioso. —No sabes lo que es que cuente detalles íntimos de tu vida marital y que mienta sobre como tu mujer le lloraba por las palizas que yo le metía. ¡No tienes ni idea de lo que es que se cancelen todos los proyectos en los que estaba trabajando y que todo el mundo te dé la espalda! ¡No tienes ni puta idea, Rachel! ¡Así que no me vengas con chorradas!

Rachel asintió con lágrimas en los ojos. —Tienes razón. No me puedo ni imaginar por lo que has tenido que pasar. Pero ahora tienes la oportunidad de empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo? —La miró incrédulo. —¿Cómo me acabas de decir, toda nuestra vida estará en todas las televisiones en una hora! ¿Cómo voy a empezar de nuevo cuando todo el mundo piensa eso de mí?

—Albert ha recibido su merecido y está implicado en un escándalo. Y he visto en la televisión que varios de tus antiguos compañeros te han defendido diciendo que ellos no se habían creído nada. Se te está abriendo una puerta. —Le rogó con la mirada. —¿Es que no lo vas a intentar?

—¡No quiero intentarlo!

—¿Ni por mí?

Él se echó a reír. —¿Por ti? —A Rachel se le retorció el corazón mientras una lágrima caía por su mejilla. —¡Estupendo, ahora te pones a llorar y soy un monstruo! ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Que me iba a olvidar de todo el dolor por una cara bonita? Puede que seas muy buena en la cama, pero ni así borrarías todo por lo que he pasado.

—Yo no quería borrarlo —susurró agachando la mirada—. Sólo quería que fueras feliz.

Él la miró sorprendido. —Pues esto no me hace feliz. Puede que hacer el amor contigo me haga olvidar mil cosas, pero siempre estarán ahí.

—¿Soy sólo eso para ti? ¿Un entretenimiento para hacerte olvidar?

—¿Acaso cuando nos acostamos veinte minutos después de vernos por primera vez, pensabas que habría algo más?

Odiaba su sarcasmo y respondió sin mirarle —No, si soy sincera fue cuando me besaste al despedirnos cuando se me pasó por la cabeza que podíamos tener algo bonito. —Miró a su alrededor. —Pero al parecer tú sólo quieres sexo.

—¿Y eso está mal?

Ella levantó los ojos y le miró fijamente sin disimular su dolor porque estaba harta. —Yo quiero mucho más. Quiero lo que tenía ella y dejó pasar.

Quiero esa niña y quiero un montón más. —A Rob se le cortó el aliento. —Y lo quiero contigo. —Rachel cogió su bolso, pero él se lo arrebató.

—No te vas a ir.

—Por favor, dame el bolso.

Él la cogió por la cintura y la besó desesperado. Rachel gimió cuando la pegó a él porque sentirle era lo más maravilloso del mundo. Abrazó su cuello respondiendo a su beso y cuando la cogió en brazos, ella se separó para mirar sus ojos. —Rob, esto no es buena idea.

—A mí me parece la idea perfecta. —La besó en el cuello. —Joder, nena. Déjame sentirte.

Ella cerró los ojos necesítandole también. Hicieron el amor lentamente y Rob besó todas y cada una de las partes de su cuerpo haciéndola llorar de placer.

Tumbada a su lado abrió los ojos después de recuperarse y se quedó mirando el techo esperando que dijera algo, pero Rob no abrió la boca. Después de varios minutos le miró enfadada. —¿No tienes nada que decir?

—Ahora no entiendo lo que me está pasando, así que mejor no digo nada porque me parece que empeoraría el asunto.

Rachel se apoyó en su codo para verle mejor. —¿Vas a darnos una oportunidad o no? ¡Es así de simple! —La miró divertido. —¡No tiene gracia!

¡No soy una vagina con patas que no tiene sentimientos!

Él perdió la sonrisa. —Nena, ¿te das cuenta de que hemos pasado juntos...? ¿Cuánto? ¿Cuarenta y ocho horas en total? ¿Qué quieres que te diga?

—¿Para mí han sido suficientes!

—En esas horas o discutimos o hacemos el amor. ¡No hemos tenido una conversación coherente desde que nos conocemos!

Puede que tuviera razón. Esas horas habían sido demasiado intensas. ¿Estaría idealizando su relación?

—¿Qué propones?

—Deberíamos tomarlo con más calma. ¿No crees?

—¿Me estás pidiendo una cita?

Rob se echó a reír cogiéndola por la cintura. —No. Ni te la pienso pedir.

—Menos mal, porque lo de las citas es una pesadez. —Apoyó la barbilla en su pecho. —¿Te vienes a vivir a mi casa? —Él se tensó. — ¿Demasiado deprisa?

—Nena, me encanta hacer el amor contigo, pero me vuelves loco.

Le miró a los ojos. —¿Me estás diciendo que no me soportas?

—Llevo viviendo sólo más de cuatro años. No creo que vivir juntos

sea buena idea.

—¿Te agobio? Mi casa es muy grande.

—Me lo imagino —dijo irónico.

—¡No te vale nada!

—¿Por qué quieres acelerar las cosas? ¿Por qué no te relajas y disfrutas simplemente?

Ella se sentó sobre él a horcajadas. Rob le sonrió mientras Rachel acariciaba su pecho pensativa. —¿Qué pasa, nena?

—Quiero estar contigo.

—De eso ya me he dado cuenta. —Le acarició las caderas. —Podemos vernos cuando queramos y si en un futuro nos va bien, ya veremos.

Rachel sólo pensaba que en cuanto se enterara de que estaba embarazada todos los recuerdos con su hija volverían, así que decidió no decir nada. La entristeció no poder hablar de su embarazo y compartir lo que sentía en esos momentos con él. Pero con Rob tenía que ir con pies de plomo porque le daba la sensación de que había dado un paso adelante. Forzó una sonrisa y le miró a los ojos. —Tienes razón. Vamos a ver qué tal va y después ya veremos.

Él sonrió y sentándose la abrazó besándola en los labios.

Las semanas siguientes fueron maravillosas para Rachel. Pasaban las noches juntos y durante el día él trabajaba mientras ella le daba su espacio. A veces salían por ahí y lo pasaban estupendamente porque mantenían conversaciones durante horas. Nunca se aburrían juntos porque cuando no hablaban y reían, hacían el amor. La prensa les acosó y ella se sintió aliviada porque Rob ignoraba ciertas preguntas incómodas con una sonrisa. El guión iba a buen ritmo y a Rachel le preocupaba cuando ella empezara a trabajar, porque el rodaje, aunque era en Los Ángeles, tenía un horario muy exigente. Muchas veces se levantaría a las cuatro de la mañana y eso significaba menos horas con él. Casi ni se verían sino se amoldaba a ella.

Capítulo 6

El día antes de empezar la película su director le dijo que se acercara a rodaje porque quería ultimar unos detalles con ella. Su madre la acompañó porque le encantaba visitar los sets y saludar a todo el mundo. Robertson estaba en su despacho y fueron hasta allí para la reunión. Llamó a la puerta divertida pues su madre miraba horrorizada el vestuario cuando desde dentro dijeron que pasaran. Se quedó algo sorprendida al ver allí a Luke.

—Vaya, ¿qué haces aquí?

—Hay un problema con el contrato.

Su madre perdió la sonrisa y entró en el despacho tras ella. Robertson estaba furioso y ni se levantó de su silla. El hombrecillo delgado como un junco y con el poco pelo que tenía teñido de rubio platino, las miró como si quisiera pegarles cuatro gritos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rachel preocupada sentándose ante la mesa.

—¿Qué ocurre? ¿Me la he jugado por ti y ahora me vienes con esto?

Confundida miró a su madre que tampoco sabía de lo que hablaba.

Miró a Luke de pie al lado del director. —¿Qué ha ocurrido, Luke?

—Los análisis de la compañía de seguros han revelado el embarazo.

Rachel abrió los ojos como platos y miró al director. —¿Es por eso?

Pero estoy de muy poco, puedo hacer la película.

Robertson apretó los labios.

—En el contrato especifica que no —dijo Luke muy molesto.

—Oh, Dios. —Loretta miró a Robertson. —Vamos a ver. Ella no se niega a realizar el trabajo. Puede hacer la película.

—Existen dos escenas que son peligrosas y la compañía de seguros se niega a cubrir la responsabilidad si ella está embarazada.

—Firmaré un documento que exima a la compañía si pasa algo —dijo mirando a Luke que asintió—. En esas dos escenas la responsabilidad es toda mía.

Robertson entrecerró los ojos. —¿Estás segura? Si ocurre algo...

—No va a pasar nada —dijo mirando a los ojos a su director—. Porque tú vas a hacer tu trabajo, y los especialistas harán el suyo. ¿Cierto?

Robertson sonrió y miró a Luke. —Muy bien. Si todos están de acuerdo prepara los papeles y hablaremos con los productores.

—Bien. —Luke sonrió, aunque ella supo que estaba preocupado.

Estuvieron un rato hablando de sus obligaciones en la película y después se despidieron cordialmente. Al salir ella le dijo a su director — Supongo que no hay que decir que quiero discreción respecto a este tema.

—No te preocupes.

—¡Qué no me preocupara! ¡Eso me dijo! —gritó esa tarde mirando la pantalla de la televisión donde se anunciaba su embarazo a bombo y platillo. Gimió tapándose la cara.

—Anda, la leche... —dijo Gloria viendo las imágenes con los ojos como platos —. Tía no sales de una y te metes en otra.

—¡Dicen que es de Carter! —Se levantó de los nervios y miró la hora en su Cartier. —¡Qué venga Luke!

—Tranquilízate —dijo Gloria preocupada por su estado de nervios—. Siéntate mientras le llamo.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Rachel y se tiró a él gimiendo al ver que era Rob. Tomó aire antes de contestar.

Su casi novio se estaba riendo. —¿Lo has oído?

—¿El qué?

—Dicen en la televisión que estás embarazada y que es de ese

gilipollas. De verdad no sé de dónde se sacan esas historias. —Rob se echó a reír. —Te estoy viendo recogiendo el Oscar. Mira, no hay mal que por bien no venga. Estabas preciosa, nena.

—Cariño... ¿por qué no te acercas a mi casa? —Se mordió el labio inferior esperando su respuesta.

Rob había dejado de reírse y hubo un silencio al otro lado de la línea. —¿Rob?

—Dime que no es verdad —siseó fríamente.

—En parte sí. —Hizo una mueca esperando que se pusiera a gritar.

—¿En parte sí?

—Cielito, eres un machote. En un día me dejaste embarazada. —Miró a Gloria abriendo los ojos y haciéndole un gesto con la mano para que buscara a Luke. Pero su amiga no quería perderse esa conversación.

—En Montana —dijo él con voz grave. Tenía un cabreo que se lo llevaban los demonios.

—Sí —susurró con miedo.

—¿Me estás diciendo que después de romper con tu novio de tantos años, yo te dejé embarazada en una noche?

—Técnicamente fue de día.

—¡No tiene gracia! —le gritó al otro lado del teléfono—. ¿Cómo

sabes que es mío?

Jadeó ofendida y le colgó el teléfono.

Gloria abrió los ojos como platos. —¿Qué has hecho?

—¿Sabes lo que me ha dicho?

—¡Lo ha oído todo Beverly Hills! ¡Y seguramente los periodistas que están ante su hotel! ¡Pero no tenías que haberle colgado! ¿Estás loca?

—Me ha preguntado que cómo sé que es suyo. —Gloria desvió la mirada. —Oh, Dios. Tú también dudas.

—¡Teniendo en cuenta que estabas prometida a otro hombre, todo el mundo dudaría!

—¡Es de Rob!

—¿Cómo lo sabes?

Puso los brazos en jarras sintiéndose decepcionada. —Lo sé. ¿Crees que le diría a Rob que es suyo cuando no lo es?

—¡Creo que quieres que sea de Rob! ¡Pero no puedes estar segura!

—Estoy absolutamente segura.

Su madre entró en ese momento vestida con un chándal rosa. —He venido en cuanto me he enterado. ¿Cómo se lo ha tomado? —Se miraron a los ojos. —¿Mal, eh?

—Fatal.

—Tranquila, se le pasará cuando le vea la carita.

—¡Para eso quedan seis meses y medio!

Su madre hizo una mueca. —Era un decir, mujer. —Se sentó en el sofá.

—Claude viene para acá. Al parecer la prensa está como loca.

Rachel se llevó las manos a la cabeza y fue hasta la puerta de la piscina. Un tío estaba subido a un árbol y le sacó una foto. —¡Eh, tú! ¡Cómo publiques eso, te meto una demanda que te deja temblando! ¡Esta es una propiedad privada!

El hombre parpadeó antes de mirar al otro lado y tambalearse hasta caer. Ella hizo una mueca porque la caída era de dos metros y medio. Seguramente la escalera se le había resbalado. —Novatos —siseó volviéndose a mirar a su familia—. Estoy bien. Me volverá a llamar.

El sonido del telefonillo de la entrada hizo que su madre se levantara hasta las cámaras de seguridad. —Es un taxi. Será Claude. No le gusta conducir. —Abrió la puerta y el taxi entró en el aparcamiento.

Un coche llegaba detrás y añadió —Luke.

—Fíjate lo efectivo que es que no he tenido ni que llamarle —dijo Gloria encantada—. Estamos conectados.

—Más bien está conectado a Internet —replicó Rachel.

—Hija, se te está poniendo un carácter... —Su amiga se cruzó de brazos y miró a Loretta que estaba al lado de la pantalla para cerrar la puerta cuando saliera el taxi. La madre de su amiga gimió, pero Rachel ni se dio cuenta. Gloria disimuladamente se acercó a ella mirándola pantalla. —¿Qué pasa?

Se quedó con la boca abierta al ver a Carter hablando a gritos con Luke delante de la puerta de casa. A la prensa le debía estar encantando el espectáculo que aquel gilipollas estaba ofreciendo.

—¡Rachel! —Estaba mirando la piscina y se tensó al oír el tono de pánico de su amiga. —¡Carter está en la puerta!

—No le dejéis pasar.

—¡Está en esta puerta! —Señaló el hall y Rachel abrió los ojos como platos.

—Lo siento, pensaba que el del taxi era Claude —dijo su madre retorciéndose las manos.

Rachel corrió hacia el hall y lo cruzó a la velocidad de la luz escuchando las voces de Carter al otro lado. Abrió la puerta a toda prisa y gimió al ver que estaban a punto de engancharse en una pelea.

—¡Basta!

Se soltaron pues ya tenían agarradas las chaquetas de sus trajes y

Carter estiró su chaqueta fulminándola con la mirada. —¿Puedo pasar?

Luke negó con la cabeza, pero ella miró a su exprometido que estaba de lo más elegante con su pelo rubio peinado hacia atrás estilo Wall Street y un traje de tres piezas gris con corbata azul.

—¿Has ido a un abogado?

—Estaba en una reunión de negocios.

Se cruzó de brazos. —¿Tú? ¿En una reunión de negocios? No fastidies. No te pones traje desde la boda de mi madre. Tú eres más de polos y pantalones de golfo.

—Muy graciosa. ¿Puedo pasar?

—No. —Luke sonrió divertido. —Y no te dejo pasar para no crear más rumores sobre la paternidad de mi hijo.

—¿Me estás diciendo que no es mío? —Parecía asombrado. —¡Serás zorra!

Loretta jadeó tras ella y nadie se esperó lo que pasó después, porque su madre se tiró sobre Carter agarrándolo de los pelos. La prensa a través de las rejas metieron las cámaras e incluso hubo varios que se subieron a los hombros de sus compañeros para captar la mejor imagen de su madre dándole una paliza a Carter, que chillaba como un niño.

Luke se echó a reír y Rachel reprimió una sonrisa. Gloria animaba a su

madre que soltó el pelo de Carter justo antes de meterle una patada en las pelotas que le hizo bizquear los ojos para caer de rodillas al asfalto del aparcamiento llevándose las manos a sus partes.

—¡Eso para que vuelvas a insultar a mi hija! —gritó a los cuatro vientos.

Los de la prensa se pusieron a aplaudir y Loretta sonrió lanzándoles un beso con la mano. Rachel puso los ojos en blanco. —Luke, ¿puedes sacarle de mi propiedad?

—Encantado. —Le cogió por la espalda del traje y casi le arrastró fuera, abriendo la puerta de la verja y echándolo a las fieras que se tiraron sobre él con los micros preparados.

Cuando entraron en casa Luke se echó a reír. —Loretta... Prepárate para una demanda.

—Pagaré la multa encantada. —Levantó la barbilla y entró en el salón como si fuera una reina.

—Espero que no la metan en la cárcel —susurró Gloria preocupada.

—Llama al abogado. —Era lo que le faltaba. Siguió a su madre que estaba tomándose una copa. —Mamá...

—Necesito una copita. ¿Alguien quiere una?

Sus amigos se acercaron a toda prisa y Rachel gruñó sentándose en el

sofá. Miró su móvil por si en esos minutos Rob la había llamado. Exasperada le llamó ella. Los tres la observaban con las copas en la mano. —Seréis cotillas.

No dijeron ni pío y cuando rechazaron su llamada hizo una mueca. Miró a los suyos y susurró —Me voy a la cama. Mañana me levanto a las cuatro.

—¿No esperas un poco? Igual quiere discutirlo más tarde —dijo Gloria mirándola con pena.

—Hoy no me va a llamar. Sabía que me acostaría temprano.

Rachel inició el rodaje, aunque sabía que no estaba al cien por cien y no sólo anímicamente. Empezó a vomitar a todas horas y varias veces se tuvo que suspender el rodaje para que ella corriera al baño a soltar el desayuno y eso que procuraba desayunar lo menos posible. El director se tiraba de los pelos y su familia estaba muy preocupada porque no descansaba lo suficiente. Pero lo que a ella la torturaba era que Rob no la había llamado.

Por Claude sabía que seguía trabajando en el hotel y que estaba bien, pero no se había molestado en discutir el asunto. Rachel no sabía qué hacer. Su orgullo le impedía ir a hablar con él porque debía confiar en su palabra y

estaba claro que no lo hacía. Podía hacerse la prueba de paternidad, pero era como rebajarse a mendigar su amor y no estaba dispuesta. Ya se había arrastrado bastante.

Estaba en su camerino del estudio mientras la maquillaban, cuando la ayudante de producción entró a toda prisa. —¡Pon la televisión, Rachel!

Ella ni se movió harta de las especulaciones de los periodistas, pero su madre la encendió a toda prisa mientras la chica decía —Canal doce.

Estaba hablando una famosa presentadora en un programa matinal y había una preciosa chica pelirroja sentada a su lado. —¿Así que Carter Wells mantuvo una relación contigo desde hacía dos años hasta el escándalo de las fotos?

Rachel apartó la mano de la maquilladora para sentarse recta y miró la pantalla asombrada. La chica sonrió de oreja a oreja. —Sí, la verdad es que hasta fui a elegir el anillo de compromiso de Rachel.

—Madre mía —susurró su madre—. Será cabrón.

—¿Y qué opinas de todo lo que está pasando?

La chica se echó a reír. —Ya me lo imaginaba. En cuanto Rachel se enterara de que era malo, le daría un buen cachete en el trasero.

—¿Insinúas que era ella la que dominaba esa relación?

—Por supuesto. Ella lo decidía todo. Hasta las sábanas en las que nos

acostábamos las compraba ella. —Rachel cerró los ojos sin poder creérselo. —Pero Carter es como un niño grande y casi lo veo lógico. Cuando él me dijo que le iba a pedir matrimonio me enfadé muchísimo, pero me dijo que ella era lo mejor para él y que si le quería debía entenderlo.

—Menuda cara —dijo la presentadora asombrada—. ¿Crees que el bebé que espera Rachel es de Carter o de su nueva relación, que parece que ha acabado prematuramente?

Rachel abrió los ojos mientras la chica sonreía. —No puede ser de Carter —dijo sorprendiéndolas a todas—. Carter tomaba unas pastillas que se lo impedían la mayor parte del tiempo.

La presentadora no salía de su asombro mientras ella gemía. —Dios...

—Hija, ¿qué está diciendo? —Loretta con los ojos como platos la miró. —¿Es cierto?

—Apaga eso.

—¿Es cierto? —La ayudante salió de allí a toda prisa y la maquilladora también. —¿Te ibas a casar con un hombre que es impotente?

—No es impotente. —Miró a su madre a los ojos. —Cuando Carter me pidió matrimonio fue después de su fiesta en Mikonos. ¿Recuerdas el escándalo?

—Sí. Las fotos salieron en toda la prensa. Sexo, drogas y putas.

—Exacto. —Se levantó mostrando el vestido de doncella del siglo diecinueve que llevaba durante casi toda la película. —El hecho es que me había jurado que no se había acostado con nadie y yo le creí porque desde hacía un tiempo teníamos problemas en ese aspecto. Le dije que debía ir al psiquiatra para encauzar su vida y que si lo hacía yo me casaría encantada.

—¿Estás loca? —le gritó su madre.

—Yo le quería, mamá. Puede que no como quiero a Rob, pero es que hasta que le encontré no sabía lo que era amar a alguien. Carter me hizo caso y fue al psiquiatra que le dijo que era bipolar. Le dio unas pastillas que a la hora de...

—Entiendo.

—A mí me daba igual. Pero hace unos meses supe que había dejado de tomarlas porque su comportamiento volvió a ser el de antes, pero no nos acostábamos porque si lo hacía, sabría que había dejado las pastillas. Además, últimamente yo me cabreaba con él por todo y tampoco era que hubiera muchas oportunidades para ponerse romántico.

—Entiendo. —Su madre se cruzó de brazos. —¿Cuánto hacía que no te acostabas con él?

—Un año.

—¡Un año! ¿Y te ibas a casar con él? —Su madre no salía de su

asombro.

—¡No lo entiendes! —De repente se echó a llorar. —Le quería. A veces me sentía tan sola. ¡Necesitaba que alguien me abrazara o que demostrara que me quería!

Loretta la abrazó. —Mi niña. Lo siento mucho. —Le acarició la espalda. —No me extraña que te tiraras sobre Rob en cuanto le viste. Estabas hambrienta y él es tan hombre que...

Ella levantó la vista para mirar a su madre y se echaron a reír.

Capítulo 7

Agotada después de todo el día de rodaje entró en su casa pensando en cenar e irse a dormir. Dejó su enorme bolso sobre la mesa redonda del centro del hall y se quitó los zapatos.

—Señorita, ¿le sirvo la cena? —preguntó su doncella saliendo del salón.

—Sí, por favor. Estoy hambrienta. Y prepárame un baño para después, ¿quieres?

—Por supuesto. Tiene una visita en el salón. Lleva esperándola una hora.

—¿Quién es?

—Soy yo.

Se volvió hacia la entrada del salón y allí estaba Carter. Tomó aire mirándolo vestido en vaqueros y con un polo azul. —Carter, ¿qué haces aquí?

—Vengo a disculparme. —Se miraron a los ojos y ella apretó los labios acercándose. Entró en el salón y él la siguió. —No tienes buen aspecto.

—Estoy de rodaje.

—¿Cómo va el embarazo?

—Me has jodido bien —siseó cogiendo una botella de agua.

—Lo siento.

—¿Por qué te presentaste aquí si sabías de sobra que no era tuyo? Y encima me llamas zorra.

Él metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón. —Era lo que se esperaba de mí. —La decepción de Rachel fue mayúscula. —Joder, no me mires así.

—¿Por qué me has hecho tanto daño si yo siempre me he portado bien contigo? Siempre he intentado ayudarte y sólo te he querido. Nunca te he fallado. He estado ahí para ti siempre que lo has necesitado y...

—¿Por eso! —le gritó sobresaltándola—. ¡Porque doña perfecta iba a joder su vida a mi lado y no iba a consentirlo!

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas. —Carter...

Su exprometido desvió la mirada. —Soy un cabrón. Desde que te conozco sabía que no estaba a tu altura, pero tú eras tan perfecta... Siempre sabías lo que había que hacer. ¡Pero luego tomé esas pastillas y me encontraba mejor! ¿Qué clase de marido iba a ser para ti? —Rachel estaba llorando sin darse cuenta. —¿Así que hice lo que tenía que hacer para que suspendieras la boda, porque si simplemente te decía lo que pensaba, me enviarías al

psiquiatra de nuevo! —Él se acercó a ella y la cogió de la mano. —Mira, te quiero más de lo que te imaginas, pero yo soy así. Me gusta ir de fiesta y ser un irresponsable. Me gusta reír, hacer locuras como lo del barco y mil cosas más que tú no soportas. Sé que lo que hago no es normal, pero es mi vida y la voy a vivir como a mí me dé la gana.

—De acuerdo.

—Siento haberte llamado zorra. No te lo mereces. —Le acarició la mejilla. —Cuando me enteré de tu embarazo me dolió un poco y como el niño mimado que soy, tenía que montar el espectáculo.

Ella cerró los ojos sintiendo su caricia. —Sí que me quieres.

—¿Quién no iba a quererte? Esos ojos grises son irresistibles. —La abrazó con fuerza besándola en la coronilla. —Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti. Tus locuras eran muy entretenidas. —Le abrazó por la cintura.

—Ese Adkins, ¿te trata bien?

—Me parece que voy de trastornado en trastornado.

Carter se echó a reír a carcajadas y se apartó de ella limpiándole las mejillas con los pulgares para borrar sus lágrimas. —Te quiero, preciosa. —La besó en los labios y se apartó.

—Y yo a ti.

Le vio salir del salón y sintió que había perdido un amigo. Puede que fuera un loco, pero la había querido lo suficiente para alejarse de ella y que pudiera disfrutar de una vida medianamente normal.

Sentada en el sofá miró al vacío. ¿Debía dejar ella que Rob viviera su vida como quería? ¿Le habría presionado demasiado y no podía con todo aquello? Se echó a llorar porque la que era un desastre era ella queriendo cambiar la vida de los demás. ¿Quién se creía que era para nombrarse salvadora de los necesitados? ¿Sobre todo cuando no habían pedido ayuda? Irrumpía en la vida de Rob y quería cambiar su mundo exigiéndole formar una nueva familia cuando no estaba preparado. No era justo. En ese momento supo que ella no iba a hacer nada por volver con él por mucho que lo estuviera deseando.

Dos meses después.

—Por fin —susurró a Luke mientras el equipo aplaudía porque se había acabado el rodaje.

—Ahí viene.

Se volvió para ver al director con una sonrisa de oreja a oreja

acercándose a ella. —¡Rachel! —Abrió los brazos y la abrazó emocionado.

—¡Gracias!

—Gracias a ti. No he estado del todo bien.

—Puede que al principio estuvieras algo distraída y enferma, pero te has superado y has volcado todo en tu actuación. Ya te verás. Maravillosa.

—Serás exagerado —dijo haciéndole reír—. ¿Te importa que no me quede a la fiesta? Estoy agotada. —Se acarició su pequeña barriga y su director asintió.

—Descansa, que te lo has ganado. Te llamaré.

—No hasta después del parto —dijo riéndose.

—No sé si podré resistirme... tengo una idea.

—Ni hablar.

Todos se echaron a reír y varios miembros del equipo se acercaron a despedirse. La ayudante de producción le dio un trozo de tarta y ella se la llevó hasta su camerino para cambiarse.

Su madre entró unos minutos después con los ojos brillantes de alegría.

—Me ha dicho el ayudante del director que estás increíble.

—¿De verdad? Me lo ha dicho Robertson, pero no me lo he creído.

—Pues James me ha dicho que te comes la pantalla.

—En este momento me lo como todo. —Se metió un trozo de tarta en la boca y su madre gimió. —Ya lo sé —dijo con la boca llena mostrando sus dientes negros por el chocolate.

—¡Yo engordé sólo diez kilos! ¡Debes cuidarte!

—Mamá, por favor. Dame un respiro. —Se levantó y cogió su vestido colgado en una percha. Su madre se acercó a abrir los botones de su espalda. —¿Has quedado con Claude?

—Irás a cenar a casa esta noche. Puedes dormir una siestecita antes de la cena.

—Será algo íntimo, ¿verdad? No estoy para fiestas.

Su madre tras ella apretó los labios. —Sí, será algo íntimo.

—Bien. —Se bajó el vestido y cogió el suyo. —Me muero de sueño.

—Lo sé. No has descansado mucho estos últimos días.

—Estaba deseando acabar. Pero ahora estoy libre hasta después del parto.

—Hija...

Se volvió sonriendo mientras se subía la cremallera delantera de su vestido que llegaba hasta su canalillo. —¿Qué?

Su madre forzó una sonrisa. —Nada. Estás preciosa.

Se echó a reír. —¿Qué dices? ¡Estoy horrible!

—Nunca has estado más guapa. —La volvió para empezar a deshacerle el recogido que le habían hecho esa mañana en peluquería mientras ella empezaba a desmaquillarse. —He pensado que deberías irte unos días de vacaciones.

—En casa también tendré vacaciones.

—¿No te apetece ir a una playa y dar largos paseos? ¿Tomar el sol y comer cositas sanas que no tengan chocolate?

—Al parecer lo has pensado mucho. —Divertida se pasó la esponjita por la cara.

—Rob ha llamado a Gloria preguntando por ti.

Limpiándose el párpado se detuvo en seco sintiendo que su corazón se salía del pecho y miró a su madre a través del espejo enderezándose. —
¿Cuándo?

—Hace una semana.

—¿Y me lo dices ahora? —Incrédula se volvió. —¡Mamá!

—Gloria no sabía qué hacer y me lo dijo ayer. Al parecer ha terminado el guión y se vuelve a Montana.

—¿Se vuelve a Montana? —preguntó casi sin voz.

Su madre asintió apartándose. Tomó aire y se llevó las manos a las

caderas volviéndose de nuevo a su hija que tenía la mirada perdida. —Tienes que hacer algo.

—No. —Se volvió y siguió desmaquillándose sintiendo que temblaba por dentro.

—Le preguntó si estabas bien y parecía preocupado. Al parecer vio una foto tuya y no tenías buen aspecto. —Rachel apretó los labios porque la prensa decía que estaba deprimida después de todo lo que había pasado. Abandonada por el padre de su hijo después de lo de Carter, todavía saltaba alguna noticia sobre ella después de dos meses.

—Hija...

—¡Debería haberme llamado él! —gritó de los nervios.

Su madre suspiró. —Lo sé. Pero creo que no se atreve después de las declaraciones de Carter contando todo lo que sucedió.

—Pues entonces ya está. Yo no voy a hacer más. Ya he hecho bastante.

—Tiró la toallita al cubo y cogió el cepillo empezando a cepillarse con fuerza.

—Estoy de cuatro meses y medio y no se ha molestado en llamarme. Estoy harta de llorar y harta de estar preocupada por él. Me voy a preocupar de mi hijo y ya está. ¡Ni si quiera se ha interesado en saber el sexo del niño! ¡Y sabe que es suyo! ¡Lo sabe todo el mundo! Si no quiere cambiar su vida, por mí perfecto. Si no me quiere a su lado muy bien. Pero, ¿y su hijo? —Desgarrada

se volvió señalándola con el cepillo. —¡No me vengas ahora con que hace llamadas a otras personas preguntando por mí como si fuera una conocida! ¡Debería haberme llamado a mí!

Loretta asintió totalmente pálida al ver su dolor. —No lo mencionaré más.

—¡Bien! ¿Ahora nos vamos? —Miró el trozo de tarta a medio comer. —¡Hasta el hambre me has quitado!

Esa noche bajó a cenar y vio que un camarero del catering ponía seis servicios en la mesa. Fue hasta la cocina donde su madre vestida de negro daba órdenes de diestra a siniestra.

—Mamá...

Su madre se volvió y sonrió al verla con el vestido blanco que ella le había regalado de estilo griego. —Oh, estás preciosa y te disimula la barriguita.

—Tengo hambre. ¿A qué hora llegan?

Su madre miró su reloj y pegó un chillido. —En diez minutos. ¡Oh y todo está sin hacer!

El sonido de la puerta llegó hasta ellas y su madre la miró con horror.

—¡Se han adelantado! ¡Espero que Luke haya traído el helado de vainilla!

—Mamá, son de la familia. —Fue hasta las pantallas de seguridad y vio el coche de Luke. Tocó el botón y preguntó divertida —¿Quién es?

—¡Muy graciosa! —gritó su amigo sonriendo a la pantalla—. Abre, ¿quieres?

—¿Me traes el helado?

Luke se echó a reír y alargó la mano donde apareció un helado de litro haciéndola reír. Pulsó el botón y vio por la pantalla como se abría la puerta. Se volvió hacia su madre que estaba muy atareada con la supervisión de los canapés, así que fue ella a recibirles. Cruzó el hall escuchando el ruido de sus tacones sobre el mármol y abrió la puerta sonriendo. Perdió la sonrisa al ver ante ella a Rob vestido de esmoquin.

—Hola, nena.

Le miró de arriba abajo y la verdad es que él sí que tenía muy buen aspecto. Rob hacía lo mismo, pero Rachel no se dio cuenta porque miró a sus amigos tras él. —Estáis despedidos —dijo antes de cerrar la puerta en las narices de Rob.

Su madre que estaba entrando en el hall se quedó con la boca abierta. —¿Estás loca? ¿Qué has hecho?

Furiosa cogió su larga falda antes de empezar a subir las escaleras sin

mirarla siquiera. —¡Rachel! ¡Baja ahora mismo a disculparte!

Entró en su habitación cerrando de un portazo y Loretta hizo una mueca al ver la puerta cerrada. —¿No me has oído? ¡Baja ahora mismo!

Furiosa en su habitación dijo que lo del viaje no era mala idea. Fue hasta su vestidor y cogió la maleta. Metió varios vaqueros, camisetas y unos jerséis porque no tenía ni idea de a dónde iba a ir. Incluso metió una cazadora por si acaso y dos pares de zapatillas de deporte. Igual debía ir a Nueva York. Allí siempre tenía anonimato. Aunque también podía irse a Europa. Londres. Sí, Londres era perfecto. Haría turismo.

Arrodillada en el suelo del vestidor escuchó un ruido tras ella y gruñó al ver los zapatos impecablemente negros de Rob. Ni se molestó en mirar hacia arriba y abrió un cajón para coger un montón de ropa interior antes de meterla en la maleta presionando hacia abajo para que entrara todo.

—¿Vas a algún sitio?

La voz de Rob la tensó. —Eso no te importa —respondió entre dientes.

—¿No tenías hambre? Tu madre ha dicho que sí.

Furiosa le miró. —¡Mira, no vengas con ese tono paternalista porque no me lo trago! ¡Has pasado de mí dos meses, así que ya sé que te importo una mierda!

Rob apretó las mandíbulas. —No es cierto, yo...

Ella cerró la maleta y se levantó cogiéndola por el asa. —Rachel, no cargues pesos. No deberías...

—Piérdete. —Le rodeó saliendo del vestidor y tiró de la maleta cogiendo el bolso a su paso. Entonces recordó su pasaporte y tiró de la maleta saliendo de la habitación con él detrás.

—Lo siento.

Esa frase la detuvo en seco y se volvió lentamente mirándolo a los ojos. —¿Qué sientes exactamente?

—Siento no haberte creído.

—Muy bien, te perdono. —Se dio la vuelta y siguió tirando de la maleta.

—¿Te vas? —preguntó asombrado.

—Claro que sí —dijo entre dientes.

—¡Entonces no me perdonas! —Ella bajó las escaleras a toda prisa.
—¡Ten cuidado! ¡Por Dios, estás embarazada!

Su madre y sus amigos les observaban desde el hall. Su madre muy nerviosa se apretaba las manos mientras que Claude la tenía agarrada por la cintura. Gloria y Luke estaban muy preocupados.

—¡Rachel! —gritó bajando las escaleras tras ella—. ¿Qué querías que pensara?

Cuando ella llegó al hall les fulminó con la mirada y dejando la maleta allí fue hasta el despacho. Entró golpeando la puerta contra la pared y fue hasta el escritorio abriendo el primer cajón y cogiendo el pasaporte. Rob negó con la cabeza. —No te vas del país.

—Eso ya lo veremos —siseó intentando pasar a su lado.

Él la cogió por los brazos deteniéndola. —Puedo entender que estés dolida, pero...

—¡Dolida! ¿Quién te crees que eres? —le gritó desgarrada—. ¡Me has ignorado dos malditos meses!

—Nena, estaba confuso, pero ahora es distinto.

—¡Porque Carter ha reconocido la verdad! ¡Cuando Gloria me contó quién eras yo no dudé de ti! —Sus ojos se llenaron de lágrimas y él palideció. —¡Yo he hecho todo lo posible porque estuviéramos juntos! ¡He tenido que forzarte a venir a Los Ángeles y he tenido que forzar esta relación porque tú te negabas a dar un paso por ella! Viniste a la ciudad por tu maldita carrera, no por mí. ¡Y como una idiota me humillé para que estuvieras conmigo siguiendo tus malditas reglas! ¿Para qué? ¿Para que cuando tenías que estar a mi lado me dejaras sola! —Rob palideció escuchándola. —¡Dos malditos meses!

—Sé que no he sido justo contigo, pero ahora estoy aquí.

—Ahora no te quiero a mi lado. —Rob dio un paso atrás mirándola

incrédulo y ella se echó a reír sin ganas. —¿Qué esperabas, que cayera rendida a tus pies después de estos dos horribles meses? ¡Ni siquiera te has preocupado por saber el sexo del bebé!

—No digas eso.

Ella suspiró al verle afectado. —Mira, todo ha sido culpa mía. No tenía que haber forzado esta relación porque tú no estabas preparado para ello. —Reprimió las ganas de llorar. —Pero es que te echaba de menos y creía que estaba enamorada de ti. Pero eso no es amor. Debería haber respetado tus deseos y no haberle pedido a Claude que te trajera. Debería haberte dejado allí solo porque era lo que querías. Tú no deseabas una familia de nuevo y debí entenderlo. Lo siento.

—¿Eso significa que ya no me quieres?

Desvió la mirada hasta su pajarita y susurró —Cuando se quiere a alguien, se quiere estar con él por encima de todo. Así que supongo que ya no te quiero, como tú tampoco me querías a mí.

Salió dejándole en shock y fue hasta el hall donde cogió su maleta, pasando ante su familia para ir hacia el garaje. Metió su maleta en el maletero reprimiendo las ganas de llorar y cerró el portaequipajes a toda prisa.

—Hija.

Abrió la puerta del coche y miró a su madre que lloraba observándola

sin saber qué hacer. —Lo siento.

Forzó una sonrisa. —Tenía que pasar antes o después. Te llamaré, ¿vale?

—¿A dónde vas?

—No lo sé. Te quiero. —Se metió en el coche tocando el botón de la puerta del garaje y vio a Rob ante el coche. Encendió el motor de su Porsche y aceleró lentamente mirándole a los ojos hasta ponerse delante. —Apártate — susurró.

—Espera un momento. Podemos hablarlo. —Se apartó para ir hasta la ventanilla, pero ella aceleró saliendo de allí a toda velocidad pasando la verja que ya estaba abierta. En cuanto llegó a la carretera apretó el volante echándose a llorar. Prácticamente ni veía por donde iba y se detuvo a la derecha para intentar calmarse. No sabía dónde ir. Necesitaba un amigo. Miró su bolso y a toda prisa sacó su móvil.

Se puso el teléfono en el oído. —¿Carter? Necesito un amigo. —Se echó a llorar. —Lo siento, pero es que...

—Estoy en casa.

Capítulo 8

—¿Cómo te encuentras?

Miró a su amigo desde la tumbona. Llevaban en el barco dando vueltas por el Mediterráneo dos meses. Ese tiempo le había sentado bien y su embarazo ya era bien visible. Carter se había portado como un amigo, escuchándola cuando lo necesitaba y abrazándola cuando la veía deprimida.

Ella le miró a los ojos. —¿Sabes que como novio eras un desastre, pero como amigo eres el mejor?

Carter se echó a reír sentándose a su lado. —Gracias.

—No, en serio. —Le cogió la mano. —Te quiero, ¿sabes?

—Y yo a ti, preciosa. —Se miraron a los ojos. —¿Estás lista para volver? Te quedan menos de tres meses y no quiero que des a luz en el barco.

Ella se echó a reír. —Menudo espectáculo.

—Debes volver. —Ella asintió. —Va a ser un bombazo porque piensan que estamos juntos de nuevo. Rob me va a matar.

Rachel perdió la risa. —No te matará. Estará en Montana. —Él hizo una mueca y ella le apretó la mano. —¿Qué?

—No está en Montana. No ha vuelto. Está esperando a que regreses a casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Llamo a Luke de vez en cuando. Rob está que se sube por las paredes. El otro día uno de la prensa le detuvo en la calle para preguntarle por ti y casi se lo come.

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—Porque le preguntó por mí también. —Carter se echó a reír. —Está celoso.

Ella no se creyó una palabra. Seguramente estaba enfadado por otra cosa. Tenía un carácter terrible cuando se enfadaba. Lo que no entendía era lo que hacía allí todavía. Ya había acabado el guión y por su madre sabía que habían empezado la película. No lo entendía muy bien. Puede que tuviera otro proyecto.

Se miraron a los ojos. —¿Por qué no me lo habías dicho?

—Me daba la sensación de que tenías que curar las heridas. Tú estabas dolida por lo que él hizo y él está dolido por lo que tú estás haciendo. —Le besó el dorso de la mano. —¿No crees que es hora de que habléis de lo que realmente importa que es el niño?

—¿Desde cuándo eres tan listo?

Carter se echó a reír y la besó en los labios rápidamente. —¿Eso es que sí?

—Sí.

—Muy bien. Todo está listo para esta tarde. Ahora come para que después duermas un poco antes de irnos.

—Sí, papá.

Su amigo se levantó ordenando al camarero que pusiera la mesa y ella le observó. Era una pena que una persona fuera tan maravillosa en determinados momentos y tan odiosa en otros. Suspiró porque tenía que aceptar que su amigo era feliz así. Miró hacia el mar y pensó en Rob. Era cierto lo que su amigo decía, lo importante era el niño y tenían que llegar a un acuerdo. Lo que la intrigaba era que no hubiera vuelto a Montana. ¿Qué habría pasado?

Carter la acompañó en la limusina hasta su casa y su madre la esperaba en la puerta. Bajó los escalones mientras ella salía del coche y se abrazaron. —¡Estás preciosa! —Se apartó para mirarla bien. —¡Dios mío, estás enorme!

Se echó a reír mientras Carter se ponía a su lado cuando vieron salir a Rob de la casa. Llevaba puesto un pantalón negro y una camisa blanca con las

mangas enrolladas hasta los codos y los miraba como si quisiera matar a alguien.

—Ah, estás aquí —siseó mirando a su madre.

—Pues sí. —Bajó los escalones mirándola de arriba abajo. Su vestido premamá mostraba claramente su vientre, pero no comentó nada antes de mirar a Carter alargando la mano. —Rob Adkins.

Carter sonrió apretándosela. —Carter Wells. Me alegra conocerte.

Rob gruñó metiendo las manos en los bolsillos del pantalón como si se estuviera conteniendo. Miró a Rachel que no salía de su asombro. —¿Lo habéis pasado bien? —preguntó él con ironía.

Rachel entrecerró los ojos. —Muy bien. Han sido unos días muy relajados.

Carter carraspeó. —Bueno, yo me voy. Ya va siendo hora de que me vaya de juerga. —Se acercó a Rachel para darle un beso, pero al ver como Rob lo fulminaba con la mirada simplemente le dio una palmada en la espalda como si fueran colegas. —Te llamo.

—Sí. —Se volvió hacia su amigo. —Te quiero.

Eso tensó a Rob a sus espaldas mientras Carter miraba a Rachel como si estuviera loca, pero aun así dijo —Yo también te quiero. —Se metió en el coche rápidamente como si temiera que Rob se le tirara al cuello en cualquier

momento.

Se volvió sonriendo, pero perdió la sonrisa poco a poco al ver que Rob quería discutir. —Uff, qué cansada estoy.

—Vamos, tu habitación está lista y la comida también —dijo su madre agradablemente intentando relajar el ambiente.

Miró de reojo a Rob y preguntó —¿Y tú qué haces...? —Antes de que pudiera terminar la había cogido por la cintura y la estaba besando. Rachel abrió los ojos como platos cuando entró en su boca y gimió cuando la abrazó a él. Cerró los ojos disfrutando del beso. No sabía qué tenía ese hombre, pero era besarla y perder el norte.

Su madre carraspeó y Rob se apartó lentamente de ella mirándola a los ojos. Medio atontada le escuchó decir —Como te vuelvas a escapar con él, te juro por lo más sagrado que le parto la cabeza.

Atónita, se quedó allí de pie viéndole entrar en la casa. —¡No me he escapado con Carter! —Él gruñó cruzando la puerta y furiosa le siguió. —¡Ah, no! ¡No vas a intentar echarme la mierda encima!

Rob se volvió en el hall. —¡Yo no he hecho eso!

—¿Sabes lo que pasa? ¡Qué para intentar justificar tu comportamiento ahora me comparas con ella! —Rob entrecerró los ojos. —¡Yo no te he abandonado por otro llevándome a tu hijo! ¡Simplemente me fui con un amigo

y tú ya me habías abandonado! —Le señaló con el dedo. —¡No me compares con ella!

—¡Yo quería estar contigo!

—¡Pero yo no quiero!

—¡Mientes!

Jadeó asombrada. —¡Serás creído! ¿Quién te crees que eres?

—¡De momento, el padre de tu hijo!

—Sí, será ahora porque antes... —Suspiró llevándose la mano a la frente. —Mira, esto no funciona y no funcionará nunca. Sólo discutimos y nos gritamos y...

Su madre se echó a reír y ambos la miraron asombrados. —Sois iguales que tu padre y yo.

La miró con horror. —¡No!

—Claro que sí. Discutíamos por todo, pero después no podíamos estar separados. —Les miró fijamente. —Explosivo y a veces doloroso, pero único.

Rachel apretó los puños y fulminó con la mirada a Rob. —¡Pues yo ya no te quiero!

—¡Cómo vuelvas a decir eso, te pego una azotaina que no te vuelves a sentar! —Furiosa fue hasta la escalera. —¡Rachel! ¿Qué has estado haciendo dos meses con ese?

Recordó que tenía hambre y volvió a bajar los escalones que había subido antes de ir hacia la cocina. —Hija, la comida está en el comedor — dijo Loretta divertida.

—Hablo en serio, Rachel. ¡Quiero una explicación!

—Hacíamos el amor todas las noches —dijo con burla sentándose en su sitio y cogiendo la pala de servir, echándose una gran cantidad de ensalada de pasta.

Rob se sentó a su lado mirándola. —No tiene gracia.

—¡Lo mismo digo! ¡Esa pregunta es ofensiva!

—¡Te ibas a casar con él! ¡Está totalmente justificada!

—No tienes derecho a interrogarme. —Rob cogió la jarra y le sirvió algo de agua mientras Loretta sonreía encantada.

—Dos meses con ese tío por Europa. ¿Querías torturarme?

Le miró asombrada y al ver que no solo estaba enfadado sino también dolido inexplicablemente se sintió fatal. —¡No! Necesitaba un amigo y Carter lo es. Puede que se haya portado fatal, pero como amigo es el mejor.

—Joder con tu amigo —dijo dejando la jarra de golpe sobre la mesa —. ¡He visto la foto!

Asombrada miró a su madre. —¿Qué foto?

—¡Esta foto! —Rob sacó del bolsillo del pantalón un recorte de

revista donde Carter la besaba en los labios cuando bailaban en una cena a la que habían asistido en Santorini.

—Me está besando. —Se encogió de hombros.

—¡Ya veo que te está besando, no soy ciego!

Ella le miró sorprendida. —¿Estás celoso?

Su madre hizo una mueca como si fuera idiota y Rob la miró como si le hubieran salido cuernos antes de gritarle a la cara —¡Sí!

Rachel sonrió encantada y se puso a comer dejándolo de piedra. Rob miró a Loretta que se encogió de hombros sin entender nada y volvió a mirarla comer como si le fueran a quitar la comida del plato en cualquier momento. — Nena, come más despacio. Te vas a atragantar.

Ella asintió y miró a su madre. —¿Dónde está Luke?

—Está despedido, ¿recuerdas?

Rachel chasqueó la lengua antes de meterse más ensalada de pasta en la boca. Miró de reojo a Rob que no dejaba de observarla y masticó más despacio. Cuando tragó le dijo —No me he acostado con él.

La cara de alivio de Rob era para echarse a reír, pero volvió a mirarla con los ojos entrecerrados dos segundos después. —¿Y eso de que le quieres?

—A Luke también le quiero.

—Pero a mí no.

Le miró asombrada. —¿Ahora quieres que te quiera?

—Hija, cómo lo complicas todo —dijo su madre exasperada—. No me extraña que todavía no te hayas casado.

Jadeó ofendida. —¿Yo lo complico? Es él quien tiene un desequilibrio emocional. ¡Primero no me quiere y ahora quiere que le quiera!

—Voy a hablar con Claude —dijo levantándose de la mesa.

Cuando salió de allí Rob la miraba fijamente y ella se sonrojó. —No sé qué quieres.

—No sabes lo que quiero.

—Antes no querías nada, así que no tengo ni idea de lo que quieres ahora.

—Quiero que estemos juntos.

—Ahora quieres que estemos juntos, pero antes...

—¡Déjate de lo de antes! —La cogió de la mano. —Metí la pata, ¿vale? Dejé que lo que pasó con mi matrimonio y lo de Lissi enturbiara lo nuestro, pero ahora te quiero a mi lado.

—¿Por qué? —preguntó esperanzada.

—¡Porque sí!

Rachel parpadeó sorprendida. —¿Sólo porque sí? ¿Ahora te cojo

ahora te dejo como si fuera una muñeca?

—Mira quién fue a hablar. La que chantajeó a su padre para conseguir un best seller y traerme hasta aquí.

Rachel se sonrojó pensando en matar a su madre por chivata. Rob suspiró y la cogió por las mejillas. —Nada de reproches, ¿vale? ¿Qué tal si empezamos desde cero?

—¿Otra vez? Sería la tercera.

—A la tercera será la vencida. —La besó suavemente en los labios. — Dios, qué bueno es sentirte.

—Sí —susurró contra sus labios aspirando su aroma—. Pero no. —Se apartó dejándole de piedra.

—No quieres intentarlo.

—Creo que el sexo enmascara esta relación. —Se levantó dejándolo allí sentado y por su cara se había llevado la sorpresa de su vida. —Vamos a dejarlo a un lado una temporada. —Se acarició el vientre.

—Nena, llevo cuatro meses...

—¡Por tu culpa! —Muy digna salió del comedor. —Ahora te fastidias.

—¿Me estás castigando?

—No me voy a molestar en contestarte.

—No te aguantarás.

—¡Ja! —Empezó a subir las escaleras con él detrás. La verdad es que tenía ganas a todas horas y cuando recordaba lo que él le había hecho, más todavía. Tenerlo cerca no iba a ser fácil. Entró en su habitación y se quedó de piedra al ver que había cosas suyas allí. Lo que lo delató fue un pantalón de hombre en una de las dos butacas. Le miró asombrada. —¿Te has mudado a mi habitación?

—Es más cómodo que el hotel.

—¿A mi habitación?

—Me gusta sentir tu olor.

Era lo más tierno que le habían dicho nunca y le miró a los ojos. —¿De verdad?

Rob suspiró acercándose y acariciándole los brazos. —Nena, te echo de menos. Esos dos meses de rodaje fueron horribles sin ti. Al principio estaba furioso, pero cuando vi que había metido la pata no sabía cómo arreglarlo porque creía que estabas enfadada. —A Rachel se le llenaron los ojos de lágrimas. —Pero estabas en plena película y no quería alterarte, más embarazada. También esperaba que se te pasara.

—Pero no se me ha pasado. —Sus manos acariciando sus brazos la estaban alterando y dio un paso atrás.

Rob dejó caer los brazos y suspiró pasándose la mano por el cabello. —Sí, veo que no se te ha pasado —dijo mal interpretando el gesto—. ¿Qué te parece si duermes un poco? Tienes que estar agotada.

—Sí.

Le observó salir y ella se sentó en la cama intentando entender la situación porque la verdad es que la había pillado por sorpresa. Carter le había dicho que estaba en Los Ángeles, pero encontrárselo en su casa no se lo esperaba. ¡Y encima se había metido de ocupa en su habitación! ¡Y quería que lo intentaran! Suspiró pasándose la mano por los ojos. ¿Tenía fuerzas para volver a intentarlo? Frunció el entrecejo pensando que es lo que iban a intentar, porque no le había quedado nada claro. Se quitó el vestido y al buscar el camisón se dio cuenta que no le valía ninguno, así que se puso una camiseta de Rob.

—Hasta el vestidor me ha robado. No le bastaba con mi corazón y mi útero —siseó arrodillándose en la cama antes de tumbarse. El aroma de Rob llegó hasta ella y olió la almohada—. ¡Hasta el sitio en la cama! —gritó girándose y abrazando la almohada.

Una caricia en el trasero la despertó. Gimió porque sabía que le había

engordado y se volvió levantando la sábana que la cubría tapándose hasta la barbilla. —¿Qué haces?

Él sonrió. —No puedes dormir demasiado para que el jet lag no te afecte. ¿Qué te parece si bajas a la piscina? Luke y Gloria están aquí.

Se tumbó boca arriba. —¿Qué es lo que quieres?

—Que bajas a la piscina.

—No, ¿qué es lo que quieres de mí?

Él la miró a los ojos. —Creo que tienes razón.

—¿Ah, sí? —Se le cortó el aliento pensando que Rob había cambiado de opinión y ya no quería nada con ella. La decepción la embargó.

—Sólo discutimos desde que nos conocemos y creo que es parte de la atracción que sentimos. Ambos tenemos caracteres muy fuertes y explotamos de una manera u otra.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó desconfiada.

—Creo que deberíamos estar solos un tiempo. Donde no molestemos a nadie si nos gritamos y donde no puedas salir corriendo cuando te enfadas conmigo.

Abrió los ojos como platos. —Ni hablar.

—Nena...

—¡Tu cabaña es enana! ¡No pienso trabajar embarazada y estoy embarazada!

—Eso ya lo has dicho —dijo divertido.

—Es para que se te meta en la cabeza. —De repente recordó algo. —
¡Dios mío si allí es invierno!

—Tengo chimenea.

—¡Seguro que hasta nieva!

—Sí, suele pasar.

—No me gusta el frío. ¡Soy de Los Ángeles! —Se tapó con la sábana como si sintiera frío solo de pensarlo.

—¿Qué te parece si vamos unos días? Una semana de prueba.

Le miró con los ojos como platos. —¡Estás mal de la cabeza! ¡La otra vez no aguanté ni dos días completos! ¡No tienes bañera!

Rob se echó a reír. —¿Y eso es tan grave?

—No te digo lo grave que es. ¡Seguro que ya no entro ni en la mini ducha que tienes! —Se dio la vuelta dándole la espalda.

—Nena... Una semana.

Suspiró volviendo la cabeza. —¿Y por qué tiene que ser en Montana?

—Tengo que volver. Llevo cinco meses sin ir.

Se sentó para mirarle. —¿Y los animales?

—Los cuida un granjero de la zona.

—Pues que los siga cuidando.

—¿No quieres pasar un tiempo a solas conmigo? —Le acarició un mechón de pelo.

Gruñó pensando en la cabaña, pero la cara de Rob le impedía decirle que no tajantemente porque parecía inseguro. De repente abrió los ojos como platos. —¡No tienes agua caliente!

Rob se echó a reír. —Claro que tengo. Lo que pasa es que cuando estuviste apagué la caldera.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Es bueno para fortalecer el carácter y se suponía que estabas pasando una crisis.

—¡Tendrás cara!

Él se echó a reír al ver su indignación y la cogió por la cintura tumbándola en la cama. —Vamos, nena. Una semana. Hablaremos mucho y tomaremos chocolate caliente ante la chimenea.

Eso no sonaba mal y le miró a los ojos. —No me has dicho que es lo que quieres de todo esto.

—Te lo diré al final de esa semana —dijo malicioso haciéndola reír

—. Lo vamos a pasar estupendamente.

—Me llevas allí para que me aburra como una ostra y te deje que me
hagas el amor.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Quiero una televisión.

—Ni hablar.

—¿Y qué voy a hacer mientras tú te encargas de los bichos?

—Dormir. —Su mirada indicaba que iba a dormir poco y a ella se le
cortó el aliento. Pensándolo bien, una semana con él allí haciendo el amor ante
el fuego de la chimenea no estaba tan mal.

—Vale. Tenemos mucho de lo que hablar.

Él suspiró de alivio y la besó suavemente en los labios. —Estupendo.
Lo prepararé todo.

—Y yo haré el equipaje.

Capítulo 9

Cuando bajó a la piscina había montada una pequeña fiestecita. Gloria chilló en cuanto la vio y se acercó a darle un beso. —¡Estás preciosa! —Miró su barriga con los ojos como platos.

Se pasó la mano por su vientre. —Se porta muy bien.

—Espero que siga portándose así —dijo su madre mirándola preocupada—. ¿A Montana?

—No es el fin del mundo —dijo Rob mirándola de reojo por si se echaba atrás—. Allí también hay médicos.

—No va a pasar nada. —Se acercó a Luke y le dio un beso en la mejilla. —¿Cómo va todo?

Él hizo una mueca. —¿Te tienes que ir ahora?

Rob se cruzó de brazos. —¿Qué pasa?

—Nada. —Luke bebió de su copa de champán.

—Venga, suéltalo —dijo ella divertida.

—El problema es que cuando me dijiste que estabas embarazada

suspendí todos tus contratos para más adelante.

—Bien.

—Pero cierta revista quiere sacar tu embarazo en portada. De hecho, lo han exigido y no te libras.

Bufó mirando a Rob que tenía los ojos entrecerrados. —¿No se puede hacer nada?

—Dice que te llevarán a juicio como no cumplas.

Se acercó a Rob. —¿Qué dices?

—Nos vamos mañana. Y no me apetece nada verte mostrando el embarazo en una portada porque me imagino que será estilo Demi.

Luke asintió y ella abrió los ojos como platos. —¿Qué? ¡Yo no hago desnudos en portadas!

—Un pequeño error del abogado.

—¡Pues está despedido! ¡Y demanda a la revista por extorsión o algo así! La portada que había contratado era para promocionar mi imagen. ¡No mi embarazo!

Luke entrecerró los ojos. —Sí, creo que debemos cambiar de abogado.

Gloria carraspeó.

—Ahí viene —dijo Loretta divertida.

Todos miraron a su amiga que negaba con la cabeza. —¿No qué?

—Te conviene hacer la portada. —Miró a Rob. —Y con él.

—¿Estás loca?

Rob entrecerró los ojos. —Ni hablar.

—Pensarlo bien. La reputación de Rob está hecha cisco. —Miró a su primo. —No te ofendas.

—No me ofendo.

—Es el mejor guionista de Los Ángeles y acaba de volver. Necesita promoción.

—No necesito nada.

—¿Déjate de rollos! —le dijo su amiga molesta—. ¿Acaso has recibido más llamadas después de la de Claude?

Rob apretó las mandíbulas y ella se preocupó. —¿Rob?

—No me preocupa.

—¿Pues debería preocuparte porque mi amiga tendrá una carrera que puede que sea muy larga o puede que no!

Loretta hizo una mueca y preocupada miró a su madre. —Tiene razón, hija. Mírame a mí.

—Pero yo invierto muy bien el dinero y...

—Espera. —Rob miró a Gloria que claramente le decía con la mirada que debía conseguir trabajo. —¿Me estás diciendo que no podré mantener a mi mujer?

Luke negó con la cabeza. —No. Te está diciendo que mires a tu alrededor. Si ella tiene que dejar de trabajar, ¿tú podrás mantener esta casa?

—¡No os metáis donde no os importa! —dijo ella furiosa.

—¿O piensas llevarte a tu mujer y a tus hijos a Montana? —preguntó Gloria divertida.

—¡Gloria!

—¡No! —Su amiga furiosa la señaló con el dedo. —¡Lo de Montana estaba bien cuando no tenía una mochila a la espalda, pero tú eres Rachel Mitchell y te ha llevado mucho tiempo llegar hasta dónde estás! —Miró a su primo. —¡Ya es hora de que te pongas a su altura porque si no vuestra relación no tendrá ningún futuro!

No le gustaba que le recriminaran el tema de su trabajo, porque no había sido culpa de Rob que le dejaran de llamar. Era muy bueno en lo que hacía y todo el mundo lo sabía. Se acercó a él y le cogió la mano. —No te preocupes. Tengo el dinero muy bien invertido y el año que viene haré tres películas.

Él se tensó. —Mi prima tiene razón. Debo volver a trabajar.

Gloria sonrió. —Pues la portada es lo que necesitas. Los dos desnudos de cintura para arriba mientras la abrazas. La nueva pareja de Hollywood. Con una entrevista a fondo de vuestra relación. De cómo os enamorasteis en cuanto os conocisteis y cómo el amor de ella te hizo salir de tu exilio.

Loretta silbó. —Se van a vender como pipas.

—No quiero hacerlo. —Estaba incómoda con aquella conversación.
—Y Rob tampoco. Que me demanden si quieren.

Rob apretó los labios. —Luke organízalo.

—¡No!

—Nena, tengo que trabajar.

—¡No a costa de vendernos como carne en el mercado! Te volverán a llamar. En cuanto salga un proyecto...

—No me han llamado en dos meses, Rachel. Antes tenía los guiones acumulados sobre la mesa.

—Hablaré con gente. Les presionaré para que te contraten y Claude te dará trabajo.

—No, me he dado cuenta de que tienen razón. Ya es hora de que hable de lo que sucedió. Luke organízalo, pero para después de nuestra semana en Montana. Lo primero es lo primero.

Ella sonrió al darse cuenta de que lo primero era ella y le abrazó por

la cintura. —Así que lo primero es lo primero.

La besó en los labios. —Lo vas a pasar estupendamente.

—Más te vale.

Rob se echó a reír a carcajadas mientras los demás sonreían.

—Cielo, ¿metes las maletas? —preguntó ella bajándose del coche.

—¡Espera! —gritó sobresaltándola. Con la puerta abierta le vio bajar del coche y rodear el vehículo llegando hasta ella—. Debes tener mucho cuidado, nena. Está nevado.

—Eso ya lo veo. —Divertida se bajó mientras la cogía por los brazos.

—Puedo andar.

—No te resbales. Hay hielo. —Dicho eso Rob se resbaló llevándosela con él provocando que cayera encima de su cuerpo de costado. Rachel chasqueó la lengua. —¿Estás bien? —preguntó asustado.

—Estoy bien. Y estaría mejor si pudiera caminar sola.

—Vale. Lo he pillado.

La ayudó a levantarse. Y la cogió de la mano al subir los escalones. Cuando le vio abrir la puerta tirando de la ranura del tablón, puso los ojos en

blanco entrando en la casa. —Un día vas a llegar y... —Se quedó con la boca abierta al ver que habían robado el sofá y el resto de las cosas.

—¡La hostia! —gritó Rob detrás de ella.

Ella corrió hacia la habitación y gimió al ver que no estaba ni la cama.

—¡No hay muebles, Rob!

—Eso ya lo veo.

Se volvió furiosa. —¡Las vacaciones empiezan estupendamente!

—¡No empieces, porque no tengo la culpa de que me hayan robado!

—¿Sabes lo que son las cerraduras? ¡Se ponen por algo!

Él pasó las manos por su cabello negro. —Vale. ¿Hay mantas?

—No puedes hablar en serio. —Le miró incrédula. —¡No podemos dormir en el suelo!

—No te pongas nerviosa. —Se acercó y le dio un beso en los morros como si con eso se arreglara todo. —Tengo una idea.

Se volvió a toda prisa saliendo de la casa y cerrando la puerta. Dos minutos después entró con tres maletas y volvió a salir metiendo las otras dos sonriendo. —No pasarás frío. Eso seguro.

—Menos mal que soy previsor. —Se acercó a ellas, abriendo una y sacando un jersey de cuando iba a esquiar. Se quitó la cazadora y se puso el jersey.

—¿Ves? No pasarás frío. —Se acercó a la chimenea abriendo el tiro y se puso a encender el fuego. Menos mal que sabía lo que hacía porque el fuego se encendió caldeando el ambiente.

Se acercó a la chimenea calentando las manos y él la besó en la sien antes de salir de nuevo. —A ver lo que tiene pensado.

Pensó en sacar la comida del coche, pero ni de coña volvería a salir. Que la sacara él, ya que la había llevado hasta allí. Miró a su alrededor y suspiró al ver el polvo que se había acumulado en esos meses. —Perfecto.

Se levantó y abrió los muebles de la cocina para coger un trapo. Se puso a limpiar para hacer algo mientras tanto. Ya tenía limpias todas las superficies cuando le vio aparecer con un fardo de paja sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué haces? —preguntó asombrada.

—Antes dormían sobre paja. —Cortó el cordón que lo ataba y extendió la paja ante la chimenea.

Con la boca abierta le vio coger su manta de viaje de cachemira que le había costado un ojo de la cara y cubrir la paja haciendo la cama. Se levantó satisfecho. —¿Ves? Ya tenemos donde dormir.

De repente y sin saber por qué a Rachel le entró la risa al ver la minúscula cama. Al verle confundido siguió riendo y se apretó por encima del

vientre intentando retenerse, pero al ver la repisa de la chimenea que acababa de limpiar con polvo de nuevo por culpa de la paja, no pudo evitarlo y se llevó la mano a la entrepierna. —¡Ay, que me meo!

Las carcajadas de Rachel hicieron reír a Rob que saltó la cama para cogerla por la cintura. —Cielo, vete al baño. Si mojas la paja...

Rachel se carcajeó de nuevo y corrió hacia el baño porque no podía más. Rob siguió escuchando su risa desde el salón y cuando dejó de escucharla de repente, él perdió la suya. —¿Nena?

—¡Rob! —Parecía asustada y él corrió hasta el baño. Una ardilla observaba a Rachel, que sentada en el wáter con los pantalones bajados parecía aterrada. La ardilla se sobresaltó al oírle entrar y saltó sobre la cabeza de Rachel que se puso a chillar levantándose del inodoro. Rob se acercó a toda prisa y la ardilla saltó sobre ellos saliendo del baño.

Rachel lo miró con los ojos como platos. —¡Me ha atacado una ardilla!

Él le revisó la cabeza. —No te ha hecho nada.

—¡En cuanto le vi la cara, supe que vendría a por mí! —Rob reprimió la risa. —¡No tiene gracia! ¡Las ardillas de Central Park me odian! ¡Una me mordió de pequeña! ¡Cuando voy a Nueva York, ni me acerco al parque!

—Está claro que las ardillas no son lo tuyo. ¿Por qué no terminas

mientras yo hago que salga de casa?

—Sí, revísala bien. Y busca a su familia por si acaso. —Distraída miró hacia abajo y gimió al ver que se había meado encima. —Estupendo.

—Encenderé la caldera.

—Sí, me voy a dar un baño en esa superbañera que tienes.

—Las ardillas te ponen algo nerviosa. —Divertido salió del baño. —
¡Date una ducha mientras lo arreglo todo!

—Lo arregla todo —siseó molesta sentándose de nuevo y empezando a desabrochar las botas de nieve que llevaba.

Una araña pasó al lado de su bota y la aplastó furiosa. —Menuda semanita te espera.

Cuando se duchó con agua templada casi sin poder moverse en el pequeño cubículo, salió cogiendo una toalla del armario. Se puso las botas sin abrochárselas porque no se había llevado las zapatillas y salió del baño rodeada de vaho. Al entrar en el salón por su maleta se quedó de piedra al ver lo que había hecho. Rob había puesto una caja de madera boca abajo y colocado encima varias velas en distintos recipientes de cristal. En otra caja había puesto dos platos de pasta. Abrió los ojos como platos. —¿Has hecho la cena?

—Has tardado un ratito —dijo acercándose con un vaso de zumo.

Después de ponérselo en la mano fue hasta su maleta y sacó una bata larga con un camisón. También sacó unos calcetines de lana y se acercó a ella que seguía sin beber el zumo totalmente atónita—. ¿Te ayudo a vestirte?

—Rob, esto no lo veo.

Él sonrió y le cogió el vaso dejándoselo sobre la caja al lado del plato. Le quitó la toalla que tenía anudada sobre el pecho y se le cortó el aliento al verla desnuda. Avergonzada intentó coger la bata, pero él la apartó. —¿Sabes que estás preciosa?

—Estoy gorda.

Él acarició su pecho con el dorso de la mano y ella jadeó por lo que sintió. Tenía los pechos muy sensibles y Rob sonrió. Rachel queriendo volver a sentirlo cogió su mano y se la puso en el pecho. Él apretó lentamente su pezón y ella gimió agarrándose a sus antebrazos.

—Ven, cielo. —La cogió en brazos antes de tumbarla sobre la cama cuando ella chilló. Asustado la cogió en brazos de nuevo y se miraron a los ojos.

—¡La paja pincha!

Él suspiró volviendo a ponerla de pie y fue hasta la maleta cogiéndola para tirar su contenido sobre la cama. —¡Rob!

—Ahora no, nena. Como si tengo que tirar las cinco maletas. —La

cogió en brazos de nuevo antes de tumbarla sobre el montón de ropa. Él la miró a los ojos. —¿Tienes frío? —Le acarició la cintura hasta llegar a su pecho. Negó con la cabeza y él sonrió. —El niño ha vuelto a casa.

Ella acarició su cuello. —¿Y lo piensas celebrar?

—No sabes cuánto —respondió antes de devorar su boca y muy excitada se agarró a su cuello necesítandole. Se apartó de sus labios y mirándola a los ojos mostrándole todo lo que la deseaba, se quitó el jersey y la camiseta.

—Date prisa —susurró impaciente llevándose las manos a sus pechos y acariciándoselos, cortándole el aliento.

—Nena, me vuelves loco. —Se llevó las manos al cierre de su pantalón bajándoselo a toda prisa haciéndola reír. Cuando consiguió quitarse las botas, se quedó desnudo ante ella y maliciosa alargó la mano hasta su sexo, provocando que se estremeciera de placer cerrando los ojos. Muy tenso le cogió la muñeca deteniéndola y dijo con voz ronca —Preciosa, ponte de rodillas.

Raquel levantó una ceja y bajó la vista hacia su sexo totalmente erecto. —¿De rodillas?

Él gruñó impaciente y Raquel se volvió arrodillándose y apoyándose en las palmas de las manos. —Me encanta esta postura —susurró ella

mirándole con deseo por encima del hombro. Rob le acarició el trasero con pasión, haciéndola gemir cerrando los ojos y cuando su mano bajó entre sus piernas, se arqueó tensándose de excitación. Le acarició con el miembro sus húmedos pliegues, provocando que ella empujara su trasero hacia él, necesitando que entrara en su ser.

Rob se colocó sobre ella pegando su pecho a su espalda y le susurró —Te necesito.

Cerró los ojos gimiendo de placer mientras entraba en ella lentamente. Besando su cuello le susurraba lo maravillosa que era, iniciando una cadencia que la retorció de placer buscando más. Él se incorporó ligeramente para acelerar el ritmo y la cogió por las caderas provocando que ella gritara de delirio en cada una de sus embestidas, hasta que la hizo llegar al límite de la cordura, catapultándola al paraíso.

Le hizo el amor hasta llevarla al éxtasis varias veces y después de recalentar la cena, comieron la horrible pasta charlando de todo lo que había pasado ante la chimenea. Rob habló de cómo se sintió con la muerte de su hija y ella le abrazó mientras le escuchaba emocionada. Fueron unas horas muy

reveladoras en las que los dos se sinceraron sobre lo que había pasado en los últimos años.

Se estaba quedando dormida cuando sintió como la tapaba con varias prendas e incluso le puso unos calcetines. La abrazó a él y suspiró quedándose dormida al instante.

El sonido de la cafetera la despertó y abrió un ojo para ver a Rob vestido únicamente con vaqueros de espaldas a ella. Cuando la ardilla pasó ante la cama deteniéndose para mirarla antes de seguir su camino, puso los ojos en blanco girándose hacia el fuego.

—Nena, hora de levantarse.

Gruñó tapándose con la bata. —¿Para qué?

—¿No te apetece dar un paseo por la nieve?

Incrédula miró el fuego. ¿Estaba mal de la cabeza? —No.

—Venga, vístete. No te vas a pasar el día en la cama.

Se volvió para mirarle. De pie apoyado en la encimera se estaba tomando una taza de café. —El trato era que tú cuidabas los bichos y yo dormía, ¿recuerdas?

—Anoche tampoco te entretuve tanto. ¿No quieres ayudarme?

Ella levantó una ceja haciéndole reír y Rachel gruñó. —Antes no te levantabas de tan buen humor.

—Es que ya te he cogido el punto.

Después de vestirse como si fuera al polo norte, se sentó para desayunar gimiendo al ver las lonchas de beicon, pero como tenía tanta hambre se lo comió todo. Él satisfecho se puso la cazadora y la cogió de la mano sacándola al exterior. Abrió los ojos como platos al verlo todo blanco. —¿Ha nevado por la noche?

—Sí, ¿a qué está precioso?

—Sí. —Parecía una postal y él la ayudó a bajar los escalones helados. Caminar por la nieve era divertido, pero llegar al establo llevó su tiempo porque ella se hundía hasta las pantorrillas mojando el bajo de los pantalones. Al entrar en el establo, Rob se quedó de piedra y ella asomó la cabeza sonriendo. —Mira, cielo. No tenemos nada que hacer.

—¡Joder! ¡Se han llevado a Daisy! —Entró en el establo vacío.

—¿Era la vaca?

—¡La yegua!

—¿Y qué esperabas si se habían llevado todo lo demás?

Él salió del establo yendo hacia el garaje donde tenía el coche que habían llevado ellos. —¿Y cómo no te han robado las herramientas? —

preguntó mirando a su alrededor después de seguirle.

—Esto estaba cerrado con candados.

Ella se mordió la lengua viéndole coger el teléfono vía satélite y marcar. —¿A quién llamas?

—Al sheriff.

—¿Para qué?

La miró asombrado. —¿Me han robado!

—Cariño, no necesitas los animales. —Se acercó y le quitó el teléfono para colgar. —¿Para qué los quieres?

—¡Son míos!

—Seguro que quien se los ha llevado, los necesita mucho más que tú. Vamos. —Le cogió de la mano tirando de él. —Piensa en esto. Así tendremos más tiempo para hacer el amor.

Rob entrecerró los ojos. —Me gustaba Daisy.

—¿Más que yo?

Él se echó a reír cogiéndola por la cintura y besándola en la boca. Cuando se separó de ella le dio un azote en el trasero. —Vamos a dar una vuelta.

—Así me gusta.

Rachel se divirtió el resto del día. Incluso se tiraron bolas de nieve y ganó ella porque él tenía miedo de hacerle daño y se aprovechó todo lo que pudo y más. Rob terminó empapado y se apiadó de él para volver a casa.

Después de comer se pasaron el resto de la tarde sentados ante el fuego hablando de lo que querían para el futuro y fue muy revelador.

—¿Cinco hijos? —le preguntó con los ojos como platos—. ¿Y con quién los vas a tener?

Él se echó a reír tumbándola sobre su improvisada cama, antes de besarla hasta hacer que se olvidara de todo.

Los días siguientes fueron igual de tranquilos e incluso empezó a hacer buenas migas con la ardilla, que ya comía lo que ella dejaba en una esquina.

Capítulo 10

El penúltimo día se despertó escuchando a Rob moviéndose por la cocina, seguramente haciendo el desayuno como cada mañana. Gimió sentándose. Estaba agotada. Aquello de la paja no era buena idea y se dio cuenta que el mejor invento del siglo era el colchón viscoelástico. Se apartó el cabello de la cara y frunció el ceño. Asustada miró a Rob que se tensó al ver sus ojos. —Tengo fiebre.

Dejó la taza de café que tenía en la mano sobre la encimera y fue hasta ella arrodillándose a su lado. Le pasó la mano por la frente y apretó los labios. —Ven, nena. Te ayudo a vestirme y te llevo al médico.

—¿Rob?

—No pasa nada. —La besó en la frente y fue hasta la maleta cogiendo su ropa rápidamente. Le puso la ropa interior y la ayudó a subirse los vaqueros premamá. También le puso un jersey grueso y la cazadora polar. Le estaba poniendo los calcetines cuando susurró —No pasa nada. Te pondrás bien enseguida.

—Sí, claro. No me duele nada.

Rob forzó una sonrisa. —¿Ves? Te pondrás bien.

La ayudó a ponerse las botas y le puso el gorro de lana como si fuera una niña.

—Voy a por el coche, cielo.

—Vale.

—Espérame aquí sentada ante el fuego.

El bebé se movió en ese momento y ella sonrió. —Se ha movido.

Rob forzó una sonrisa antes de salir de la cabaña cogiendo la cazadora. Unos minutos después escuchó el motor del coche y se levantó lentamente yendo hacia la puerta. Antes de llegar ya estaba allí Rob, que la cogió de la mano para salir. En cuanto la metió en el coche salieron de allí a toda prisa. Afortunadamente el vehículo era un cuatro por cuatro preparado para la nieve, así que el viaje fue tranquilo.

—¿Cómo vas?

Estaba asustado y ella sonrió. —Cariño, estoy bien. No me duele nada.

—Enseguida llegamos.

Entraron en una ciudad y ella miró a su alrededor con curiosidad. Era bonita. Encantadora con tanta nieve. Parecía una ciudad de cuento. Él detuvo el coche y lo rodeó a toda prisa. —No corras, estoy bien —dijo abriendo la puerta.

La cogió de la mano y susurró nervioso —No te resbales.

Con cuidado fueron hasta una puerta que ponía “Consultorio Doc. Kerry” y entraron haciendo sonar una campanilla. Una chica muy joven estaba tras un mostrador y levantó la cabeza de lo que estaba haciendo. —Buenos días. ¿El doctor? —preguntó Rob impaciente.

—La doctora no está.

Rob palideció. —¿Y dónde está? Mi mujer tiene fiebre y está embarazada de seis meses y medio.

—Está en casa. Enseguida la llamo —dijo levantando el teléfono.

—Que se dé prisa, por favor.

—Rob, tranquilízate. —Se sentó en una silla mirando a su alrededor mientras se quitaba el gorro y la chica hablaba en voz baja colgando enseguida. Impresionada vio que había un montón de fotos por todas partes, sobre todo de bebés. —¿Y esos niños?

La chica miró las fotos distraída. —Los niños que ha traído al mundo en treinta años de profesión.

—Son muchos —dijo divertida.

—Todos los del contorno.

Rob se sentó a su lado y le cogió la mano. Las tenía heladas y ella le cogió la otra frotándoselas. —Estás muerto de frío.

—Fíjate, al contrario que tú. —Miró a la chica. —¿Tardará mucho?

—Veinte minutos —dijo sin levantar la vista para morder la goma del lápiz que tenía en la mano. Al parecer los papeles que estaba mirando debían ser muy importantes porque tenían toda su atención.

—Veinte minutos —siseó mirando a Rachel. Le pasó la mano por la frente—. ¿Te encuentras mal?

—Sólo algo cansada. No pasa nada.

Él se volvió hacia la chica. —¿Y qué pasa si alguien se está desangrando o algo así?

—Sé hacer torniquetes.

—¿Y si le da un infarto?

—Reanimación cardiaca.

—¿Un ictus?

La chica levantó una ceja. —Llamo una ambulancia aérea y lo llevan al hospital.

—Muy bien. Llame una ambulancia —dijo levantándose.

—¡Rob! —Ella se levantó sonriendo. —No le haga ni caso.

La chica abrió los ojos como platos dejando caer el lápiz que tenía en la mano antes de chillar —¡Rachel Mitchell! ¡Es Rachel Mitchell!

—Sí —respondió mientras él gruñía.

—Me encantan sus películas. La última me volvió loca. ¡La fui a ver tres veces!

—Disculpe, pero la doctora...

—Oh, sí. La llamo de nuevo ahora mismo. —Levantó el teléfono emocionada. —Cuando lo cuente en el coro no se lo van a creer. Doctora —dijo al teléfono—, ¿sabe quién es la paciente? ¡Rachel Mitchell! ¡La actriz! Tiene fiebre y está embarazada de...

—Seis meses y medio —dijo Rob ansioso—. ¿Está muy lejos?

—Seis meses y medio —dijo la chica mirándolo de reojo—. ¿Cuánto tardará? ¿Diez minutos? Hay mucha nieve. Claro. No se preocupe.

En cuanto colgó les dijo —Pasen por aquí.

Rob la cogió por la cintura acompañándola por el pasillo, siguiendo a la chica hasta la consulta. —Póngase la bata, por favor. ¿Necesita ayuda?

—Ya la ayudo yo —dijo Rob mirándola de reojo.

La chica cerró la puerta al salir. —Le importabas una mierda hasta que te reconocí.

—Es una de las ventajas de la fama. —Le quitó la cazadora y Rachel se acarició el vientre.

Él suspiró. —Esto es culpa mía. No tenía que haberte sacado de Los

Ángeles.

—Rob, solo es un poco de fiebre. —Le acarició las mejillas y unieron sus frentes. —Estoy bien.

—¿Cómo puedo ser tan idiota de tener a una embarazada durmiendo en el suelo?

—No dormía en el suelo sino en una cama y no he pasado frío. —Le besó en los labios. —Te quiero.

Él la miró sorprendido. —¿Ahora me lo dices que he metido la pata?

Se echó a reír asintiendo. —Cuando se mete la pata es cuando más se necesita oírlo. —Se miraron a los ojos. —Te quiero.

—Entonces yo no te lo diré nunca porque eres perfecta. —La besó suavemente y ella se emocionó abrazando su cuello. —Eh... —Le acarició la espalda. —No llores, preciosa.

—Son las hormonas.

—Déjame que te quite la ropa.

La ayudó a ponerse la bata y esperó sentada en la camilla balanceando las piernas. Escucharon a alguien hablar al otro lado de la puerta y Rob suspiró del alivio. Cuando entró una mujer de unos sesenta años poniéndose una bata blanca sonrió al verla.

—Buenos días. Soy la doctora Kerry.

—Yo soy Rachel y él es Rob.

—Doctora, tiene fiebre.

La doctora se acercó a una bandeja y sacó un termómetro poniéndoselo bajo el brazo. Cogió un estetoscopio colocándoselo al cuello y le bajó algo la bata. —Respira hondo, Rachel.

Ella lo hizo varias veces y la doctora asintió caminando alrededor de la camilla para ponerse a su espalda. —Respira. —Hizo lo mismo. —¿Has tenido tos o dolor en el pecho?

—No. La verdad es que me encuentro bien. Algo cansada pero bien.

El termómetro empezó a sonar y la doctora se lo quitó mirando la pantalla. —Treinta y ocho y medio. —Fue hasta un recipiente de acero y dejó el termómetro. Se volvió y se cruzó de brazos. —¿Vómitos? ¿Diarrea?

—No —susurró mirando a Rob que negó con énfasis.

—¿Dolor al orinar? ¿O resquemor?

—No. Hago pis más a menudo, pero me dijeron que era normal.

—¿Has manchado?

—No, y el bebé se mueve.

—Bueno. No parece que sea nada —dijo haciendo que Rob casi se desmayara del alivio—. Voy a darte un antitérmico para bajar la fiebre. El paracetamol es el más seguro durante el embarazo. También quiero que tomes

productos ricos en vitamina c y que te duches con agua tibia. Tiene que estar algo más baja que tu temperatura corporal. —Rob asintió. —Y que te quites el exceso de ropa. Tienes que estar cómoda sin pasar frío ni calor. —Rob apretó los labios y ella supo que se estaba echando la culpa. —También quiero que descanses. ¿Estáis aquí de vacaciones?

—Me la llevo a casa en cuanto pueda.

La doctora asintió. —Supongo que el cambio drástico de temperatura en tu estado te ha afectado. —Miró a Rob. —Yo me la llevaría de vuelta cuanto antes y que visite a su doctor en la ciudad. Aunque ya no tenga fiebre que se lo diga.

—Sí.

La doctora sonrió. —Pero no os preocupéis. Todo va bien. Eres joven y fuerte. Suele ser normal que las embarazadas en el cambio de estaciones pueda pasarles esto.

Rob asintió. —Gracias. Muchas gracias.

En el trayecto hasta la casita él la miraba de reojo muy preocupado y prácticamente no habló. No la dejó recoger nada y metió la ropa en las maletas a toda prisa. —Rob, estoy bien —le dijo al ver que estaba de los nervios.

—Claro, cielo. Ya he oído a la doctora. —Cerró la maleta de golpe y siguió recogiendo como un poseso. La metió en el coche de nuevo sin molestarse en cerrar la puerta de la casa.

—Rob, la puerta —dijo al ver que la dejaba abierta.

Él no le hizo ni caso y gimió pensando en lo que se encontrarían de nuevo al volver. De camino Rob cogió el teléfono de la guantera y llamó a Luke. Con el ceño fruncido le vio casi gritar a su representante que necesitaba un avión de inmediato porque tenía fiebre.

Asustada le arrebató el teléfono y le dijo a Luke —¡Estoy bien! La doctora ha dicho que no pasa nada.

—Dile a Rob que os llamo en cuanto lo arregle. —Le colgó antes de que se diera cuenta y fulminó con la mirada a Rob.

—¡Ahora está preocupado! ¿Quieres calmarte? —Rob apretó las manos en el volante mirando la carretera como si fuera a la guerra. Ella suspiró y se pasó la mano por la frente cerrando los ojos. —No sé por qué te pones así.

—¿No sabes por qué me pongo así? —Sonrió sin ninguna gana sin dejar de mirar la carretera. —¡Debe de ser porque yo te he traído hasta aquí embarazada y te he hecho dormir en el suelo! ¡Debe ser porque estabas bien hasta mi brillante idea!

—Estoy bien.

—¡Deja de decir eso! —gritó de los nervios sobresaltándola del susto.

Le miró con los ojos como platos dándose cuenta del problema.

—Rob, para el coche.

—Ni hablar.

—¡Detén el coche!

Él la miró de reojo y al ver que estaba pálida detuvo el coche a un lado del camino. —¿Te encuentras mal?

Ella le cogió la mano del volante y se dio cuenta de lo tenso que estaba. —Esto no es culpa tuya. Me podía haber pasado en casa. —Rob no se creía una palabra y mirándole a los ojos susurró —No te voy a dejar. No nos va a pasar nada.

Rob la miró con angustia antes de abrazarla con fuerza. —Joder nena, estoy muerto de miedo.

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas. —No tienes por qué. La doctora ha dicho que no es nada. —Se aferró a su cuello enterrando su cara en él. —Sé que no quieres oírlo porque estás nervioso, pero estamos bien. El niño está bien y yo también. No te voy a dejar. —Él se abrazaba a ella como si no quisiera separarse jamás. Rachel mojó su cuello con sus lágrimas. —No me gusta verte así.

Él se apartó y forzó una sonrisa. —No te preocupes por mí. —La besó en los labios con suavidad. —Ahora vámonos a casa.

Se apartó llevando el coche al camino de nuevo y ella susurró —No me digas que no me preocupe por ti. Tengo el mismo derecho que tú.

Rob sonrió mirándola de reojo. —Entonces preocúpate poco.

Levantó la barbilla orgullosa. —Me preocuparé lo que quiera.

Él se echó a reír asintiendo y le cogió la mano. —Nena, eres única. Otra me hubiera sacado los ojos por lo de la cabaña.

—El objetivo era no discutir y conocernos. Creo que casi lo hemos logrado.

Rob levantó una ceja. —¿Te lo has pasado bien?

—Cielo, contigo me lo hubiera pasado bien en cualquier sitio. Pero la próxima vez quiero bañera.

—Hecho.

Lo miró maliciosa. —Lo de la chimenea no ha estado mal.

Rob se echó a reír asintiendo y Rachel sonrió porque parecía más relajado.

La vuelta a casa fue una odisea porque tuvieron que tomar una avioneta y un avión para regresar a Los Ángeles. Cuando Rachel llegó a casa estaba agotada y Rob envió por un médico a toda prisa. La revisaron en su habitación y el médico llegó a la misma conclusión que la doctora Kerry, hecho que por fin relajó a Rob del todo mientras su madre apretaba los labios disgustada. Rachel le advirtió con la mirada que no abriera la boca y por una vez le hizo caso.

La fiebre le bajó al día siguiente para alivio de todos, pero Rob no la dejaba levantarse de la cama porque la doctora le había ordenado que descansara.

Tres días después bajó a desayunar mientras Rob dormía. Estaba comiendo a dos carrillos las tortitas que había pedido, cuando su novio apareció a toda prisa únicamente en vaqueros, con el pelo revuelto y cara de sueño.

Su madre se quedó con la boca abierta. —Madre mía.

Rachel sonrió viéndole la cara. —¿A qué mi chico tiene unos abdominales que son para comérselo?

Rob gruñó acercándose a la mesa. —¿Qué haces levantada?

—Hija, te lo cambio.

Rachel se echó a reír a carcajadas negando con la cabeza. —Ni hablar.

—Le dio un beso a Rob que se había sentado a su lado. —Buenos días.

—¿Qué haces levantada?

—Comer. —Le miró maliciosa. —Mis amigas se van a morir de envidia cuando vean a mi hombre en la revista, todo desnudito.

—¿No estarás celosa? —preguntó divertido.

—¿Y tú?

Eso le hizo fruncir el ceño. —Pero no se te verá nada, ¿no?

—Buenos días. —Se volvieron hacia Luke que parecía encantado de la vida. —¿Sabéis una cosa?

—¿No me digas que has contratado otra película para el año que viene? —preguntó Loretta.

—Han nominado a Rachel para otro Oscar —apostó Rob cogiendo un croissant de la bandeja.

—Cariño, eso no puede pasar dos veces seguidas —dijo ella mirando a su amigo—. Vais a tener un niño.

Luke abrió los ojos asombrado. —¿Cómo lo sabes?

Todos se echaron a reír levantándose para felicitarlo. Rachel abrazó a su amigo. —Felicidades. ¡Serán amiguitos!

Luke se echó a reír asintiendo. —Nos hemos enterado esta mañana. La

he dejado llorando con la cabeza metida en el wáter.

—¿Y por qué no estás con ella? —preguntó asombrada.

—Porque tenía que traer esto y tengo mil cosas que hacer.

—Rachel, desayuna —dijo Rob cogiéndola de la cintura para que se sentara de nuevo.

—¿Qué es?

Luke puso varios guiones sobre la mesa y Rachel apretó los labios al ver que Rob se tensaba. Luke salió del comedor y volvió con una caja. —Y esto es para ti. —Dejó la caja sobre la mesa al lado de Rob.

—¿Para mí? —Rob de pie a su lado miró en el interior de la caja sacando varios libros. —¿Qué es esto?

Rachel se levantó para mirar en el interior. Eran títulos que no conocía y sacó un libro que parecía de misterio. —Luke, ¿nos regalas los libros? ¿Sabes que éste ya lo tengo?

—¿Cómo os voy a regalar libros? Una nueva productora formada por cuatro actores ha leído estos libros y quieren los guiones para escoger las cuatro películas que harán este próximo año.

Rob le miró sorprendido. —¿Y me los encargan a mí?

—Uno de los actores es Pierce Malden. Al parecer ha trabajado mucho contigo en el pasado y te quiere a ti ahora que has vuelto.

Rachel se echó a reír y abrazó a Rob. —¡Cariño, es estupendo!

Rob sonrió mirando la caja. —Sí. Aquí hay mucho trabajo.

—No hemos hablado de dinero, Rob. Malden me ha dicho que pagará el caché que se te pagaba hace cuatro años, pero no me quise meter en cifras hasta hablar contigo.

—¿Ahora eres mi representante?

Luke se sonrojó. —Bueno, no hemos hablado de eso, pero...

Rob se acercó y le tendió la mano. —Gracias, amigo. Si me representas así, contigo al fin del mundo.

Luke hinchó el pecho orgulloso y Rachel se emocionó viéndoles abrazarse. Cuando la miraron Rob perdió la sonrisa. —¿Nena?

—Son las hormonas. —Sorbió por la nariz. —Soy muy feliz.

—Pues no he acabado. —Sacó del dossier lo que parecían dos contratos.

—¿Qué es eso?

—Las fotos para la portada de la revista. Firmar en ambos documentos.

—¿Tenemos que hacerlo? —pregunto ella acercándose a Rob.

—Puede que tenga trabajo, pero tenemos que limpiar su imagen para

no perjudicar la tuya.

Rob cogió el bolígrafo antes de que pudieran decir nada y firmó en ambos documentos.

—Cariño, pero...

—Firma, cielo.

—Os aseguro que el caché es increíble. Al enterarse que él saldría ofrecieron lo que pidiéramos.

—Eso no me importa —dijo ella cogiendo a Rob de la cintura para que la mirara—. Si no quieres hacerlo no tienes por qué. El trabajo vendrá solo porque eres bueno en lo que haces.

Él sonrió acariciándole la mejilla. —Me apetece ver cómo quedará el resultado final. —Después miró a Luke. —Pero que a ella no se le vea nada.

—Será un trabajo artístico de calidad. Me he ocupado de los detalles.

Rob sonrió y la besó en los labios. —Ahora termina de desayunar.

Estaban sentados y ella mientras desayunaba sacaba libros de la caja. Levantó la vista y le dijo a Rob —Cariño, éste es buenísimo.

Rob levantó la vista del guión que estaba mirando. —Pues éste es una mierda. ¿Quién habrá escrito esto?

Se metió un trozo de tortita en la boca. —Descártalo.

Luke miró a Loretta que estaba asombrada. ¡Eran la pareja perfecta! —

¿Ves lo que yo?

Su agente asintió divertido. —Menudo tándem.

Capítulo 11

Una semana después llegó la sesión de fotos y ella estaba algo preocupada por la reacción de Rob al ver que iría desnuda de cintura para arriba. Luke le había dicho que ambos llevarían unos vaqueros desgastados y que habría muy poca gente en la sesión, pero por mucho que la cubrieran al sacar las fotos, algo se le vería. Ella no estaba cómoda y encima no sabía cómo reaccionaría él.

Rachel había ido antes porque tenían que peinarla y maquillarla. Cuando llegó Rob dos horas después casi estaba lista y se acercó a darle un beso en los labios. Loretta que le acompañaba sonrió satisfecha al mirar al equipo.

—¿Nerviosa? —preguntó divertido.

—Cariño...

—Lo sé. No te preocupes.

Luke se acercó a ellos. —Rob, ponte los vaqueros del diseñador para que te maquillen el torso.

Él se alejó y le miró por el espejo acercarse al perchero. Rob se partió

de la risa al ver que le daban unos calzoncillos con el logo del diseñador. —
Los traía limpios de casa, pero si os empeñáis.

Rachel sonrió y miró a su madre que se reía. —¿Has hecho lo que te pedí?

—En una semana estará listo. Te vas a quedar con la boca abierta. Es impresionante.

—Estoy nerviosa por su reacción. Si no le gusta...

—¿Cómo no le va a gustar? Le va a encantar. No te preocupes.

—¿Y tú qué? ¿Claude ya te lo ha pedido?

Loretta la miró maliciosa —Me lo pedirá esta noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me ha dicho que vamos a ir a cenar al sitio donde nos conocimos hace tantos años. Es tan romántico...

La observó atentamente. —Le quieres.

Su madre se sonrojó. —No es de esos amores que te quitan el aliento. Es algo tan distinto que hasta a mí me ha sorprendido. Pero me ha enamorado. Mi Claude me quiere de manera tan incondicional que es imposible resistirse. —Se miraron a los ojos. —Es muy atrayente que un hombre lo dé todo por ti.

Rachel asintió y se preguntó si Rob lo daría todo por ella. Sabía que la quería, aunque nunca se lo había dicho, pero todo lo que había pasado la hacía

dudar. Seguramente se le pasaría con el tiempo, pero esa duda siempre estaba ahí. —Me alegro mucho por ti. —La miró divertida. —¿Así que te mudas?

Su madre se echó a reír negando con la cabeza. —Ni hablar. Te mudas tú.

—¡Ja! ¡De mi casa no me echa nadie!

Rob llegó tras ella y la maquilladora suspiró susurrando —Menudo hombre.

—Gracias. —Rob sonrió mirándola a través del espejo. —¿Has visto, nena? Levanto pasiones.

—¡Pues cuidado con levantar demasiadas, que me puedo mosquear! —dijo haciendo reír a todo el mundo.

Cuando se puso los vaqueros también se puso un albornoz saliendo al set donde Rob ya estaba preparado. En cuanto la vio, alargó una mano y ella fue hasta allí. Nerviosa miró a su alrededor. Luke había salido porque sabía que le daba vergüenza y también habían salido varias personas, excepto el fotógrafo y su ayudante. Una mujer de la revista estaba en una esquina.

—Piensa que estás en el médico, nena.

—Estás muy relajado.

—Es que ya he hecho la entrevista y ha sido liberador.

—¿De veras? —Se quitó la bata tendiéndosela a su madre que se alejó

a toda prisa. —¿Qué te han preguntado?

—Ya te lo cuento luego.

—Rachel, gírate mirándome. Rob ponte tras ella.

Rob estaba dormido y se acercó a él ya vestida. Ilusionada le besó en la nariz y él se despertó sonriendo. —¡Feliz Navidad!

—Cariño, ¿qué hora es? —Miró hacia la ventana. —¿Es de noche?

—Son las cuatro de la mañana y nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

—Tengo una sorpresa para ti. Así que tienes que ser bueno y vestirte.

Y abrígate.

—¿Vamos de excursión?

—Pues sí. —Le besó en los labios. —Pero no preguntes más porque no pienso decir ni una palabra. Voy a preparar el desayuno.

—Cielo, a estas horas no tengo hambre —dijo divertido levantándose.

—Tienes que desayunar.

—Tienes hambre, ¿verdad?

—Bah, un poquito. —Rob se echó a reír viéndola salir.

Después de que ella comiera su desayuno y el de Rob, lo metió en el coche de alquiler que ya tenía preparado. Un avión privado los esperaba en el aeropuerto. —Nena, no he traído el pasaporte —dijo divertido.

—No lo necesitas.

La estuvo interrogando durante el vuelo, pero cuando llegaron a la pista de aterrizaje y vio el helicóptero frunció el ceño. —Cielo, ¿estamos en Montana?

—No. —Miró a su alrededor. —Esto no es Montana. Estás obsesionado. Existen más sitios en el mundo, ¿sabes?

Confundido se metió en el helicóptero y emocionada se sentó a su lado. Esperaba que le gustara porque sino iba a oír sus gritos una semana.

—Nena... —Ella miró hacia él que señalaba un enorme cartel que anunciaba “Las mejores hamburguesas de Montana”

Rachel parpadeó. —Será que anuncia las hamburguesas de un cocinero que se llama Montana.

—Ya, claro —dijo divertido.

Cuando el helicóptero sobrevoló una zona girando varias veces, él miró hacia abajo. Primero frunció el ceño y después abrió los ojos como platos mientras el helicóptero descendía. Una impresionante casa de madera de una planta estaba colocada en el mismo sitio donde antes estaba la casita,

ahora situada algo más atrás. El porche rodeaba la casa y a medida que descendían vieron unos enormes ventanales que no dejaban ver el interior.

—Nena. —La cogió de la mano sin dejar de mirar por la ventanilla.

—Ésta tiene cerraduras.

Él se echó a reír. —Y chimeneas en toda la casa por lo que veo.

—Sí. Para estar calentitos.

Se bajaron del helicóptero y él miró la fachada de la casa. Era una preciosidad hecha de troncos auténticos. Nada de esas tablas de imitación. Y estaba construida a la antigua usanza. —Cielo, es increíble.

Le abrazó por la cintura. —Feliz Navidad, mi amor.

Rob la miró a los ojos. —Esto no te gusta.

—Me gusta estar contigo. —Le besó en los labios y entraron en la casa.

La vista desde el enorme salón era impresionante pues se había derruido el granero para mostrar las montañas nevadas. El salón daba a una cocina último modelo y al final se veían las puertas de las habitaciones.

—¿Seis habitaciones?

—No. Cuatro habitaciones. —Se lo llevó hasta una puerta. —Un baño y... —Abrió la puerta y totalmente acristalado había un despacho con todo lo necesario para el trabajo de Rob.

Impresionado miró a su alrededor pues era como estar trabajando en el exterior. Le miró a los ojos y preguntó —¿Te gusta?

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza. —Gracias, nena. Has cambiado mi vida. Eres la mejor.

Esa noche tumbada en la nueva cama de la cabaña miraba el techo apretando los labios. ¿Era la mejor? ¿Qué clase de manera de dar las gracias era esa? Se decía te amo o me encanta, mi amor. Pero eso de eres la mejor la había dejado algo descolocada.

Giró la cabeza para verle dormir y frunció el ceño preocupada. ¿Y si no podía olvidarse nunca de la muerte de su mujer? ¿Y si seguía enamorado de ella? En ese momento el pánico la invadió, viéndose como una mala sustituta de su familia el resto de su vida. Ella le quería y empezó a torturarla que Rob nunca la viera como el amor de su vida.

No pegó ojo en toda la noche dándole vueltas al asunto una y otra vez y se quedó dormida cuando estaba amaneciendo.

Él la despertó dándole besos en el cuello y ella abrió los ojos sonriendo, pero su sonrisa no llegaba a su mirada. —Buenos días —dijo agotada.

—Estás cansada. —La miró preocupado y le acarició la frente. —¿No has dormido bien?

—Es que las embarazadas dormimos mucho —susurró acariciando su hombro desnudo.

—Duerme un poco más. Yo voy a trabajar un rato.

Asintió y él se levantó entrando en su nuevo baño. Rachel sintió unas ganas terribles de llorar y se puso de lado cubriéndose con las mantas hasta la cabeza mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Cuando le escuchó salir del baño, entró en el vestidor procurando no hacer ruido, pero escuchó como se detenía volviendo a entrar en la habitación. Rachel se mordió el labio inferior intentando que no la escuchara llorar cuando lentamente él apartó las sábanas para verle la cara. Rob suspiró al ver su rostro lleno de lágrimas. — Nena, ¿qué pasa?

—Nada. Son las hormonas.

—Las hormonas, ¿eh? —Se sentó a su lado y la abrazó sentándola sobre él. —¿Que no te haya regalado nada por Navidad, no ha tenido nada que ver?

—No. —Se limpió las lágrimas negando con la cabeza.

—Tengo un regalo, ¿sabes? Pero no quería dártelo ayer porque el tuyo es impresionante. No quería que uno eclipsara el otro. Es especial.

Le miró a los ojos. —¿Tienes un regalo para mí?

—Iba a dártelo después. ¿Lo quieres ahora?

—¡Sí! —exigió haciéndole reír.

—Muy bien. Cierra los ojos.

Ella los cerró impaciente colocando sus manos boca arriba para que colocara el regalo. Rob cogió su mano izquierda y la volvió. Cuando sintió que colocaba algo en su dedo anular a ella se le cortó el aliento. —¿Quieres casarte conmigo? —le susurró al oído—. Dime que sí, preciosa. No hay nada que desee más que seas mi esposa hasta que la muerte nos separe.

Abrió los ojos abrazando su cuello. —Te quiero.

Él sonrió y la besó suavemente en los labios. —¿Eso es que sí?

—Sí. —Se echó a reír. —Sí.

Rob acarició su espalda desnuda mirando sus ojos. —No me puedo creer la suerte que tengo.

—Lo mismo digo. —Entonces miró su anillo y chilló haciéndole reír al ver el pedrusco que le había comprado. —¡Rob!

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —No era ostentoso como el que le había regalado Carter, pero la calidad de la piedra hacía que el diamante montado en platino le hiciera brillar de una manera única. Parecía una gota de rocío. —Cariño, es

perfecto.

—Pues tu choza tampoco está mal.

Se echaron a reír y la cogió en brazos haciéndola chillar. —¿Qué tal si probamos esa bañera tan espectacular?

—Me lo has quitado de la mente.

Esa tarde estaban en el sofá y ella leyendo uno de los libros en los que Rob tenía que trabajar, se distraía cada poco mirando el anillo. Él se echó a reír al verla mirarse la mano por tercera vez. —¡Eh! ¡No te rías de tu mujer! —Recostada sobre su pecho apartó el libro para pellizcarle el muslo porque sabía de lo que se reía. Rob la besó, pero se apartó frunciendo el ceño.

Rachel se incorporó al oír el ruido de un motor. —¿Es un coche?

—Sí. —Rob se levantó y se acercó a la ventana mirando al exterior. — Es el chico de correos.

—¿A estas horas?

—Aquí reparten cuando pueden. —Abrió la puerta y ella no salió, poniéndose cómoda en el sofá y volviendo al libro. No estaba mal, pero le faltaba algo. Esperaba que Rob le diera esa chispa que necesitaba. Pasó la hoja y Rob entró en la casa cerrando la puerta. Llevaba un sobre grande en la

mano.

Levantó la vista distraída. —¿Con todos los meses que has estado fuera sólo has recibido eso?

—Cielo, el resto del correo estaba en el porche —dijo divertido dejándole el sobre al lado—. Además esto es para ti.

—¿Para mí?

—Los tentáculos de Luke llegan muy lejos —Le dio un beso en la punta de la nariz como si no pudiera dejar de tocarla, hecho que le encantó. — Debe ser otro guión.

Mientras ella abría el sobre, Rob fue hasta la cocina. —¿Hago una pizza congelada para la cena?

—Mmm —respondió rasgando el sobre—. Con extra de queso.

Rob se echó a reír abriendo la nevera.

Rachel sacó el contenido del sobre y chilló sobresaltándole. —¿Qué?

Concentrada en la revista le mostró la portada. —Estamos guapos, ¿eh?

Rob se la quedó mirando con la boca abierta. —¿Se te ven los pechos!

Volvió a mirarla. —No. Sólo el contorno. —En la foto en blanco y negro Rachel estaba de lado abrazando a Rob que le acariciaba el vientre mientras se miraban. Parecía realmente enamorado de ella y encantada se

levantó del sofá. —Estás tan guapo...

Él se acercó a ella mirando sobre su hombro. —Nena, a mí no me va a mirar nadie.

Rachel se echó a reír y le dio un beso en los labios. —Cierto, porque estoy tan gorda que casi te tapo entero. Tengo que pedir que me pasen las fotos para colgarlas por la casa.

—Sí, y que todos los que visiten la casa te vean los pechos.

Se partió de la risa al verle la cara. —Vale, las colgaremos en nuestro dormitorio.

—¿Y qué te parece un álbum privado? —Le acarició la barriga.

—Qué antiguo eres. —Leyó el titular. —¿Los Adkins al desnudo? —Incrédula le miró. —¿Ahora soy Adkins?

—Uy, uy, uy... ¿Te recuerdo que acabamos de comprometernos?

—Ya, pero mi nombre artístico seguirá siendo Mitchell.

—Eso lo puedo entender.

—Vaya, gracias —dijo divertida abriendo la revista—. Mira cielo, ésta es preciosa.

—¡Joder! ¡Aquí se te ve todo! —Le arrebató la revista y ella se tapó la boca porque estaba rojo de furia por los celos.

—Serás exagerado. Sólo un poco de pezoncito.

La fulminó con la mirada. —¡Voy a matar a Luke!

—La culpa es tuya, que no me cubriste bien. —Le quitó la revista mientras él gruñía y miró la foto. Rob pasaba los brazos sobre sus hombros y sus manos se unían sobre su vientre mientras miraban muy serios a la cámara. Era como si ambos protegieran a su bebé. —Es muy bonita. Ésta sí que la cuelgo.

—Sobre mi cadáver.

—Vale.

Él gruñó mordiéndole el cuello y Rachel se echó a reír apartándose. —
La cena.

—Me tienes explotado.

—Pues acabas de empezar.

Se sentó en la enorme mesa de la cocina mirando las fotos y leyó una frase que estaba en negrita en un tamaño más grande que el texto que pensaba leer más tarde.

“Cada día que me despierto a su lado, agradezco a Dios que la pusiera en mi camino.”

A Rachel se le cortó el aliento y con los ojos como platos leyó otra de las frases. *“Rachel es mi otra mitad. Llevaba roto desde hacía cuatro años y*

su amor me ha enseñado que a veces el destino te ofrece una segunda oportunidad de ser inmensamente feliz.”

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas y leyó otra frase: *“La amo intensamente y sólo espero no defraudarla. Mi vida anterior fue triste y decepcionante. Ella no se merece sufrir por mi pasado.”*

Una lágrima cayó por su mejilla y sintió su mirada sobre ella. Rachel levantó la vista. —Mi amor...

Rob sonrió acercándose. —¿Me he pasado? —Se sentó a su lado y la cogió de la mano. —Es que era una periodista muy persuasiva.

Rachel sonrió. —¿Me amas?

—Cuando te vi sentada en las escaleras y me miraste con esos preciosos ojos grises, no me lo podía creer. —Se echó a reír. —Y no te digo nada cuando hicimos el amor minutos después. Fue como si un huracán hubiera pasado por aquí dejándome totalmente descolocado para después irse sin más. Me di cuenta de que estaba enamorado cuando te vi subida en ese helicóptero. —La besó suavemente en los labios. —Pero volver a Los Ángeles...

—Lo sé.

—Sólo pensar en ello me revolvió las tripas, pero cuando Claude me dio la oportunidad de volver, no lo pensé, cielo. Me moría por verte.

—Pero no me buscaste.

Él suspiró y miró su anillo de compromiso acariciando su dedo con el pulgar. —Tenía miedo. Cuando llegué todos los recuerdos dolorosos pasaban uno tras otro y cuando iba a llamar a Gloria para enterarme de dónde vivías, pensé que igual a ti no te interesaba por lo de tu prometido y eso... —La miró a los ojos. —Pero cuando te vi. No sé por qué te dije que no quería tener una relación contigo... Sentí miedo.

—Lo entendí.

—Me comporté como un idiota y te hice daño. Pero cuando me dijiste lo del niño, mi comportamiento fue imperdonable. Debería haberte creído.

—Eso ya pasó. No quiero que te tortures con el tema. —Se echó a reír. —La verdad es que visto desde fuera, estamos un poco locos.

—Te amo y no he sido más feliz en mi vida que estando contigo. Me has hecho volver a vivir, cielo.

Ella le abrazó por el cuello. —Tú también me haces muy feliz. Y quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Le abrazó con fuerza y el niño dio una patada que él sintió.

Se echó a reír apartándose. —Tiene hambre. —Tocó su vientre y emocionado la miró a los ojos. —Te amo.

—Y yo a ti, mi vida. Venir a Montana ha sido lo mejor que he hecho nunca.

Epílogo

Tumbada en la cama escuchó llorar al niño. Sonrió al ver que Rob se levantaba de inmediato y lo cogía en brazos.

—Shusss, mamá está durmiendo y mañana tiene que trabajar.

—Estoy despierta. —Se sentó en la cama y encendió la lamparilla para verles bien. Su marido totalmente desnudo, tenía al niño de seis meses en brazos. Era toda una visión.

—Deberías dormir. Tienes que levantarte en tres horas.

—Es que...

Su hijo de tres años entró corriendo en la habitación y se detuvo en seco viendo a su padre desnudo. El niño se echó a reír y le señaló. —Papá no lleva pijama.

—No, papá no lleva pijama y tú deberías estar dormido. —Rachel le cogió en brazos metiéndolo en la cama.

—Dylan, de eso nada —dijo Rob mirándolo con el ceño fruncido—. Sabes que tú duermes en tu cama.

—Por fa... —Se metió bajo las sábanas y su marido puso los ojos en

blanco haciéndola reír. —Mamá me deja.

Él gruñó mirando a su esposa. —¿No piensas decir nada?

—Estoy embarazada.

Rob la miró con la boca abierta. —¡Venga ya!

Rachel se echó a reír por su reacción. —Esa es la cara que quería ver.

Loretta entró en la habitación con su hija de dos años en brazos y al ver a Rob jadeó mientras su marido gruñía dándose la vuelta. —¡Mamá!

—Lo siento, hija. Pero Lori estaba llorando y... ¡Madre mía! No me extraña nada que tengas hijos como una coneja.

—¡Mamá!

—¡Todos fuera! —exigió su marido sin darse la vuelta.

Loretta desapareció con la niña mientras le decía —Papá es todo un hombre. Ya te enseñaré yo como son los hombres de verdad para que los reconozcas.

Rob miró a su mujer con los ojos como platos mientras ella se reía. —
¡No tiene gracia! —Y susurró acercándose —En esta casa no hay intimidad.
—Frunció el ceño. —Lo de otro niño era broma, ¿no?

—Pues no. Y esta vez quiero otra niña. —Miró a Dylan que se había quedado dormido. —Ahora dame a Luke para que lleves a Dylan a la cama.

La miró a los ojos y sonrió. —Te quiero. La vida a tu lado es maravillosa y mejora a cada segundo que pasa.

Le besó en los labios y susurró —Yo también te quiero. Y estoy deseando vivir a tu lado todos y cada uno de los segundos, minutos y horas que me queden de vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora de novela romántica que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)

- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo

- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)

- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve

- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo

- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)

- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)

- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. No cambiaría nunca
- 5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna
- 3. Con solo una mirada
- 4. Dragón Dorado
- 5. No te merezco

6. La consentida de la Reina
7. Lady Emily
8. Condenada por tu amor
9. Juramento de amor
10. Una moneda por tu corazón
11. Lady Corianne
12. No quiero amarte (Serie época)

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.